

Retrato de grupo con credencial de elector

Imágenes de la democracia
2006, 2009, 2012



Fernando Escalante Gonzalbo

Retrato de grupo con credencial de elector

Imágenes de la democracia
2006, 2009, 2012

Fernando Escalante Gonzalbo

Instituto Nacional Electoral

Consejero Presidente

Dr. Lorenzo Córdova Vianello

Consejeros Electorales

Lic. Enrique Andrade González

Mtro. Marco Antonio Baños Martínez

Dra. Adriana Margarita Favela Herrera

Dr. Ciro Murayama Rendón

Dr. Benito Nacif Hernández

Mtra. Dania Paola Ravel Cuevas

Mtro. Jaime Rivera Velázquez

Dr. José Roberto Ruiz Saldaña

Lic. Alejandra Pamela San Martín Ríos y Valles

Mtra. Beatriz Claudia Zavala Pérez

Secretario Ejecutivo

Lic. Edmundo Jacobo Molina

Titular del Órgano Interno de Control

C.P. Gregorio Guerrero Pozas

Director Ejecutivo de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Mtro. Roberto Heycher Cardiel Soto

RETRATO DE GRUPO CON CREDENCIAL DE ELECTOR.

IMÁGENES DE LA DEMOCRACIA 2006, 2009, 2012

Fernando Escalante Gonzalbo

Primera edición, 2018

D.R. © 2018, Instituto Nacional Electoral

Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur

Col. Arenal Tepepan, 14610, México, Ciudad de México

ISBN: 978-607-8510-69-6

El contenido es responsabilidad del autor y no necesariamente
representa el punto de vista del INE

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Distribución gratuita. Prohibida su venta

Contenido

Ciudadanos imaginarios.....	7
Auge y caída del IFE.....	17
Descripción de los libros.....	49
Algo sobre el lenguaje de los libros.....	69
2006: el año de la crisis.....	81
2009: dolores de crecimiento.....	121
2012: el último informe.....	157
Últimas páginas.....	183
Bibliografía.....	191

Ciudadanos imaginarios

1

Hace veinticinco años escribí *Ciudadanos imaginarios*. El motivo fundamental del libro, y de ahí el título, era el contraste entre las representaciones culturales y las prácticas políticas. En particular, por supuesto, las representaciones de la ciudadanía, que era una de las claves del lenguaje político del siglo XIX. Basta con el repaso más superficial. En la prensa, en los discursos, en las proclamas de los pronunciamientos están siempre los ciudadanos, y siempre adornados con toda clase de virtudes: patriotismo, responsabilidad, abnegación, valor.

Desde luego, era una imagen desorbitada. En buena medida, una idea literaria, que correspondía al lenguaje del republicanismo de los clásicos griegos y latinos, que se había puesto de moda nuevamente con la Revolución Francesa, y con las

guerras de independencia de América. Como es lógico, esa idea chocaba con las prácticas políticas de la sociedad mexicana que por contraste parecían inevitablemente corruptas, inmorales, si no es que salvajes. Por eso era tan frecuente que políticos, periodistas, escritores, se quejasen de la inmoralidad de los mexicanos. Hay que decir que la misma imagen, igualmente desorbitada, aparecía en el lenguaje político de casi cualquier sociedad occidental del siglo XIX, y era igual de fantasiosa en Francia, en España o en Estados Unidos.

El problema no era sólo la rutina de las prácticas clientelistas, corporativas, comunitarias, sino los constantes cambios de gobierno, los golpes de estado, los pronunciamientos, todo lo que hizo que esos años, hasta bien pasado el medio siglo, se llamasen en los libros de texto los años de la anarquía. La verdad es que no había anarquía ninguna. La violencia mexicana de ese tiempo no era nada comparada con la de Argentina, por ejemplo. Pero sobre todo, si se mira bien, lo que llama la atención en el periodo es precisamente el orden –de eso se trataba mi libro.

Hay algunos hechos notables que suelen pasarse por alto, como la regularidad con que se convocaban las elecciones, o que, con todos los cambios de gobierno, el congreso sólo fuese disuelto una vez en ese medio siglo. Pero sobre todo el orden se deja ver en esas prácticas tan poco cívicas, y que tanto amargaban a la clase letrada. Los campesinos, los hacendados, clérigos, soldados, no se comportaban como ciudadanos romanos, como los ciudadanos romanos que imaginaba Tito Livio, pero seguían pautas normativas bastante claras, había sistemas normativos para cada grupo, había reglas también para ordenar las relaciones entre los diferentes grupos sociales. Y algo más. Ese orden no era la guerra de todos contra

todos, pero tampoco el imperio de la inercia. En todo momento hay una intensa participación política: particularista, de intereses muy locales, pero que tomaba en cuenta el escenario nacional.

Siempre me llamó la atención un pronunciamiento de los ópatas de 1828. Exigían la recuperación de sus tierras. Pero lo interesante es el lenguaje en que lo pedían. Porque se llamaban a sí mismos “la nación ópata”, y decían que para ellos “no había habido independencia”, porque la tierra la seguían teniendo los mismos de antes. Es claro que han asimilado el lenguaje político letrado, y que saben emplearlo. Es un ejemplo entre muchos.

En resumen, los ciudadanos que invocaban a cada paso los escritores, los políticos, eran imaginarios: no había cincinatos ni brutos. Ahora bien, la fijación con ese ideal de la ciudadanía impedía ver el ejercicio concreto de la ciudadanía. Impedía ver que tras el aparente desorden había una sociedad activa, exigente, que protestaba, denunciaba, que exigía lo que consideraba sus derechos. Y como es natural, buena parte de aquellos prejuicios, de los ideales y fantasías de entonces, pasaron a la historiografía, porque muchas de aquellas ideas han seguido vivas, retóricamente, hasta la fecha, con el resultado de que no se han podido ver como ciudadanos, ni siquiera como propiamente políticos los modos de participación del siglo XIX.

Pero hay un matiz que conviene tener presente. Esos ciudadanos imaginarios, que no existían en la práctica, existían sin embargo en los discursos, en la prensa, existían sin duda en la cabeza de la clase política y de buena parte de la sociedad también. Quiero decir: pensaban que eran posibles esas

virtudes, que eran deseables, pensaban de hecho que existían en el mundo civilizado –en el que imaginaban como el mundo civilizado, se entiende. No es difícil, leyendo los documentos, encontrarse con Lorenzo de Zavala o Valentín Gómez Farías, por ejemplo, haciendo el elogio de las virtudes cívicas en la prensa mientras estaban arreglando, en su correspondencia, la elección de la semana siguiente. No era hipocresía. En todo caso, llamarlo hipocresía no es más que plantear en otros términos el mismo problema. Porque el hecho es que ese ideal, la ciudadanía imaginaria, espejo de virtudes, cumplía con una función en el espacio público, servía para justificar las instituciones, para denunciar prácticas, para articular ideas y proponer leyes.

La ciudadanía era un ideal que servía para ordenar el lenguaje político.

2

En aquel momento, en los primeros años noventa, el interés del tema no era sólo histórico (aunque hubiese alguna novedad en el esquema de interpretación). Eran los años de lo que se dio en llamar la “transición democrática”, en los que surgió de nuevo con fuerza el lenguaje del republicanismo clásico, y con él la imagen del ciudadano como modelo de virtudes. Sin forzar mucho las cosas podría decirse que el lenguaje político tenía similitudes significativas con el de principios del siglo anterior, en especial en una idea desorbitada, literaria, de la ciudadanía, que era la clave de bóveda de la retórica. Y obviamente era una idea que no se correspondía con las prácticas políticas habituales de la sociedad mexicana. En general, en esos años, se optó por negar la realidad.

En los setenta, con los gobiernos de Luis Echeverría y José López Portillo, comenzó la larga crisis del régimen revolucionario. En diferentes planos, con diferente ritmo, fue una transición productiva, fiscal, administrativa, una transición política, que terminó provocando una gravísima crisis de legitimidad. El lenguaje del nacionalismo revolucionario, cuyos motivos básicos eran el Pueblo, la Nación, la Revolución, terminó de desacreditarse por los excesos retóricos, la rigidez de los rituales. En su lugar se impuso poco a poco el modelo cultural del neoliberalismo, es decir, el lenguaje de los individuos, los intereses, la racionalidad, la eficiencia.

En un primer momento, sin embargo, el impulso democrático encontró su idioma en el republicanismo clásico: ciudadanía, civismo, interés público, cuya sonoridad dio una aureola épica al momento.

Es importante anotar que la democratización no se presentaba como un programa político, en todo caso no como programa de partido, sino como una exigencia de la ciudadanía. El vehículo privilegiado para expresar esa exigencia no eran los partidos, sino la Sociedad Civil. Esa opción conceptual, ideológica, tiene importancia porque condiciona mucho de lo que viene después.

La expresión, Sociedad Civil, se había empezado a usar con frecuencia en todas partes, sobre todo como resultado de la crisis cultural de la izquierda. A falta de un sujeto revolucionario, como hubiera sido el proletariado, en la nueva sociedad industrial, la izquierda encontró en la Sociedad Civil un nuevo sujeto histórico que se organizaba fuera de los partidos, en lo que se llamaron los Nuevos Movimientos Sociales. Era también el sujeto insurgente en los países del socialismo real. En México en los

primeros años ochenta tenía sobre todo un uso académico, en referencia explícita a la obra de Gramsci, pero se puso en boga sobre todo como consecuencia del terremoto de 1985.

Aclaremos, por si acaso, que la Sociedad Civil es una comunidad imaginaria exactamente igual que lo son la Nación o el Proletariado. Tiene una existencia real, objetiva, indudable, para quienes la invocan, pero es una elaboración imaginaria, lo mismo que sus atributos.

En las semanas y meses posteriores al terremoto de 1985, para contar la historia se hizo necesario poner nombre a un nuevo sujeto, como figura heroica de esos días. Se dijo que el Estado no había sabido reaccionar, y que ante la inacción de las autoridades, la gente se había hecho cargo del rescate. Es un relato inexacto, pero resultaba atractivo. La nación era imposible, el Pueblo era un término demasiado cargado moralmente, culturalmente, sobre todo porque había que incluir a lo que llamamos clase media. Pero decir sencillamente la gente sonaba a poco. Así fue que vino a quedar como Sociedad Civil. No era el Estado, no eran los partidos políticos tampoco. El concepto remitía a un campo semántico amplio y ambiguo, de límites imprecisos, que sobre todo podía aureolarse de la neutralidad de lo que no es político. No político, no partidista, y por lo tanto de miras generales, puramente éticas. La asociación es inconsistente, pero eficaz.

En el uso que vino a ser habitual, la Sociedad Civil era por definición digna de confianza: virtuosa, no partidista. Las organizaciones de la Sociedad Civil eran las que recogían las causas de interés general (a diferencia de otras organizaciones, los sindicatos por ejemplo). Eso tuvo como consecuencia que el auge de la Sociedad Civil tuviese como contraparte

inevitable el descrédito de los partidos, y el descrédito de la política en general.

En ese contexto adquirió las connotaciones que tiene para nosotros la palabra “ciudadano”, y que tienen consecuencias que no son triviales. Algunas aclaraciones, para lo que sigue. Primera: la idea de la ciudadanía, lo ciudadano, la Sociedad Civil, forman parte del lenguaje de la transición democrática, se emplean sobre todo cuando se trata de la participación, y por esa vía se asocian a los motivos típicos del republicanismo clásico. Pero también forman parte del movimiento antiestatal y antipolítico, individualista, de la tradición neoliberal. Simplificando mucho, eso quiere decir por el anverso el ciudadano es quien se sacrifica por el bien público, y por el reverso es quien exige servicios de buena calidad porque paga sus impuestos.

Algo más. La palabra ciudadano, como sustantivo, remite en primer lugar a una definición legal, y en ese sentido es una categoría formal, objetiva, y en principio moralmente neutra: son ciudadanos quienes cumplen con los requisitos, y no importa si son buenas o malas personas, egoístas, cobardes o lo que sea. Pero es mucho más frecuente que se emplee como adjetivo, como en participación ciudadana, consejo ciudadano y similares. Y en ese uso está la carga ideológica, cultural, de la palabra. Ciudadano, como adjetivo, implica una serie de virtudes, que no podemos suponer que sean las de todos los que califican como ciudadanos. Así sucede, por ejemplo, que haya formas de participación política de ciudadanos mexicanos que no cuentan como participación ciudadana. Ciudadano como adjetivo supone una valoración, califica –y eso dio una coloración moral muy característica a la conversación pública.

Entre las virtudes ciudadanas, según la imagen que se hizo en México en el fin de siglo, tiene especial importancia la imparcialidad. Si algo se califica de ciudadano se quiere decir sobre todo que no obedece a ningún partido político, que no es partidista. Pero también se quiere decir que no pertenece al Estado. Es decir, corresponde a una esfera superior, desligada de cualquier forma de política.

No es obvio lo que eso significa. En la tradición republicana hay una arraigada desconfianza hacia las facciones, que se corresponde con la idea de que haya un interés público objetivo, único. El problema, por supuesto, estriba en que semejante idea es incompatible con una definición moderna de la democracia, y con más razón en el México de esos años, cuando una de las exigencias más importantes, eje de todo lo demás, era la de elecciones limpias, entre partidos competitivos, capaces de gobernar, con la posibilidad real de la alternancia en el poder.

3

Esa particular idea de la ciudadanía carga con un lastre particular a la transición democrática: la desconfianza hacia los partidos, como facciones, grupos interesados, que con facilidad se traduce en desconfianza hacia las instituciones representativas, dominadas por los partidos, y deriva finalmente en desconfianza hacia la política en general. Esa ambigüedad es fundamental para la cultura política del fin de siglo.

Desde los inicios de la transición en los años ochenta hay muestras muy evidentes de ese sesgo antipolítico. En particular, en la creación de mecanismos de participación o de control como alternativas a la representación parlamentaria.

Es lo que genéricamente se viene a llamar “ciudadanización”, que consiste en la integración de órganos “ciudadanos”, como el consejo de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, más adelante el Consejo General del IFE, el del INAI y otros, que se hacen cargo de vigilar al poder ejecutivo, con una autoridad distinta de la de los otros poderes –una autoridad que proviene de su calidad moral.

En su origen, está claro que la idea de crear esos organismos autónomos, ciudadanos, fue una consecuencia de la abrumadora mayoría del PRI en las cámaras, que hacía que no fuesen creíbles como mecanismos de control. Para acreditar su talante democrático, su voluntad de diálogo, su transparencia, el gobierno tenía que crear otras instituciones porque el congreso no servía para eso. Por otra parte, para la oposición, para quienes promovían el cambio de régimen, la vía parlamentaria parecía imposible por su lentitud.

Ciudadano es adjetivo. Lo que en primer lugar acreditaba a cualquiera de los miembros de esos órganos ciudadanos era que no militase, y normalmente que no hubiese militado nunca en un partido político, y desde luego que no fuese funcionario público, e idealmente que nunca hubiese sido funcionario público. En la práctica eso significaba que la participación política, en la política institucional, era un estigma. Aparte de eso, importaba que fuesen personalidades más o menos conocidas, para que su reputación añadiese credibilidad a las instituciones. Todo lo anterior tuvo como consecuencia que los órganos ciudadanos, sobre todo los de los primeros diez o quince años, se integrasen a partir de una pequeña elite, un pequeño conjunto de notables, en general periodistas, académicos, líderes de organizaciones civiles, algunos abogados, un conjunto de notables que son una especie de sinécdoque de la Sociedad Civil.

En su uso habitual, como sustantivo, la palabra conserva resonancias del ideal moral que hay en el adjetivo. Es claro que la ciudadanía es una condición formal, que no necesita, de hecho no admite otras calificaciones aparte de lo que establece la ley. Pero el sentido común dice que la condición ciudadana supone también un modo de conducta. No sé si parezca una minucia, no lo es. Es obvio en el lenguaje ordinario. Se puede decir: el ciudadano depositó su voto, el ciudadano manifestó su desacuerdo, pero no se puede decir: el ciudadano asaltó una tienda, el ciudadano lanzó un cóctel molotov, el ciudadano apaleó a la policía. Bien, se puede decir, pero con intención irónica. El ciudadano participa, pero no de cualquier modo: participa en las elecciones, obedece la ley, es tolerante, respetuoso del derecho de los demás. En cambio, las expresiones más tradicionales de la política popular: particularista, clientelista, en las lindes de la legalidad, no cuentan como prácticas ciudadanas. Eso significa que hay un enorme campo de acción política, de ejercicio de los derechos ciudadanos, que no se ve o no se reconoce como político. Algo similar a lo que sucedía en el siglo XIX.

En más de un sentido, estas páginas son una continuación de *Ciudadanos imaginarios*. El motivo central es otra vez la representación cultural de la ciudadanía. Sólo que en este caso me interesa sobre todo la elaboración imaginaria, y no las prácticas. Por otra parte, analizar las fantasías de nuestra transición democrática es un modo de arrojar luz sobre el contexto en que se escribió aquello.

Auge y caída del IFE

1

El Instituto Federal Electoral fue la institución central en la vida pública mexicana en las décadas del cambio de siglo. Central desde luego por su función, porque era el eje en torno al que giraba eso que se dio en llamar la transición democrática. Central también por la magnitud, la complejidad legal y administrativa, y por el costo del proyecto del IFE. Pero sobre todo porque las discusiones sobre las reglas electorales y la autoridad electoral ocuparon buena parte del debate político en esos años.

El diseño de los distritos electorales, los requisitos para la creación de partidos, el sistema para calcular el reparto de la representación proporcional, los mecanismos para verificar, limpiar, corregir el padrón electoral, o los procedimientos para el registro de candidatos, coaliciones, todo eso que son asuntos técnicos, para especialistas, a los que normalmente no se

presta mayor atención. En México fueron motivo de discusiones ásperas, largas, muy públicas, de las que surgió finalmente el IFE, y una complicada legislación electoral –que además cambiaría una y otra vez en los siguientes veinte años.

A partir de los ochenta, la democracia es el único recurso de legitimación aceptable: para el Estado, para el sistema político, para los partidos. No se propone ya ninguna otra cosa. Sucede algo similar en todas partes, pero en México más que la democracia lo que importa es la transición, el compromiso con la transición a la democracia, que implica no sólo una regla para la elección de representantes, sino una promesa de cambio que arrastra las expectativas más dispares –porque se suponía que la democracia era la clave para que cambiasen muchas otras cosas.

El lenguaje de la transición necesita proponer un futuro capaz de inspirar entusiasmo, y eso se hace en general a partir de conjeturas, modelos del sistema político, pero necesita también construirse un pasado: el Antiguo Régimen. Porque sólo así puede adquirir entidad la transición. Y una de las claves en la construcción simbólica del Antiguo Régimen es el fraude electoral.

El hecho básico, que sirve de premisa, y hace que el fraude sea evidente de antemano, es el triunfo constante, general, masivo, del PRI. Porque se supone que lo normal es la alternancia, resultados a veces confusos. Las mayorías absolutas, el carro completo de cámaras, gubernaturas, municipios, durante décadas no es razonable. O sea, que toda victoria del PRI es sospechosa. Pero además hay un extenso repertorio de chistes, anécdotas y fantasías acerca del fraude, un folclore de las elecciones que incluye toda clase de recursos: ratón loco, operación tamal, rasurado de padrón, y que hacen mucho más verosímil la idea de que el PRI se mantiene en el poder sólo por el fraude electoral.

La idea de que el régimen se hubiese mantenido durante setenta años mediante el fraude es poco razonable. La historia, eso lo puede saber cualquiera, es siempre mucho más complicada que eso. No obstante, en los años de la transición, la dimensión épica del cambio, y su fuerza legitimadora, en buena medida dependían de la invocación de esos setenta años de dictadura perfecta.

Puede parecer una simpleza, pero tiene una enorme importancia. Si el Antiguo Régimen se mantenía por el fraude electoral, el punto de apoyo para la transición tenía que ser el sistema electoral. Y eso hizo al IFE.

Por cierto, poner en duda la idea de que hubiese un fraude electoral masivo durante 70 años, poner en duda la construcción simbólica del fraude electoral no quiere decir que no hubiese fraudes electorales. Tan sólo que a partir de los fraudes reales se construyeron también fraudes imaginarios. Y a partir de ahí se crearon expectativas desmedidas sobre el poder de los procedimientos (y se terminó pidiendo al IFE lo que no podía dar).

2

El problema mayor, en el que se concentró el esfuerzo de la transición, era el control que tenía el gobierno sobre los procedimientos electorales, desde el reconocimiento de los partidos hasta la elaboración del censo electoral, la integración de los órganos, el recuento y la calificación de las elecciones. A ese control se atribuía muy lógicamente la inequidad y la opacidad de los procesos. No había ningún misterio: el partido oficial jugaba con los dados cargados, y por supuesto, ganaba siempre.

Estoy simplificando mucho, pero no me interesa hacer la historia de los cambios legales, reglamentarios, administrativos,

de la organización electoral, porque es una historia que ya se ha contado. No eso, sino una aproximación a la historia cultural de la transición, es decir que no me interesan tanto los hechos como las fantasías. Porque doy por sentado que hay algo de verdad en el teorema de Thomas, y que si algo es real en la imaginación de la gente, es real en sus consecuencias.

Para abreviar, en la formación del IFE hay implícito un ideal de transparencia, que se supone que es garantía de la imparcialidad. En primer lugar se procura la transparencia en la distribución de recursos a los partidos y el financiamiento de las campañas, en un empeño que llega finalmente a la prohibición de la publicidad pagada en radio y televisión –de modo que sea transparente el número de anuncios, y la pauta de distribución. Pero también se impone la transparencia en todos los pasos en el procedimiento electoral: el sistema de identificación, la elaboración del padrón electoral, la integración de las mesas. Y desde luego en la elección misma: papeletas, urnas, actas, recuento, impugnaciones.

Puede parecer una obviedad, pero hay que decirlo. La transparencia hace falta para eliminar la sospecha. Antes, en el Antiguo Régimen, todo era sospechoso porque todo era opaco, desde el financiamiento de las campañas hasta la cuenta de votos. Y de ahí la necesidad de hacerlo transparente. Me interesa subrayar eso: se trataba no sólo de eliminar el fraude, sino la sospecha del fraude –que es algo mucho más difícil de hacer, y nunca se consigue del todo. Por eso es importante para el IFE hacer publicidad de la transparencia.

Puesto en esos términos, el trabajo del IFE consistía en expulsar progresivamente la sospecha hacia el exterior del sistema institucional. Y en eso tuvo un éxito notable. Ya no estaba en

las credenciales, en el padrón, en las urnas, en la integración de las mesas de votación. Es imposible eliminarla por completo, pero poco a poco vino a quedar en la franja exterior del sistema: el financiamiento ilegal de los partidos, el voto corporativo, la compra de votos, es decir, todo lo que es imposible institucionalizar.

Ahora bien, lo que se hizo para eliminar la sospecha fue introducir capas adicionales de trabajo burocrático: reglas, procedimientos verificables, documentados. Significa que para cada uno de los pasos, en los procesos de identificación, organización, recuento, hay más información, más documentos, restricciones, más firmas, más instancias de verificación, con lo cual aumentan los requisitos y los procedimientos se hacen más rígidos. Todo lo cual produce la ilusión de un funcionamiento mecánico, en el que no hay margen para introducir decisiones personales. Y eso, la burocratización, significa transparencia.

En resumen, se trata de uniformar, formalizar, mecanizar, que equivale a despolitizar el proceso. El fantasma que se quiere conjurar es el de la política, el ideal al que se aspira es el de la burocracia: racional, inalterable.

En la retórica, la participación de la ciudadanía ha sido la clave de la limpieza electoral. Se ha dicho en todos los tonos que son los ciudadanos los que organizan la elección. La afirmación resulta engañosa. Porque esa participación de la ciudadanía no tiene nada de espontáneo ni voluntario, ni debe nada o casi nada a la virtud de los ciudadanos. En la práctica, para el día de la elección se recluta como funcionarios a decenas de miles de personas, que se integran en un organigrama, con funciones perfectamente definidas, con

reglas y procedimientos taxativos para todo, es decir, que se convierten en piezas de una maquinaria. No son ciudadanía, sino burocracia.

La culminación de ese enorme edificio burocrático, que tiene que garantizar la transparencia y la imparcialidad en última instancia, no es mecánica sino personal. No está en el procedimiento pautado, uniforme, inalterable de la burocracia, sino en el drama del Consejo General. Desde la creación del IFE, y en cada una de sus reformas, la atención pública se ha concentrado en la designación de los consejeros –concretamente, los que se llaman consejeros ciudadanos.

En lo fundamental, cualquiera de las discusiones del consejo se apoya sobre el trabajo de un extenso cuerpo técnico, pero las decisiones se toman muy públicamente en el consejo donde, entre otras cosas, se escenifica la lucha de la Sociedad Civil contra los partidos políticos. El forcejeo de los nombramientos tiene que ver con eso. El adjetivo ciudadano significa sobre todo que los candidatos no tienen militancia en ningún partido. El filtro cultural del republicanismo, el de la antipolítica, añaden a eso una aureola de virtudes: dado que no pertenecen a ningún partido ni trabajan en el gobierno, se puede confiar en que sean honrados. Pero además hace falta suponer que les preocupa seriamente cuidar su reputación, porque ésa es la última garantía de que su neutralidad.

Algo parecido sucede en todas las sociedades modernas en los órganos superiores de administración de justicia, por ejemplo, donde se toman decisiones inapelables, de última instancia. Son instituciones que cuentan con algo tan poco moderno como el honor –y la preocupación por conservar

el honor. Por supuesto, es algo muy difícil de acreditar, sobre todo es difícil que el público lo vea. Y por eso viene a quedar la fama como sucedáneo de la reputación, y en los primeros consejos se busca sobre todo a celebridades, normalmente con presencia en los medios: prensa, radio, televisión. No estaba escrito, pero para ser consejero ciudadano también era importante ser al menos un poco famoso.

3

Volvamos al argumento. El IFE es una institución burocrática y su éxito estriba en la burocratización de los procesos electorales. Para dejar fuera cualquier forma de arbitrariedad, e incluso la sospecha de cualquier forma de arbitrariedad, se tiene que dejar fuera toda intervención personal, e imponer reglas de aplicación mecánica. Eso quiere decir que en el proyecto hay un implícito crucial: en el corazón del IFE, como fundamento de la credibilidad de los procedimientos electorales, está la confianza en el mecanismo burocrático.

No suele ponerse así porque la burocracia tiene mala prensa, pero el éxito del IFE es el éxito del sistema burocrático.

Creo que vale la pena detenerse un poco en esto. Estamos acostumbrados a la organización burocrática de los procedimientos para cualquier cosa, de modo que nos parece absolutamente lógica. Pero es una construcción cultural, sujeta a las mismas condiciones que cualquier otra institución. En la idea que nos hacemos de ella, la burocracia representa la racionalidad, la exactitud. En realidad, es una clase de conducta ritual: implica series de palabras, gestos, actos ordenados en una secuencia, pautados, y como todo ritual se caracteriza por la formalidad, la rigidez, la condensación convencional.

Ahora bien, como modelo detrás de la burocracia no vemos a la iglesia, sino a la máquina. La confianza que inspira la burocracia deriva de la imagen del mecanismo, suponemos que tiene o que puede tener la exactitud de una máquina. Si se piensa bien, no tiene nada de particular, porque es el mismo fundamento de la credibilidad que reclama para sí el Estado en todos los ámbitos. La imagen de la máquina justifica la condición trascendente del Estado: en la medida en que es un mecanismo que funciona metódicamente, los errores, los abusos son siempre de las personas concretas, no del aparato (como sucede con las infracciones de los religiosos, que vienen a ser siempre fallas individuales, que no afectan al carácter sagrado de la iglesia).

La perfección del mecanismo burocrático es siempre una aspiración inalcanzada, porque es imposible evitar la interferencia de personas concretas, y en general la interferencia de las circunstancias. El ideal sería una institución perfectamente cerrada, autorreferencial, un sistema que sólo remitiese a sí mismo. Porque sólo así se podrían eliminar las contingencias. Es la fantasía del *perpetuum mobile*: imposible, pero siempre presente, como un objetivo implícito al que no se puede renunciar –porque de esa idea depende la racionalidad del mecanismo. La burocracia tiene que hacer caso omiso de la complejidad de los hechos sociales: tiene que eliminar el contexto, o hacerlo irrelevante. El propósito es la uniformidad, reducir los hechos a esquemas simples, fórmulas que puedan repetirse de manera idéntica: siempre el mismo documento, los mismos pasos, los mismos requisitos. La crítica estándar de la burocracia desde que existe se refiere precisamente a eso, a que no puede tener en consideración las circunstancias concretas, e impone un procedimiento igual en todos los casos (con resultados a veces absurdos, como es natural).

De eso precisamente está hecha la épica del IFE. La ley define procedimientos sumamente exigentes, rígidos e inflexibles para acreditar la identidad de los electores, para organizar las mesas de votación, escoger a los funcionarios de casilla, hacer el recuento de votos, procedimientos que en algunos lugares parecen casi imposibles de cumplir por muchas razones, por la dificultad de las comunicaciones para empezar. Y sin embargo, se consigue que se cumplan. El éxito del IFE es esa reducción burocrática de la realidad. El IFE consigue que todos tengan una misma credencial, expedida del mismo modo, y que haya una lista verificable de electores, consigue que llegue la documentación, la papelería, que haya funcionarios capacitados en cada una de las mesas, que se integren siempre según las mismas reglas, y que se cuenten los votos y se registre el resultado en actas, con todas las formalidades necesarias. A fin de cuentas eso quiere decir que su éxito consiste en que todos, votantes y funcionarios de casilla, todos actúen conforme está previsto, según el mismo orden, o sea, que todos vengan a ser por un día burócratas ocasionales, responsables de que se cumplan las reglas del procedimientos establecido para nombrar autoridades.

Desde un principio el IFE fue mucho más que una institución electoral, porque no habría podido cumplir con su propósito si no se le hubiesen encomendado muchas otras tareas (recuérdese que su propósito no era eliminar el fraude electoral, sino la sospecha). Para empezar, tiene que generar un documento nacional de identidad, que es algo que normalmente corresponde a los ministerios de interior o de gobernación. Pero también toca al IFE la verificación de los gastos de campaña, la valoración de toda clase de infracciones de los partidos, la capacitación de los funcionarios de casilla, y una indeterminada tarea de educación cívica. El objetivo es que el

IFE produzca por sí mismo todo el contexto relevante para la elección, desde las boletas, la tinta, las urnas, la lista de electores, hasta el sistema informático para contar los votos. Porque se trata de hacerlo, en la medida de lo posible, un sistema cerrado, en el que no pueda ingresar ningún otro elemento –para expulsar cualquier posible interferencia política.

En más de un sentido, el IFE es una institución que se diseña a contracorriente. En primer lugar, el ambiente general en esos años es contrario a la regulación, a cualquier forma de regulación. En ese ánimo coinciden el neoliberalismo y el anti-autoritarismo de las décadas anteriores, y en el resto de la administración domina sobre todo la exigencia de “desregular” porque se supone que las reglas son por definición ineficientes, y en realidad sólo sirven para favorecer el crecimiento de la burocracia. El modelo cultural es el mercado (sirven como emblema las fantasías de Gary Becker, de organizar todo mediante mercados: la migración, el cuidado de la salud, la educación, lo que sea). Pero en sentido contrario, en el caso de las elecciones ninguna regulación parece suficiente, se piden siempre más reglas, más intrincadas, más rígidas, sobre cada vez más asuntos. El resultado, como no podía ser menos, es el crecimiento de la burocracia, y que las elecciones se vuelvan cada vez más litigiosas, porque se multiplican las infracciones.

En realidad, el problema no son las reglas sino el Estado. La retórica dominante en esos años tiene una clara inclinación antiestatal, sobre todo porque se identifica al Estado con el régimen revolucionario. Pero el IFE es una pieza clave en el proceso de formación del Estado. En términos muy concretos, el IFE es la burocracia encargada de la integración de los órganos de representación y de gobierno, y garantiza el vínculo entre ciudadanía y autoridad que es la piedra de toque del discurso

de legitimación del Estado. En los dos sentidos, el IFE es la columna vertebral de la institución estatal. Es muy revelador el empeño constante en borrar ese hecho, el empeño de que el IFE no aparezca como burocracia, pero sobre todo que no aparezca como Estado. Es puramente anecdótico, pero muy revelador, que la página del IFE en la Internet no tuviese durante mucho tiempo la terminación .gob, que corresponde a los organismos públicos, sino .org, que es para organizaciones de particulares (y que cambiase finalmente a .mx); es un gesto, un distanciamiento de nomenclatura, pero por eso mismo es interesante, porque se adopta de manera deliberada.

El IFE es un producto de la desconfianza. Surge como consecuencia de la desconfianza hacia el gobierno, que se extiende al partido oficial, y después a todos los partidos, a los órganos de representación y a la política en general. Por eso se elabora la imagen del IFE como no-político. En la operación cotidiana, desde el registro de identidad hasta el proceso de la elección se acentúa su carácter burocrático, maquinal. En su imagen, en todo momento se cuida de poner el énfasis en su condición ciudadana.

La despolitización del IFE tiene otras consecuencias. Su credibilidad se afirma mediante su separación de todas las demás instituciones políticas. Y de ese modo contribuye a subrayar su falta de credibilidad. Es un bucle del que cuesta trabajo salir. El discurso que justifica al IFE, que lo acredita porque no es parte del Estado, porque no es político, desacredita a las demás autoridades del Estado.

En todo momento, la retórica con que se legitima la actividad del IFE es presa de esa ambivalencia. Tiene que afirmarse

como Estado y como no-Estado. Sólo a título de ejemplo, sirve el prólogo de la memoria gráfica de 2008-2009: “Decir que nuestra democracia la hacen los ciudadanos no es un discurso. Es un reconocimiento”. Quiere decir que no es retórica, que no es palabrería. Y bien: decir que no es un discurso es un discurso, es retórica. Quiere decir que no es una expresión vacía, engañosa, enfática, y eso hace que la expresión sea todavía más engañosa y enfática. Sigue: “el proceso electoral es realizado por ciudadanos, como cualquiera de nosotros.” Y ahí entra en juego la ambigüedad de la palabra “ciudadano”. Porque todos son ciudadanos, del presidente abajo, incluidos burócratas, militares, funcionarios de los partidos, pero sólo cuentan como ciudadanos para efectos de la afirmación quienes no son ni funcionarios públicos ni militantes de un partido político. La frase dice: la elección no la hacen *ellos*, sino *nosotros*. No el gobierno, no los políticos, sino los ciudadanos. Sin embargo, si se piensa un poco es claro que si los ciudadanos, cualquiera de nosotros, se hacen cargo de la tarea material de la elección, son funcionarios y políticos quienes dirigen, organizan y ponen las reglas para el desarrollo de las elecciones. Por otra parte, insistamos en ello, los ciudadanos que colaboran en la organización de la jornada electoral se comportan como burócratas: no dan rienda suelta a su patriotismo, sino que siguen el procedimiento establecido. Las memorias gráficas ponen el acento en la condición ciudadana, no burocrática, retratan a gente común y corriente, porque eso es lo que confiere legitimidad a la elección. Pero el registro de la uniformidad: todos con las mismas urnas, las mismas actas, es la imagen del Estado.

4

Vale la pena abrir un paréntesis para ilustrar el uso ideológico de la noción de ciudadanía. Se supone que el hecho de participar al margen de los partidos políticos, y contribuir a la organización de las elecciones, acredita la virtud de los ciudadanos. Y se supone que esa condición ciudadana, es decir, no política, no partidista, es lo que garantiza la transparencia, la imparcialidad, la credibilidad del proceso electoral. Puesto en otros términos, lo que dice el sentido común es que la ciudadanía defiende la limpieza de la elección contra los políticos, los partidos, contra el gobierno y finalmente contra el Estado. Ése es el relato que hay implícito en el elogio de la ciudadanía.

El problema es que esa idea depende de una distorsión de la historia que no es trivial. Porque siempre han sido los ciudadanos los que han hecho el fraude electoral. A las órdenes de un cacique local, un notable, un líder sindical o un dirigente del partido, a veces por indicaciones del gobierno –la verdad es que eso no tiene mucha importancia. Siempre han sido los ciudadanos, actuando en contra de la lógica estatal, o mejor dicho, imponiendo sus intereses por encima de la lógica estatal: unos ciudadanos, parte de un arreglo político, contra otros ciudadanos. Las elecciones del IFE, con todos sus requisitos burocráticos, se organiza precisamente contra los ciudadanos, contra la posible interferencia ilegal de los ciudadanos, cualquiera que sea su afiliación institucional.

Es decir, que lo que se pide a los ciudadanos que son funcionarios de casilla, lo que se les exige en la nueva legislación es que no actúen libremente, que no actúen según sus intereses o sus ideas, sino según la lógica superior del Estado. Normalmente

se supone que cumplen con las reglas por convicción democrática, y por eso se elogia su trabajo: es una suposición tan arbitraria como otra cualquiera. Y cumplen la ley porque hay suficientes mecanismos de protección y vigilancia para que sea muy complicado hacer otra cosa.

En resumen, la elección es un momento de fuerza del Estado, un momento en que la lógica estatal se impone sobre todas las demás.

El discurso de legitimación institucional del IFE, el elogio de la ciudadanía, deriva en la antipolítica. En cierto sentido es normal, casi inevitable, porque es en realidad el discurso de legitimación del Estado, que es refractario a la política. El Estado es racional, objetivo, transparente, imparcial, está por encima de las divisiones sociales, y en cada uno de sus rasgos, puntualmente, su opuesto es la política: arbitrariedad, opacidad, parcialidad. El Estado, y el IFE como expresión de la estatalidad, se definen precisamente contra los partidos, contra los políticos. Y lo mismo sucede con la idea de ciudadanía, que es el correlato moral de la forma estatal.

En términos materiales, esa superioridad del Estado tiene su expresión de última instancia en el ejército. Normalmente es una posibilidad remota, indispensable porque sólo la amenaza del uso de la fuerza permite imponer reglas impersonales, uniformes. Pero en el caso del IFE, que es una institución de frontera, la intervención de las fuerzas armadas es abierta, explícita, para cuidar cada uno de los pasos del proceso electoral.

Desde luego, el apoyo del ejército es bastante lógico, porque ninguna otra institución tiene la capacidad logística para

coordinar un proceso de esa extensión, y a la vez transportar, vigilar, custodiar todo el material. Pero no deja de ser interesante imaginar las alternativas. Elegir al ejército para proteger los procesos electorales significa decidir que no lo hagan ni las autoridades locales ni la policía municipal, ni las policías federales –como sería lógico. Optar por el ejército es decir que esas otras instituciones no son dignas de confianza. Nos hemos acostumbrado, pero no es un asunto menor.

Por otra parte, el ejército ofrece una protección armada. No se trata sólo de transportar el material y guardarlo, sino de defenderlo, y defenderlo con las armas. Hay que tomarlo literalmente. Llamar al ejército es un recurso de disuasión en contra de una parte de la sociedad que podría querer alterar el resultado de las elecciones, y que lo haría si tuviese la oportunidad. O trataría de impedir la elección. La presencia del ejército es un desmentido dramático del elogio de la ciudadanía, porque por lo menos dice que una parte de los ciudadanos no son como los pinta la retórica.

La naturalidad con que se acepta la presencia del ejército: se acepta y se anuncia y se elogia, es significativa. En principio, en su definición más básica, el ejército tiene que defender a la nación de los enemigos externos. La tarea paradigmática del ejército es la guerra en defensa de la nación. En un caso extremo, en una guerra civil, en contra de un adversario armado que amenaza el orden jurídico bajo el que viven todos. Obviamente, para cuidar el proceso electoral se llama al ejército bajo la hipótesis de la guerra civil, pero no se puede decir así. Es necesario buscar otras explicaciones, o ninguna. El ejército protege la democracia (contra los enemigos de la democracia), el ejército protege a la ciudadanía (contra los enemigos de la ciudadanía). El problema es que esos enemigos,

o quienes resultan sospechosos de serlo, son las autoridades, los funcionarios públicos, las fuerzas de policía, los partidos políticos –y para resumir, los políticos.

La justificación depende de una cadena de identificaciones según la cual el IFE es la ciudadanía que es la nación que es defendida por el ejército –sorteando el sistema de representación. En términos muy primarios, la idea es que el ejército es nuestro ejército, nos defiende a nosotros; la dificultad estriba en identificar a los otros frente a los que nos definimos.

5

El Estado son dos cosas: una idea y un conjunto de prácticas. Es por un lado la idea de una entidad única, superior, racional, separada, situada por encima de la sociedad, y por otro un conjunto de hechos, situaciones, relaciones sociales, prácticas materialmente observables: edificios, uniformes, papeles membretados, trámites, autorizaciones, y por supuesto funcionarios. La idea del Estado da una coherencia imaginaria a las prácticas, de modo que aparecen como si fuesen efectivamente partes de un único mecanismo. Las prácticas por su parte tienen que hacer presente y verosímil la idea, tienen que producir lo que Timothy Mitchell llamó el “efecto-Estado”, es decir, la ilusión de que en efecto existe esa entidad superior, ajena a los intereses particulares, ajena al conflicto social.

En términos materiales, el Estado sólo existe en las prácticas concretas: en edificios, situaciones concretas, donde hay personas que cumplen con determinados rituales. Ahora bien, esas prácticas siempre están situadas, siempre son encuentros de sujetos sociales en circunstancias particulares: en lugares mejor o peor comunicados, donde viven mil, o diez

mil o diez millones de personas, con una trama densa de relaciones de clase, de parentesco, de identidad religiosa, étnica o local, y también formas de poder tradicional, económico, cultural –pero nos hacemos a la idea de que la situación no importa. Pongamos un caso muy simple, el procedimiento de identificación para obtener una credencial, una licencia: hay una persona que necesita el documento de identidad, hay otra que tiene la facultad de entregarlo, los dos tienen intereses particulares, necesidades, apremios, pueden ser vecinos, incluso amigos o correligionarios, es viernes por la tarde, o la víspera de Navidad. La lógica del Estado requiere que todo eso se ponga entre paréntesis, y que se siga el procedimiento establecido sin otra consideración, ni que es amigo ni que es viernes (el ejemplo es una simpleza, pero lo mismo sucede en situaciones mucho más complejas, donde corresponde asignar un contrato de obras, decidir el trazado de una carretera, imponer una multa). El efecto de eso es que el Estado aparezca como una entidad ajena, superior, que se impone por igual a todos, también a los funcionarios.

Hay una serie de técnicas, mecanismos, recursos que hacen presente al Estado como realidad objetiva e independiente de la realidad social. El ejemplo más obvio es el del ejército: la disciplina del ejército, la coordinación de sus cuerpos, hace que aparezca como tal, como ejército, que es algo distinto de la suma de sus miembros, una entidad diferente y completa. Lo mismo sucede con la mayor parte de los procedimientos burocráticos: disciplinados, impersonales, metódicos, uniformes, maquinales, que por eso parecen obedecer a una forma abstracta.

En todos los procedimientos, desde el registro de ciudadanos hasta el recuento de los votos, el IFE es un ejemplo modélico de las prácticas mediante las que se produce el efecto-Estado:

formalidad, distancia, impersonalidad, disciplina, rigidez. No obstante, por las razones que no hace falta repetir, el IFE tiene que distinguirse del Estado, de las autoridades del Estado, de hecho en su origen tiene que definirse contra las autoridades del Estado, porque de eso depende su credibilidad. Y eso tiene como consecuencia que la particular forma de legitimidad que se deriva de esa abstracción se refiera al IFE en particular, pero no a la institución estatal. La credibilidad de las elecciones, cuando comenzaron a ser creíbles, no hizo menos sospechoso al Estado. En realidad, el procedimiento por el que se consiguió hacer creíbles las elecciones implicaba necesariamente la desconfianza hacia las autoridades.

Me interesa sobre todo subrayar una cosa: la celebración de la democracia es la celebración del Estado, aunque eso se disimule mediante la retórica de la ciudadanía. Porque la democracia, esta democracia que conocemos, es un inmenso ejercicio burocrático. Y lo que encuentro interesante es la serie de dobleces en la retórica institucional del IFE para a la vez mostrar y ocultar eso.

6

Acaso conviene ir un poco más despacio. Empecemos por la burocracia. El efecto normalizador de la burocracia es consecuencia de su carácter metódico. La burocracia sigue un procedimiento formal, siempre idéntico, inalterable, y eso acredita su condición neutral: a todos impone los mismos requisitos, de todos exige lo mismo, y siempre sigue los mismos pasos. En eso consiste su racionalidad.

Desde luego, la idea de que la burocracia sea racional merece pensarse. Exigir los mismos documentos, dentro de los mismos

plazos, en la Sierra Tarahumara, en la cuenca del Balsas y en Guadalajara no es racional en ningún sentido: ni eficiente, ni justo ni sensato. Pero ese método es el fundamento de determinadas formas de autoridad, de ejercicio de la autoridad. Y por eso admitimos que metódico equivale a racional.

En términos prácticos, lo que tiene que hacer la burocracia es eliminar la complejidad, pasar por alto el contexto, todas las características particulares de cada persona, de cada lugar, y someter todos los casos al mismo procedimiento. En la operación del IFE, volvemos a nuestro tema, para eliminar el contexto hace falta un inmenso aparato de mediación. Para organizar las elecciones tienen que integrarse las mesas electorales en todo el país de la misma manera, tienen que funcionar con las mismas reglas, tienen que recibir el mismo material y tienen que llenar del mismo modo las actas, y eso en la ciudad de Monterrey, en el desierto de Altar, en Los Altos de Chiapas, el mismo día. Esa articulación de funcionarios, capacitadores, ciudadanos, es el Estado. Pero volveremos a eso.

El sentido común suele identificar al funcionario con el Estado, y suele identificar el poder del funcionario con el poder del Estado. Es un error de óptica. La burocracia estatal es una máquina cuya lógica está fuera del alcance de los individuos: de todos, del que solicita un trámite y el que lo autoriza. Las reglas se imponen por igual a las dos partes, y normalmente, cuando se incumplen, son las dos partes las que lo hacen (dejamos de lado los sistemas de autoridad patrimonial, que son otra cosa).

La racionalidad característica de la burocracia implica indiferencia hacia la humanidad concreta de los individuos con los que trata. Desde luego, es frecuente que eso parezca injusto,

porque va contra lo que puede parecer razonable a veces, de sentido común, porque va contra todos los demás sistemas de valoración social. Pero al mismo tiempo esa indiferencia contribuye a cimentar una idea de la justicia. Las quejas sobre la inhumanidad de la burocracia, que pueden estar muy bien fundadas, sirven para darle legitimidad.

Todo eso en teoría. En la práctica siempre es más complicado. Pero una vez establecida, la burocracia produce una especie de cuerpo místico que trasciende las situaciones concretas, de modo que las fallas locales no dicen nada del conjunto y no afectan a su credibilidad. Es claro que hay siempre, en todas partes, burócratas que no hacen bien su trabajo, que alteran un procedimiento o lo tuercen en beneficio de alguien, en el suyo propio. Pero eso no invalida la autoridad del conjunto, de hecho eso no dice nada del conjunto (lo mismo que los pecados de los miembros de una iglesia no dicen nada de la iglesia en sí). Quienes están en falta son los individuos, el problema son los individuos, no la institución.

En ese sentido, como ha dicho David Graeber, en toda burocracia hay un impulso utópico, porque propone un ideal abstracto, el de un puro mecanismo, perfectamente metódico, que no es posible. El éxito de cualquier burocracia consiste en expulsar la realidad, dejar fuera todos los accidentes de la vida real, las particularidades del tiempo histórico.

En su funcionamiento ideal, el orden de la burocracia es previsible, sistemático, uniforme, produce el efecto de una estructura estable, que no está sujeta a las veleidades arbitrarias de nadie. Y eso hace verosímil al Estado como Estado. Por eso cualquier discurso de legitimación tiene que disimular, o minimizar, ocultar la dimensión “profana” de su autoridad,

que puede ser arbitraria, incoherente, partidista, a veces brutal, y hacer exhibición en cambio del cuerpo místico de la burocracia.

En el caso que nos interesa, al IFE corresponden algunas de las tareas básicas del Estado: identificar, clasificar, registrar a la población, y producir el primer documento de identidad prácticamente universal –que muy pronto se vuelve necesario. Pero todos los demás pasos que implica un proceso electoral tienen un efecto parecido: todos están escrupulosamente regulados, imponen una disciplina general, pero además la imponen de una manera muy espectacular. La rigidez de las prácticas, su carácter masivo, uniforme, es lo que hace existir al Estado. Y eso es lo que muestran las fotografías.

La experiencia de la elección ofrece una manera de imaginar al Estado a partir de la disciplina que se impone a todos y que todos contribuyen a imponer. En la elección se exhibe la capacidad técnica del Estado: papeletas, urnas, casillas, información, y también el carácter impersonal y trascendente del Estado. En primer lugar está la magnitud de la operación: el número de casillas, los cientos de miles de funcionarios, la presencia en todo el territorio, la captura inmediata de la información. Esa magnitud, por si sola dice al Estado. Pero también está la coordinación de todo ello, la puntualidad, la exactitud: el mismo horario, el mismo protocolo. Esa exactitud y esa uniformidad hacen un contraste dramático con todo lo demás, con la variedad, la complejidad, la improvisación de la vida cotidiana.

En un doble sentido puede decirse que la elección es la consagración del Estado. Primero, en términos materiales, porque en ese momento, en esas horas, el Estado existe de la manera más eficaz, definitiva e indudable, en todas partes. Pero también

en el plano simbólico, porque en la elección se manifiesta la Soberanía Popular, que participa de lo sagrado. Y la Soberanía Popular instituye a la autoridad. Ese proceso de consagración es el que se muestra en los libros: para eso sirven.

7

Vuelvo al argumento original. El IFE fue la institución central en el proceso de transición a la democracia, central para la formación de lo que seguramente conviene llamar el régimen de la transición: un arreglo político con un sistema de tres partidos bastante equilibrados electoralmente, con identidades ideológicas más o menos reconocibles, elecciones competidas, gobiernos sin mayoría en el congreso, y un consenso fundamental en lo que se refiere a las decisiones básicas de la economía y la necesidad de dismantelar el Estado posrevolucionario. Lo que correspondía al IFE era dar legitimidad al nuevo régimen. No sólo organizar las elecciones, sino acreditar las elecciones. Más todavía: elaborar el lenguaje en que había que encuadrar las elecciones –una de cuyas claves era la idea de la ciudadanía.

Es una historia que se ha contado ya muchas veces, y no vale la pena insistir mucho en ella. Pero sí vale la pena tal vez poner algunos acentos. *Grosso modo*, lo que llamamos la transición fue la quiebra del régimen de la revolución, del nacionalismo revolucionario, y su sustitución por un modelo que sin mayor precisión se puede llamar neoliberal. Se trataba de sustituir donde fuese posible al Estado por el mercado, poner el énfasis en la responsabilidad individual, en la libertad individual, y producir como correlato una nueva forma de autoridad política cuyas piezas fundamentales serían la Democracia, la Transparencia y el Estado de Derecho.

En el terreno propiamente político, el propósito era transitar hacia un orden de legitimidad democrática, es decir, una legitimidad procedimental, que descargase al Estado de la necesidad de buscar una legitimidad sustantiva, mediante concesiones, subsidios, y en general mediante una política redistributiva. Por eso lo fundamental era no sólo organizar elecciones creíbles, sino conseguir que las elecciones tuviesen esa importancia como factor de legitimación –porque no la habían tenido, y no es obvio que la tengan. Y para eso era indispensable que cobrase también una enorme importancia el fraude electoral o más bien la imagen del fraude electoral como cimiento del Antiguo Régimen.

Es decir, al IFE correspondía poner la infraestructura de los procesos electorales: los recursos materiales, técnicos y administrativos para el ejercicio de los derechos políticos, incluidas algunas funciones jurisdiccionales. Pero también le correspondía contribuir a la elaboración de la legitimidad democrática, o sea, en términos muy simples, tenía que hacer publicidad de la democracia, publicidad del arreglo institucional, de los procedimientos concretos, pero también de la idea democrática. El IFE tenía que dar consistencia, solidez, atractivo, a los valores que justifican el procedimiento democrático, y eso mediante los programas de educación cívica, pero sobre todo a partir de una elaboración dramática de los procesos electorales que permitiese ver en ellos la tolerancia, la pluralidad, la participación, la obra de una ciudadanía ordenada, activa, libre. Las elecciones tenían que ser además publicidad de sí mismas. Los libros son parte de ese esfuerzo, por supuesto.

Lo que se llamó la transición democrática tuvo su culminación en el año 2000, con la llegada del PAN a la presidencia de la república. Se puede decir, y se ha dicho, que la transición

quedó incompleta o que en muchas cosas no lo fue verdaderamente, pero la verdad es que en la mayoría de los casos cuando se decía transición no se quería decir nada más que alternancia en el poder –o sea, la derrota del PRI. Todos los otros cambios que se asociaban a la alternancia eran conjeturas sin mucho fundamento; según quiénes, se ponía el acento en una cosa u otra, acabar con la corrupción, con el autoritarismo, con la pobreza, y más o menos de buena fe se suponía que todo sería resultado del cambio en el gobierno (y en las reglas para acceder al gobierno, se entiende). No había motivo para esperararlo. Pero en todo caso, lo fundamental era la alternancia.

Incluso entonces era posible saber que el cambio político era sólo una pieza, parte de un proceso largo, de una serie de transiciones: productiva, institucional, demográfica, cultural, en la larga crisis final del régimen revolucionario. Y eso explica en buena medida el desencanto de los años posteriores. Por otra parte, el régimen de la transición sobrevivió todavía una década larga. Pero nada de eso le quita importancia a la elección.

El año clave es el 2000. La institución clave, el IFE. En la imagen del IFE, y en su transformación, se puede hacer visible mucho de lo que sucedió entonces. Se puede tomar como indicador, aunque sea un indicador muy burdo, la confianza en las elecciones. El panorama es muy elocuente. Según lo que dicen las encuestas, en los años noventa, menos de la mitad de los mexicanos pensaba que las elecciones fuesen limpias; en el año 2000, justo después de la elección, casi el 90 % piensa que son limpias. Pero ese porcentaje cambia, baja de nuevo dramáticamente a partir de 2006, y de ahí en adelante, de modo que para 2012 los números son muy parecidos a los de antes de la creación del IFE (el 60 % dice que no confía en los resultados electorales). Es claro que esos números, la actitud

que se refleja en esos números tiene que ver con el resultado de las elecciones, con las dos derrotas de López Obrador, y con la propaganda de los partidos, con las campañas de los medios de comunicación, y no con la organización de los procesos –que son igualmente confiables en el 2012 que lo eran en el 2000. Pero el cambio en el clima de opinión es indudable, refleja el progresivo descrédito del régimen de la transición –cuyo eje era el IFE.

8

El año 2000, la elección de Vicente Fox, señala el final de la transición democrática, y abre un periodo bastante más confuso. El entusiasmo con el nuevo gobierno dura muy poco. En la opinión pública, en la prensa, en buena parte de la clase política hay un cambio de actitud muy notable. Hasta entonces había dominado lo que por abreviar podría llamarse el “optimismo democrático”, un ánimo esperanzado, entusiasta, airado, apremiante, producto de la expectativa del cambio de régimen. La idea de que la democracia, o la alternancia, que de eso se trataba, pudiera resolver muchos de los problemas del país era ingenua, por decir lo menos, pero muy popular. Hubo algunos llamados a la prudencia, una especie de crítica anticipada de la democracia, la de Octavio Paz por ejemplo, pero inmediatamente quedaron estigmatizadas como propaganda del PRI.

Es un fenómeno conocido en los procesos de cambio político. El impulso normalmente viene de una idea exagerada, y puramente especulativa por supuesto, de los beneficios que se pueden esperar del cambio. En situaciones así, lo que no se puede aceptar de ninguna manera es el escepticismo, porque merma el entusiasmo, desmoraliza. Y sucede que se

promuevan las transformaciones con una especie de ceguera voluntaria con respecto a muchas de sus consecuencias.

La idea de la ciudadanía, una idea exaltada de la ciudadanía era una de las claves del optimismo democrático. Puesto en términos muy simples, el argumento central era que muchos de los defectos del Antiguo Régimen: autoritarismo, corrupción, arbitrariedad, ineficiencia, impunidad, eran consecuencia de la imposición de la clase política priista (ellos, los otros, el gobierno, los políticos), que se conseguía mediante el fraude electoral. Porque la gente (la ciudadanía) obviamente rechazaba todo eso, trataba de resistirse.

O sea, que el problema central era que no se respetase la voluntad ciudadana en las elecciones. Y por tanto, todo se resolvería, o entraría en vías de solución, cuando se consiguiera romper el ciclo del fraude. Se suponía, porque la teoría dice eso, que los votos castigarían las malas prácticas, servirían para condenar la ineficiencia, la corrupción, y de ese modo contribuirían directamente a la solución de los problemas. La idea se defendía de manera más o menos ingenua, más o menos enérgica, según fuese el caso. De lo que no dudaba nadie, de lo que no se permitía dudar, era de las virtudes del ciudadano, porque de eso dependía todo lo demás.

Los modelos de la ciencia política de entonces estaban diseñados a partir de la hipótesis de un individuo racional, que hace sus cálculos y vota según lo que más le conviene. Gracias a eso, la democracia, como análogo del mercado, produce el mejor resultado posible. La idea es elegante en teoría, nunca resultó del todo convincente en México. Por eso, en ese clima de exaltación democrática se elaboró un nuevo lenguaje público de acentos republicanos, en el que ciudadanía, ciudadano, cívico, civil,

eran todos términos elogiosos, con una enorme carga moral, y eran piezas necesarias en el campo semántico de la democracia.

Vale la pena reparar en que mucho de lo que se consideraba ciudadano, y se elogiaba como ciudadano, era relativamente infrecuente, y muchas veces opuesto a las prácticas habituales de la política. De entrada, la ciudadanía se definía frente al clientelismo, como una forma superior, naturalmente. Superior y posterior, en un esquema de historia progresista que se adoptó de manera implícita, sin mayor discusión: la democracia era lo que venía después, la ciudadanía era lo que venía después. Y si el mundo de las clientelas era jerárquico, particularista, personal, refractario a la legalidad, el de la ciudadanía era casi exactamente inverso. Aparte de esa definición general, quedaban fuera otras muchas formas tradicionales de hacer política en México: bloqueos de carreteras, barricadas, campamentos en la calle, ocupación de edificios públicos, secuestro de funcionarios, pedreas. Nada de eso era civil ni cívico ni ciudadano. Y por supuesto, según la misma lógica, y la misma versión idealizada de la ciudadanía, no se contaba a los sindicatos como organizaciones de la sociedad civil.

En resumen, era una idea de la ciudadanía exaltada, abstracta, moralista, que tenía poco que ver con las formas habituales de la política en el país. Pero era necesaria para una idea de la democracia igualmente exaltada y abstracta.

Volvamos atrás dos párrafos. El año 2000 es un punto de inflexión. El objetivo de los diez o quince años anteriores para buena parte de la clase política, y buena parte de la clase intelectual, se podía decir en los términos que empleó Vicente Fox

como candidato: “sacar al PRI de Los Pinos”. Por supuesto, el país no cambió a partir del año 2000. En todo caso, no cambió como se esperaba, como se había prometido que cambiaría, ni siquiera en lo que hubiera parecido más factible: no desaparecieron la corrupción, ni la arbitrariedad ni el autoritarismo. Hubo los pequeños escándalos de siempre, denuncias, protestas. En el corto plazo, en lo que estaba más a la vista, no cambió casi nada.

Entonces entró en crisis, de manera progresiva pero muy rápida, el lenguaje de la transición. Y con eso también la idea de la ciudadanía.

El cambio se nota sobre todo entre los intelectuales, en algunos de los más entusiastas promotores de la transición, que descubrieron que el cambio de personal no tenía mayor influencia sobre muchas cosas. En el origen había un problema de diagnóstico. No era sólo ingenuidad. Los promotores de la transición estaban en la idea de que el problema de México era básicamente político. El punto de partida era una interpretación, la que puso en blanco y negro Daniel Cosío Villegas, según la cual las claves del sistema político revolucionario eran un presidente omnipotente y un partido omnipresente. Sobre esa base era lógico pensar que la derrota del partido y el cambio en la presidencia bastarían para corregirlo todo o casi todo de arriba abajo. La alternancia era el fin del régimen. Y por lo tanto el fin de todos los defectos del régimen.

El resultado fue un desencanto que se fue agravando con el tiempo, y que dio lugar a un clima intelectual muy distinto, a otro ánimo que por abreviar se puede llamar “pesimismo oligárquico”. Estaba en la prensa, entre los promotores de la transición, los que se habían hecho cargo del gran cambio, y

que sin embargo no habían conseguido gran cosa en cuanto a corrupción, legalidad, eficiencia administrativa. La conclusión que venía más a mano, y la que parecía más lógica, era que la ciudadanía no había estado a la altura de lo que se esperaba de ella. En resumen, simplificando un poco, el problema mayor no eran las instituciones, ni el sistema político, sino los mexicanos.

El giro no fue del todo inesperado ni muy original tampoco. Algo parecido sucedió en muchos otros países de los que formaron parte de la ola democratizadora en América del Sur, en Europa Oriental. Durante veinte años la ciencia política se había dedicado con entusiasmo a la elaboración de modelos de transición democrática, para explicar lo que sucedería cuando desapareciese el socialismo real, cuando se derrocara a las dictaduras latinoamericanas. Y se incluyó a México en el paquete porque el régimen revolucionario podía entenderse como una dictadura. El cambio de sistema político se produjo en casi todas partes, en un periodo muy breve. Pero los resultados no eran para inspirar optimismo. En los años del cambio de siglo, en la misma estela, el problema de la transición se convirtió en el problema de la “consolidación” de la democracia, que ya no era cosa de las elites, del arreglo institucional, del bloque dominante, sino de “cultura política”.

En México, en esos años, sucede exactamente así. Se multiplican los estudios de cultura política que vienen a decir en resumidas cuentas que el problema son los mexicanos. Olvidados los matices, la complejidad de las actitudes políticas que había explicado Rafael Segovia treinta años atrás, los resultados de encuestas son motivo de discusión en la prensa, a veces con escándalo. Hay un breve, pero muy significativo auge de la literatura sobre el “ser del mexicano”, un filón literario entre

el folclore, la psicología pop y el puro racismo, que con razón se había olvidado cincuenta o sesenta años antes. Los libros de Jorge Castañeda, Agustín Basave, Carlos Elizondo, varios otros más disparatados, descubren atavismos y complejos, defectos psicológicos, formaciones culturales arcaicas que dejan sin fundamento al idea de ciudadanía de la década anterior: resulta que en México no hay ciudadanos. El discurso de legitimación sigue siendo el mismo, porque no hay alternativa, pero no es fácil mantener el entusiasmo.

En ese contexto de relativo desencanto, la elección presidencial de 2006 fue una señal de alarma. No por el resultado, sino que de nuevo, como en las décadas anteriores, el proceso electoral estaba bajo sospecha. No habían cambiado las condiciones materiales ni las reglas, en lo fundamental, el procedimiento había sido igual al del 2000. Pero ya nada era igual. En un primer momento, en los primeros días de la crisis, la sospecha se centró en los funcionarios de casilla, en las mesas de votación, o sea, en la posibilidad de un fraude “a la antigüita” –o sea, lo que se había tratado de eliminar definitivamente con la organización del IFE. La acusación se dirigió después al sistema de cómputo, al mecanismo para capturar la información de las actas de casilla, y se puso a circular la idea de que en el programa informático había un algoritmo secreto que transformaba los resultados.

La crisis se cerró en falso. A partir de entonces los procedimientos electorales volvieron a estar en el centro de la discusión pública. Se vivió una especie de segunda transición: reiterativa, renqueante, otra vez centrada en la organización del IFE. Se respondió a la crisis de 2006 con el desmantelamiento del Consejo General, quebrando precisamente las garantías que se habían buscado con su formación, y con una reforma

del sistema de comunicación de las campañas para prohibir la contratación privada de publicidad en radio y televisión. La reforma provocó una reacción coordinada, muy agresiva, de radiodifusoras y televisoras, dirigida a desacreditar el sistema electoral –y de paso a los partidos, los diputados, los políticos. La pleamar de la antipolítica llegó en la elección federal de 2009, con una ruidosa campaña de intelectuales mediáticos a favor del voto nulo.

De ahí en adelante, no se recupera nunca el prestigio del IFE del año 2000, aunque las críticas en la elección de 2012 miran sobre todo a la periferia del sistema, es decir, lo que no se puede controlar burocráticamente, sobre todo lo que se llama “compra de votos”, que puede comprender prácticas muy distintas, a veces difíciles de definir con claridad. En todo caso, en los años siguientes pasa a primer plano la crisis del federalismo, una crisis larga, tortuosa, sin salida, porque los abusos de los gobernadores son inocultables, pero no hay ninguna propuesta formal medianamente razonable para reformar el régimen federal. Y de nuevo se busca una solución mediante las instituciones electorales, se opta por la desaparición del IFE, y su sustitución por un Instituto Nacional Electoral.

Los libros que me interesa estudiar se publican en esos años, entre 2006 y 2012, es decir, durante la crisis de legitimidad del IFE. Las instituciones electorales siguen estando en el centro, y la imagen del ciudadano sigue siendo la pieza clave en el discurso de legitimación del régimen –aunque no haya ya la confianza ingenua, entusiasta, de los años noventa. Los libros registran eso.

Descripción de los libros

1

El primer problema que plantean los libros es el propósito para el que se hicieron (quiero decir, más allá de la trivialidad de la lógica burocrática, que necesita gastar en publicidad, o en regalos). Se llaman **Memoria gráfica de la elección**, son libros de fotografía de gran formato: papel *couché*, impresión a cuatro tintas, es decir, que son libros de regalo, los que se suelen llamar libros de mesa (*coffee-table books*), cuyo uso es puramente decorativo. Son libros grandes, coloridos, llamativos, en los que el texto está reducido al mínimo: apenas unos pocos párrafos de presentación, a veces una anotación como pie de foto, y poco más. Incluyen imágenes de todo el proceso electoral: de la capacitación de quienes serán funcionarios de casilla, de la producción y el transporte de materiales, las mesas de votación, el recuento, y el anuncio de los resultados.

Son libros de regalo, pero no de lo que se suele llamar, con cierta ambigüedad, fotografía artística: algunas imágenes están muy logradas, otras no tanto, algunas francamente malas, pero en todo caso lo que importa es la escena que aparece retratada. No tienen una finalidad informativa, no son reportajes, las situaciones fotografiadas tienen un interés puramente anecdótico, no hay información que explique concretamente lo que sucede en cada caso. Pero tampoco tienen una función documental, porque no son prueba de nada; se ve a funcionarios, ciudadanos, mesas de votación, pero en realidad todas ellas o casi todas ellas pudieron haber sido posadas, muchas son obviamente posadas –no permiten documentar seriamente nada, porque no se trata de eso.

Sirve de ejemplo cualquiera de las imágenes. En la memoria de 2011-2012, el panorama de un pequeño embarcadero, unas cuantas lanchas en primer plano, cinco funcionarios del IFE al fondo, sobre el muelle, el pie de foto dice: “Champotón, Campeche”. El contexto del libro dice que son responsables de la capacitación de funcionarios electorales, pero la imagen no sirve más que de apoyo para el relato. Otra foto, unas páginas más adelante: tres funcionarias del IFE, sabemos que son funcionarias porque llevan el chaleco rosa que sirve de uniforme, hablan con dos jóvenes en las escaleras de entrada de un edificio; el pie de foto dice: “Biblioteca Pública del Estado, Saltillo, Coahuila”. Otra vez, el contexto del libro hace que la imagen diga que hablan sobre el proceso electoral, que los jóvenes van a ser funcionarios de casilla. Es sólo una ilustración del relato.

Las imágenes son de gente común y corriente, en situaciones que no tienen nada de particular. No podrían ser noticia, ni tienen otro interés. Puestas en el contexto de los libros, para la mirada de alguien completamente ajeno muestran algunas

características de los procesos electorales en México, incluidos paisajes que pueden resultar exóticos. Para un mexicano evocan una experiencia conocida, cualquiera puede sentirse reconocido en alguna de las imágenes, y desde luego cualquiera puede reconocer los rasgos significativos: las casillas, las mesas de votación, las urnas, las credenciales. El conjunto habla del esfuerzo que hace falta para que esas escenas, idénticas, se repitan en paisajes tan diferentes, es decir, es el relato de una hazaña burocrática. Pero ya tocará hablar de eso.

No son libros de arte, aunque haya algunas fotografías notables, encuadres originales, efectos de luz. Pero no son tampoco periodismo, no son reportajes gráficos, aunque algunas imágenes sin duda podrían incluirse en un reportaje. No tienen el diseño deliberado de la fotografía publicitaria ni el distanciamiento que requiere el género documental. Son libros de publicidad institucional, que tienen que transmitir una imagen del trabajo del IFE, lo que los hace interesantes es que la imagen del IFE es la imagen de la ciudadanía que es la imagen de la democracia.

En cada uno de los volúmenes hay un texto de presentación. Son textos protocolarios, retóricos, bastante parecidos entre sí, pero con variaciones que no dejan de tener interés. El de 2006 dice: “Esta recopilación de imágenes e instantes pretende mostrarnos el rostro humano de la elección... Es pues, un testimonio y un homenaje a estos ciudadanos, garantes de la imparcialidad y la transparencia...” El de 2009: “Espero que las imágenes de esta memoria contribuyan a mostrar que el éxito de los procesos electorales en nuestro país... es sobre todo resultado del esfuerzo que realiza cada ciudadano...” El de 2012: “con fotografías de alta definición se integran los iconos de una democracia que vive y se desarrolla con la

participación de todos y todas... refleja la equidad que marcó la competencia electoral, la transparencia de todas y cada una de sus actividades institucionales, pero sobre todo el profesionalismo, la imparcialidad y disposición de quienes convergen en torno a la organización ciudadana de las elecciones...”

Las variaciones son menores, pero revelan la ambigüedad del propósito. O más bien, la dificultad para explicarlo con claridad. Según el caso, se trata de mostrar el rostro de la gente, de los funcionarios, o de documentar participación, mostrar equidad, transparencia. Siempre es más de lo que dicen por sí solas las fotografías, por eso hace falta ponerlo por escrito, para que signifiquen según el caso la democracia, las virtudes ciudadanas, la organización, la eficacia del IFE.

Son libros de publicidad institucional, también son una forma de conmemoración. Las personas que aparecen son una sinécdoque de todos, son la ciudadanía. El despliegue de las imágenes compone un relato en el que se hace visible la democracia como obra de la ciudadanía. Para eso se hacen menos los aspectos institucionales, administrativos, tecnológicos, para dejar en el primer plano la actividad de personas concretas. No serviría para eso cualquier imagen ni serviría cualquier orden. No tendría el mismo efecto si hubiese por ejemplo tres fotos de cada estado, o doce fotos de cada fase del proceso, porque un orden así no podría tener el efecto dramático que hace falta para armar un discurso. El conjunto de las imágenes que se han escogido, la cantidad que hay de una cosa u otra, la secuencia en que se presentan, todo tiene intención. Eso significa que en cierto sentido los libros pueden leerse como se leería un retablo barroco, en el que cada imagen tiene un sentido, y el lugar en que está tiene sentido, y contribuye al conjunto.

Las conmemoraciones cívicas, eso son los libros, son formas de exhibir la autoridad: la exhiben, la explican, la justifican. Son elaboraciones simbólicas del poder a partir de la consagración de un acontecimiento concreto. Puede ser una batalla, una guerra, un tratado, se escoge el hecho que sea, se delimita, se nombra, se subrayan los rasgos que lo hacen singular, significativo como origen o fundamento de la autoridad, y se representa mediante un desfile por ejemplo, una ofrenda floral o cualquier otra cosa. Ese sentido tienen los libros. Conmemoran el proceso electoral. Ahora bien, para eso lo primero que hace falta es construirlo como acontecimiento, y eso quiere decir, por un lado, separarlo del resto del proceso político del que forma parte (y que incluye el trabajo de los legisladores, la actividad de los partidos, de los jueces, todo el resto), y por otro, afirmar la cohesión, la continuidad de los varios momentos como parte de una misma entidad.

La selección de las fotografías sirve para eso. O al menos sirve para hacer visible eso. Se recorta la parte del procedimiento que implica la intervención personal de gente común y corriente, se hace de eso la elección, y el conjunto da un sentido concreto a la expresión “fiesta cívica”.

La serie de escenas coloridas, más o menos pintorescas, dicen desde luego que en el país hay esos contrastes, todos esos paisajes de costa, de selva, montaña, y muestran a gente muy distinta que libremente, y según las imágenes incluso alegremente, hace la elección. Pero también muestran con la misma claridad la presencia del Estado. Conviene reparar en eso. El Estado organiza todo el proceso, empezando por la definición de la ciudadanía, y disciplina a todos, asigna tareas, pone límites. Y las imágenes lo confirman con perfecta naturalidad: está en todas partes, llega a todas partes, y trata a todos por

igual, es un mecanismo de operación exacta. Sin embargo, al mismo tiempo, con las mismas fotografías, mediante la retórica de la democracia, la serie dice que son los ciudadanos quienes producen la autoridad del Estado.

La democracia consiste en que la gente vota. No tiene ningún misterio. Pero en el panorama gráfico de los libros del IFE hay mucho más que eso. No sólo gente que vota, sino gente que estudia, que pone orden y toma decisiones y hace cuentas, gente que hace la elección durante meses. Representar la democracia así, mediante una gran colección de fotos de ciudadanos que actúan coordinadamente para producir la voluntad política del Estado, es una afirmación política que no hay que tomar a la ligera. El modelo cultural al que corresponde, inconscientemente sin duda, es el del grabado famoso de la primera edición del *Leviatán* de Hobbes, en el que una gran multitud de hombrecitos da forma al monstruo –ese dios mortal, etcétera.

La elección está en los márgenes del Estado. O más bien, es el último margen del Estado, donde este tiene que manifestarse de una manera más dramática. Ese día, el Estado hace posible que hable la sociedad –es un ejercicio radical de transparencia. Pero también es un momento liminal en el que súbitamente el Estado somos todos.

2

Una conmemoración, cualquiera que sea, es un recurso de legitimación, un ejercicio ritual para consagrar la autoridad, porque recuerda su origen, sus títulos: la declaración de independencia, una constitución, una guerra, una batalla. En este caso, el proceso electoral como sinécdoque de la democracia.

Tiene importancia porque la conmemoración de la democracia es parte del proceso democrático: mostrar la igualdad, la participación, la transparencia, es una afirmación de esos valores, y dice que la autoridad es legítima porque es resultado de ese proceso.

En los libros hay cientos de fotos, escogidas sin duda entre muchas otras, miles, tomadas en todo el país durante meses, cada vez que hay una elección federal. Eso quiere decir que tomar esas fotografías es parte del trabajo de los funcionarios del IFE, no sólo localizar, informar, preparar a los ciudadanos que van a ser funcionarios de casilla, sino tomar fotografías del proceso de capacitación, y después tomar fotografías de las mesas el día de las elecciones. No se trata de documentar su trabajo, porque para eso hay otros recursos: expedientes, formularios, bitácoras, donde se registra formalmente todo, y las fotografías de hecho no sirven para documentar nada. Se trata de producir la representación gráfica del proceso tal como aparece en los libros.

O sea, que quien toma las fotos sabe que está produciendo la imagen de la elección. Pero también lo saben quienes aparecen a cuadro. Todos, los funcionarios y los ciudadanos, son conscientes de que están siendo fotografiados en su función de ciudadanos, o de capacitadores. Y eso significa que están posando, incluso cuando no están deliberadamente adoptando una postura concreta. No es una obra de teatro, porque de verdad se capacita a los futuros funcionarios de casilla, pero es también una obra de teatro, una escenificación de la vida democrática –que es parte de la vida democrática.

Es un lugar común decir que la de nuestro tiempo es una cultura visual. En todas partes hay imágenes, y las imágenes son parte

fundamental, a veces casi única, de cualquier forma de comunicación: llaman la atención, subrayan, matizan, imponen un sesgo. Optar por un libro de fotografía es escoger un modo de comunicación política, tiene sus razones. El contenido básico del mensaje podría decirse en unos cuantos párrafos, o en una serie de cuadros estadísticos, pero las fotos dicen otras cosas. No es la información que transmiten, sino que añaden densidad, verosimilitud, añaden realidad. Expuesto en imágenes, el proceso electoral es mucho más real: esa gente concreta cuidó la elección, contó los votos, llenó las actas, es imposible dudar de eso.

No es que el discurso fotográfico sea en general más convincente que un discurso verbal, sino que es convincente de otra manera, más directa, que no se presta fácilmente para la discusión. Porque se supone que se limita a mostrar la realidad: una fotografía no habla acerca de las cosas, no las interpreta ni las califica, sino que sencillamente las muestra. Es decir, que es pura denotación, pura descripción directa de las cosas. De hecho, la primera connotación de cualquier fotografía es esa, la idea de que es pura denotación. Y a eso se debe su eficacia. Incluso si se tiene en cuenta que sucedieron muchas otras cosas, que no aparecen en la foto, eso que aparece efectivamente sucedió.

Insisto: no es que la imagen diga más que mil palabras, sino que dice otra cosa. La fotografía no “representa”, tan sólo muestra el aspecto que tenía la realidad en un momento dado. La representación, el peso significativo de la imagen, se elabora fuera de la fotografía, en el contexto en que se la coloca.

El discurso fotográfico se impone de manera inmediata, masiva, no tiene el reverso que hay siempre en un texto escrito. Pero la transparencia de la fotografía es engañosa. Una presentación estadística del número de casillas, de funcionarios,

actas, impugnaciones, ofrecería sin duda una imagen más clara de la elección y desde luego más completa, y en ese sentido también una imagen más realista, más ajustada a la realidad. Pero el realismo de la imagen es otro, el de la autenticidad.

La eficacia publicitaria de los libros del IFE, en todo caso la eficacia que se busca con ellos, deriva de esa condición más auténtica de la imagen fotográfica: los funcionarios de casilla son personas concretas, a las que uno puede ver, lo mismo que los votantes formados, depositando su voto, son gente común y corriente, que indudablemente estaba allí. Y con eso no se discute. El orden de la secuencia, que parece sencillamente cronológico, también contribuye a subrayar la autenticidad del conjunto, porque produce el contexto en que las imágenes adquieren sentido.

3

En las páginas que siguen quiero comentar el discurso gráfico al que recurre el IFE en los libros de publicidad institucional sobre las elecciones. Pero antes quiero dar un rodeo para hablar sobre el lenguaje de la fotografía. En un primer sentido, el más obvio, la fotografía es pura denotación, muestra el mundo, no lo comenta, y lo muestra exactamente como es. Esa mujer que lava ropa a la orilla de un pequeño río, medio cuerpo en el agua, efectivamente estuvo allí, así. Eso sucedió. Lo que tenemos delante es una reproducción tecnológica de lo que podía verse. La ilusión de ese absoluto realismo es lo que hace eficaz a la fotografía, y condiciona todo lo que se dice con ella. Digámoslo de nuevo, la primera connotación de la fotografía es esa: esto es la realidad. Importa porque según en qué contexto, eso hace que la imagen resulte particularmente enfática.

Además están todas las características de la imagen. El fotógrafo escoge, para empezar, un objeto, y omite otros, los deja fuera. Y todo lo que queda fuera de la imagen puede ser importante. Están también el encuadre, el ángulo, la amplitud de campo, la luz, las decisiones técnicas que son ya una manera de comentar. Mostrar sólo el rostro de una persona, o mostrarla de cuerpo entero, situada en un paisaje, más cerca o más lejos, todo eso expresa cosas. La fotografía de la mujer lavando a la orilla del río está tomada de forma que aparece inmersa en un paisaje tropical, pura vegetación, sin que haya nadie más alrededor, ni una casa ni un camino, de modo que el conjunto transmite una sensación de aislamiento, de lejanía –que no se produciría acaso con ningún otro encuadre. Todo esto es trivial, lo puede saber cualquiera a poco que lo piense, sin necesidad de ninguna formación técnica. Pero es lo primero que hay que tomar en cuenta para leer una fotografía: el impacto que se busca mediante los recursos técnicos de la imagen.

Pero hay algo más. Eso que aparece materialmente retratado, lo que sea, tiene un significado para quienes lo miran, y eso lo tiene presente el fotógrafo, y desde luego lo tiene presente quien escoge la foto. La imagen de un niño, un anciano, un policía, la imagen de una escuela, un desierto, una puesta de sol, todo inspira asociaciones de ideas, emociones, todo tiene un significado. La pose en que están las personas, su ropa, sus gestos, nos dicen esfuerzo o alegría, fatiga, entusiasmo. Por eso las imágenes no son copia del mundo, sino afirmaciones acerca del mundo –porque no podemos hacer a un lado lo que cada imagen concreta nos significa.

Pienso en el esfuerzo por ofrecer una representación objetiva en la etnografía fotográfica de Bali, de Margaret Mead y

Gregory Bateson, de 1942. Las imágenes son notas de trabajo, equivalentes a un diario de campo, publicadas con puntual, rigurosa información de contexto. El propósito es que la cámara sirva como instrumento de registro perfectamente neutral, capaz de registrar exactamente las cosas. Aun así, escogieron para publicar 759 fotografías, de un total de más de 25, 000. Y decidieron presentarlas en un orden determinado. Es decir, que incluso con todas las precauciones metodológicas, con la preocupación por la objetividad de Mead y Bateson, hay un encuadre, un subtítulo, un orden, hay una retórica de la imagen. De modo que el resultado no es Bali, sino una interpretación etnográfica de Bali.

La fotografía muestra un aspecto del mundo, algo que sucedió. Esa mujer efectivamente estaba en el río, lavando ropa. Pero en estricto sentido, esa mujer en el río sólo existe en el momento en que se toma la fotografía –en términos más enfáticos, existe sólo en la fotografía. Una foto no es la reproducción mecánica de algo que estaba allí, sino la creación deliberada de una imagen a partir de lo que estaba allí, una creación que depende del encuadre, el ángulo, la luz. No es que no haya sucedido lo que aparece en la imagen, sino que a eso que sucedió se le ha añadido un énfasis: algo que se destaca, algo que se hace más visible, algo que se omite. A veces el fotógrafo busca poner esos acentos, pretende que la imagen transmita una emoción o una idea, pero no siempre es así, y su intención no tiene en realidad mucha importancia.

Todo eso es muy fácil de ver, sólo hace falta poner atención. No es inmediatamente obvio porque cuesta trabajo sustraerse a la sensación de veracidad que transmite la fotografía. Desde luego, hay muchas maneras de engañar con imágenes fotográficas, hay montajes, trucos con el ángulo de visión, escenas

que han sido deliberadamente montadas, pero no hace falta nada de eso, no hace falta que una foto sea “mentira” para que signifique cosas –para que sea no sólo una reproducción sino un comentario.

Veámoslo desde otro punto de vista, para añadir un matiz. Las fotos en sí mismas son documentos de algo que sucedió. No sólo documento de lo que aparece en la fotografía, sino documento de que eso ha sido fotografiado, es decir, de que el fotógrafo estaba allí. Las imágenes hablan también de la situación en que se tomaron, y de quien las tomó (y una vez reunidas en un libro, organizadas como una serie, hablan también de quienes las han escogido, y ordenado). Si se piensa un poco, eso quiere decir que es necesario tratar la fotografía como se trataría cualquier otro documento. Y empezar por preguntar quién lo produjo, en qué contexto, con qué propósito. Otra vez, estamos en el terreno de lo obvio: no se puede tratar de la misma manera la información que aparece en un acta notarial, en una carta familiar o en una nota de prensa, y no es lo mismo que quien informa sea de quienes ganaron o de quienes perdieron una guerra. Insisto, no se trata de revelar una mistificación o una manipulación intencionada, aunque pueda haberla, sino de leer en las imágenes más de lo que los autores quisieron poner allí, todos los sobreentendidos, los prejuicios, las valoraciones que se muestran.

Alguien por ejemplo toma una foto de un funcionario del IFE incómodamente sentado, casi en cuclillas, frente a una casa hecha de tablones de madera, techo de palma; se alcanza a ver de perfil, asomada a la puerta a una mujer, y en primer plano media docena de gallinas (es la memoria de 2008-2009). Es claro que la foto está tomada de modo que uno se fije en primer lugar en las gallinas. A quien tomó la fotografía le pareció que

la imagen era pintoresca, original. Y quienes vean la fotografía también la encontrarán pintoresca. Lo interesante es preguntar qué es pintoresco en esa situación, qué rasgos son los que llaman la atención, en qué sentido –porque unas gallinas no son nada extraordinario, ni una casa de madera tampoco.

Por supuesto, lo mismo hay que preguntar con respecto a la lectura del conjunto: por qué esas imágenes, por qué ese orden. Los libros son documentos. Documentos de los procesos electorales, pero también documentos de la actividad del IFE, y del aparato de comunicación del IFE, cuya tarea consiste en acreditar el discurso de legitimación de la democracia. Eso significa que hace falta considerar la intención de quienes escogieron las fotos, y las pusieron en orden, y decidieron el tamaño que debían tener unas y otras, es decir, todo lo que se quiso hacer patente con ese discurso gráfico. Pero también lo que se dijo sin querer o sin caer en la cuenta –que puede ser más interesante. Porque ese es el discurso sobre la ciudadanía en los primeros años del siglo.

4

La experiencia visual está condicionada por la historia, por la cultura. Aprendemos a mirar lo mismo que aprendemos a hablar, o a leer. Estamos predispuestos a ver determinadas cosas, a fijarnos en determinados detalles, y estamos habituados a hacer determinadas asociaciones. Por eso es posible decir cosas mediante imágenes. Y por eso es posible leer en las imágenes a la sociedad que las ha producido. Existe una gramática de las imágenes. Los diferentes elementos se combinan de cierta manera para comunicar algo: la perspectiva, el tamaño de las figuras, los colores, la luz, el orden en que están dispuestas las cosas, forman frases, afirmaciones. Por supuesto, esa gramática no es natural en ningún sentido

(aunque sea natural la percepción de los colores, los contrastes, etcétera). La comunicación visual está codificada como toda comunicación, y si las imágenes nos dicen algo, si las entendemos, es porque conocemos el código.

En este caso, los libros están pensados para celebrar la participación de la ciudadanía en la organización de las elecciones. Las fotografías tienen que decir participación, civismo, responsabilidad, transparencia, legalidad, tienen que hacer el elogio de los ciudadanos mexicanos, de las elecciones mexicanas, de la democracia, y del IFE, tienen que servir para ilustrar la “fiesta cívica” o la “fiesta de la democracia” que es una elección (la expresión es muy curiosa, se ha convertido en un lugar común de la retórica mexicana: habría que prestarle atención).

La iluminación, la gama de colores, la relativa amplitud del horizonte son parte del léxico de la imagen, también los rasgos de las cosas, de las personas retratadas: la edad, la ropa, y también la pose en la que han sido retratadas. Hay una reserva de actitudes estereotipadas que son elementos prefabricados de significación, posturas que manifiestan atención, respeto, estudio, lo que sea. Todo eso se articula en la imagen, para transmitir algo. Y las imágenes a su vez, como conjunto, se integran en un contexto que puede modificar su sentido. Es la vieja idea de Panofsky, de que la lectura de una imagen tiene tres niveles: las cosas que aparecen efectivamente representadas, el significado convencional de esas cosas representadas, y el sentido intrínseco de la representación (pongamos por ejemplo una mujer con un niño pequeño, la idea de la maternidad, en un anuncio de comida para bebé).

En los libros del IFE, lo que aparece en las fotos no tiene nada de particular, son escenas bastante ordinarias: a veces llama la

atención un paisaje, pero es gente común y corriente, que conversa. El sentido se construye de otra manera. En la página 71 del volumen de 2009 hay la fotografía de dos mujeres sentadas en una mesa, dentro de una casa: es el salón de la casa, mesa de mármol, una alfombra historiada, una serie de repisas de cristal con objetos decorativos, al fondo una puerta de cristal que se abre a otra habitación; la escena no tiene nada de particular, se puede identificar como interior doméstico, urbano, moderno, y es todo. Pero en la página opuesta hay otro grupo en torno a una mesa: una habitación desnuda, techo de tablonos de madera, algunos cables colgando, piso de tierra, los rasgos visibles indican que es un hogar rural, pero sobre todo indican pobreza. En ese contexto adquiere otro sentido el significado convencional de las habitaciones. El funcionario del IFE que hay en las dos fotos sirve para decir que las dos escenas son la misma escena, la capacitación de los futuros funcionarios de casilla. Y eso, por supuesto, lo que hace es poner de relieve las diferencias entre una y otra, una viene a ser sinécdoque de la riqueza, la otra, de la pobreza, y el conjunto dice que todos son igualmente ciudadanos, y que participan por igual.

Uno de los recursos más frecuentes en el discurso gráfico de los libros es el contraste, a veces la incongruencia: un personaje de indumentaria muy obviamente urbana en un paisaje rural, o desértico, o bien una casilla de votación bajo un árbol, en un camión de redilas. Esos contrastes son parte fundamental del mensaje que se quiere transmitir. Pero volveremos a ello, con mucha más calma.

La gramática visual tiene recursos bastante sencillos. Los elementos que componen una imagen tienen un peso diferente según se ubiquen en la parte superior o inferior, a la derecha o a la izquierda, también según su tamaño: una urna en primer

plano, por ejemplo, desproporcionadamente grande, se convierte naturalmente en el eje de la fotografía. La iluminación puede subrayar cosas: una calle en un anochecer, un patio iluminado en que conversan varias personas, hace importante esa conversación, y hace ostensible que sucede de noche. El fondo en general sirve como marcador local, porque el paisaje significa, dice cosas a quienes lo observan, más allá del placer estético que pueda inspirar, más allá de la posible información geográfica que pueda aportar. El paisaje evoca asociaciones muy poderosas: un paisaje desértico o un extenso campo cultivado, una selva, un largo horizonte de playa, dicen cosas, igual que los paisajes urbanos, mercados, plazas, vías de tren. Si se piensa en eso, es interesante que en la parte “cívica” de los libros, la que se refiere a la capacitación de los futuros funcionarios, no aparecen nunca oficinas: hay interiores de casas y de escuelas, talleres, algún restaurante, mercados, muelles, pero nada que pueda evocar a la burocracia (tampoco interiores de hospitales, por cierto, ni asilos –puede parecer obvio, pero hay que decirlo: los ciudadanos no están enfermos ni son muy ancianos, es decir, no son dependientes).

La publicidad institucional, como cualquiera otra, presenta imágenes escogidas deliberadamente para mostrar de la manera más clara posible los atributos que se quieren señalar. La imagen publicitaria es enfática. Se apoya en el repertorio cultural disponible, el que se supone que empleará el público. Pero eso, por supuesto, es una hipótesis; en cualquier caso, las imágenes publicitarias dicen cómo imagina el fotógrafo, o cómo imagina el editor que el público las leerá –ese bucle es que el que resulta especialmente interesante.

Ostensiblemente, en los libros hay una serie de imágenes de gente que participó en el proceso electoral en esos años. El

propósito es producir una traducción concreta de una idea abstracta, o una serie de ideas abstractas: ciudadanía, democracia, participación. La vía más fácil para eso consiste en mostrar a un individuo cuya actitud permite que se le vea como encarnación de ciertos valores: los ademanes, los gestos que convencionalmente significan compromiso, responsabilidad, atención. No importa que no hayan sido posadas, las fotos se convierten en escenificación porque en el contexto son representaciones idealizadas de la ciudadanía.

Veamos por ejemplo la imagen que sirve de portada a la memoria de 2008-2009. Es un hombre mayor que deposita su voto en una urna. Lleva una camisa limpiísima, pero con desgarrones que son indicadores de pobreza, y un sombrero de palma que sugiere un escenario rural. Emplea las dos manos para poner el voto, con un gesto que indica cuidado, respeto, atención, responsabilidad. Sonríe. Ese momento es la democracia.

Ninguna imagen es nunca enteramente nueva. Conscientemente o no, eso no importa, todas remiten a otras imágenes de significado reconocible, en un repertorio más o menos extenso. Cualquier imagen de una persona rezando, las manos juntas, la vista hacia arriba, está repitiendo el gesto de innumerables figuras de santos. La imagen de una mujer que tiene en brazos a su hijo muerto es siempre trasunto de *La Piedad*. Igualmente hay en nuestro repertorio cultural varias imágenes que significan la voluntad popular, la soberanía popular. La más famosa a, la más beligerante también, *La libertad guiando al pueblo*, de Delacroix, también es muy conocido *El cuarto estado*, de Giuseppe Pellizza de Volpedo, que con frecuencia se usa en portadas de libros, en carteles de propaganda. Desde luego, no sirven como modelo para la

representación de la democracia de los libros del IFE. Vienen a la memoria otros cuadros. Por ejemplo, las imágenes de los capítulos dedicados a la capacitación recuerdan con frecuencia el cuadro de Vladimir Serov, *Campesinos visitan a Lenin*, con su acento densamente pedagógico, u otros, como el de Olga Yanovskaya, *Delegadas del VI Congreso*, de 1932. La gente alrededor de la mesa, la mirada seria, los papeles. Por supuesto, no significa que los fotógrafos del IFE trataran de reproducir aquellos cuadros, ni siquiera que los tuviesen presentes, pero esa escena con una infinidad de variaciones está en nuestro repertorio como una de las representaciones posibles de la democracia: puesta en contexto, sabemos lo que significa.

5

En lo que sigue, aparte de las consideraciones anteriores, que son casi sólo de sentido común, el único principio de método es muy simple, consiste en prestar atención a los detalles. No se trata de pasar por encima de la primera impresión que produce la imagen, sino de empezar precisamente por ahí, no de buscar algo oculto, sino lo que está ostensiblemente a la vista. Y con frecuencia, preguntar por lo más obvio.

El simbolismo no es evidente, como lo es en imágenes publicitarias, porque las fotografías no han sido compuestas para eso, no están posadas, o al menos no ostensiblemente posadas. Pero el propósito es que se vea.

Las fotos no quieren mostrar cómo actúan los ciudadanos en general, sino cómo pensamos que deben actuar los ciudadanos. La experiencia de ser seleccionado como funcionario de casilla, recibir a los empleados del IFE, asistir a la capacitación, implica sin duda sentimientos encontrados; casi cualquiera de

los encuentros concretos que aparecen retratados en los libros fue complejo, cargado de ambivalencia, inseguridad, desconfianza, pero en la foto tiene un sentido claro, rotundo, sin matices. Eso significa que en las fotografías lo que hay no son ciudadanos concretos, sino una imagen de la ciudadanía.

Otra vez, me refiero en particular a las imágenes del proceso de capacitación. Dicen que los ciudadanos mexicanos son virtuosos, y participan con alegría. Dicen que participan con alegría porque son virtuosos. Y dicen que los ciudadanos mexicanos deben ser virtuosos y deben participar con alegría.

Algo sobre el lenguaje de los libros

1

Existe un libro anterior, con fotografías de la elección del año 2000. Es muy diferente de los tres posteriores, y por eso mismo resulta útil como recurso de comparación. Para empezar, el título es mucho más enfático: *Memoria gráfica de la democracia 2000*. Y se entiende, desde luego. El libro está impreso en octubre de ese año, en la pleamar del entusiasmo de la transición democrática. En ese momento, la democracia era “sacar al PRI de Los Pinos”. Es un libro bastante menos voluminoso que los otros, con fotografías en blanco y negro, de reportaje periodístico. Sólo hay unas pocas, tres o cuatro, a doble página, y treinta y tantas de página entera, pero en la mayoría de los casos hay dos o tres imágenes en cada página.

La mitad del libro está dedicada a las campañas electorales. Son imágenes de los candidatos en campaña; aparecen dando entrevistas, rodeados de grabadoras, también en las escenas típicas: está Cuauhtémoc Cárdenas con varios atuendos indígenas, Porfirio Muñoz Ledo colocándose un inmenso penacho, Manuel Camacho en una alberca, Francisco Labastida bailando en un mitin, besando a un bebé, Vicente Fox a caballo, en patinete, en moto, tocando una tuba. Y hay también imágenes de los mítines: mantas, máscaras, camisetas, banderas, militantes que aplauden.

El resto del volumen está dedicado a la preparación de las elecciones, y a la jornada electoral. Las imágenes son parecidas a las que aparecerán en los libros de los años siguientes: empleados del IFE, ciudadanos que se preparan para ejercer como funcionarios de casilla, mamparas, urnas, mesas de votación. Algunas son tomas pintorescas, vistas originales por el paisaje: una pirámide, una puesta de sol, un primer plano de gaviotas, vestidos indígenas, y ciudadanos que votan: una monja, un marinero, campesinos. En general, la presencia del IFE es más bien discreta, aparecen algunos empleados en paisajes que parecen remotos, algunos en cursos de formación, y poco más.

No hay un argumento muy claro. Está el orden cronológico: primero la capacitación, luego las campañas, y la elección. Pero la secuencia de las imágenes no es muy obvia. Se puede ver la diversidad del país, gente muy distinta que acude a votar, y sobre todo las campañas, con su colorido folclórico. En la portada, un gran acercamiento a una mano que deposita un voto en una urna: el papel cuidadosamente doblado, la mano sujetándolo por una esquina de modo que sea visible la impresión en el reverso, con las siglas del IFE repetidas una docena de veces. La mano en la urna como sinécdoque de la elección como sinécdoque de la democracia.

Los libros de los años posteriores: 2006, 2009 y 2012, obedecen a un plan muy diferente. Lo primero que salta a la vista es que son mucho más voluminosos, con el doble de páginas, y con todas las fotografías a color: son libros más ostentosos, más parecidos a los de regalo o de fotografía artística. Y la organización de las imágenes está más claramente pensada para ofrecer un relato gráfico del proceso electoral, con el acento puesto en la actividad del IFE –y en particular, de los funcionarios y empleados del IFE, responsables de la capacitación. Algo que inmediatamente llama la atención: en el libro del 2000 los protagonistas son sin duda los candidatos, en el de 2006 ni siquiera aparecen.

La intención en todos los casos es subrayar el carácter “ciudadano” de las elecciones. En todos hay la estructura del proceso ordenada en tres momentos: la preparación, las campañas y la elección. Sólo que el espacio dedicado a las campañas se reduce drásticamente, hasta ser insignificante, y aumenta el de los otros dos momentos. O sea, que los políticos, y la política, son reducidos al mínimo.

La diferencia es elocuente. En el 2000 se trata de festejar un proceso extraordinariamente exitoso no sólo por la organización, sino sobre todo por el resultado, que contribuye de manera fundamental a darle credibilidad. La elección es creíble, y el IFE, por la derrota del PRI. La presencia del IFE en el festejo puede ser discreta, porque no está en duda. En 2006 la situación es casi la opuesta. La organización es fundamentalmente la misma, el problema es el resultado. El IFE está en entredicho. El libro, como no podía ser menos, es una reacción a eso que es propiamente una crisis de legitimidad, y para eso tiene que mostrar que es la gente la que hace las elecciones (de modo que el elogio de la ciudadanía sea un modo elíptico de hacer el elogio del IFE).

Me interesa ver ese discurso gráfico de legitimación en los tres libros siguientes: 2006, 2009, 2012, que puntúan la crisis de legitimidad del IFE hasta su desaparición.

2

La fotografía tiene siempre una particular aura de veracidad. Aparte de que se pueda señalar un montaje, si lo hay, es difícil dudar de lo que muestra una foto. Es algo que efectivamente sucedió, en ese lugar y de esa manera. A eso se debe su eficacia como recurso publicitario. Pero además las fotografías muestran cosas que no pueden decirse ni con argumentos ni con estadísticas –transmiten un clima moral.

El número de electores, el número de casillas, los porcentajes de votación, el número de incidentes, la explicación del procedimiento administrativo de la elección, el relato puntual de los hechos, no dicen lo mismo que la imagen de un anciano sonriente, sombrero de palma, camisa rasgada, que deposita su voto cuidadosamente, con las dos manos. Desde luego, en estricto sentido, los números pueden ofrecer una representación más realista –más cercana a la realidad, una mejor descripción. Pero la imagen tiene una autoridad distinta. Según la expresión de Barthes, la fotografía es una elipsis del lenguaje: lo que dice no necesita palabras. Y más: lo que dice está más allá de las palabras, es propiamente inefable, transmite el aire de la situación.

Por supuesto, ese absoluto realismo de la fotografía es engañoso. Sin duda había eso que aparece en la imagen, en cualquier imagen, eso sucedió, pero había también muchas otras cosas que no aparecen en la foto. Es inevitable. Porque no se puede incluir todo –el encuadre supone un recorte, una

selección, es decir, la decisión de omitir algo. Y para empezar, normalmente se omite la presencia del fotógrafo mismo. Pero de eso habrá que hablar más adelante.

Descontando ese inevitable recorte que implica el encuadre, en las fotografías de los libros hay un esfuerzo de representación natural. Salvo excepciones, se evita una imagen demasiado elaborada, “artística”. La iluminación, el color, la saturación, corresponden a una modalidad naturalista, que refuerza el efecto de verosimilitud: sin adornos, sucedió eso.

Adicionalmente, se omiten casi toda la información del contexto. No hay otros datos, fuera de la imagen. El texto que acompaña ocasionalmente, mínimo, no se refiere a lo que hay en las fotografías, sino a las normas del proceso electoral. Sólo en algunas, en el volumen de 2012, hay pie de foto en que se indica el lugar en que se tomó (puede ser algo tan impreciso como: Saltillo, Coahuila, o bien: Plaza principal de Toluca, Estado de México). No hay fechas, no hay nombres, es decir, falta toda la información que permitiría tratarlas como documentos. Esa omisión produce un nuevo contexto para las imágenes, que sólo pueden leerse como fragmentos del proceso electoral.

El sentido de una fotografía cambia cuando se omite la información sobre la situación concreta. Se borra la individualidad de quienes aparecen en ella, se borra la circunstancia, de modo que la imagen puede adquirir un carácter representativo: se trata de individuos anónimos, cuyo retrato forma parte de una serie, de modo que sirven para representar clases. Sin otra información, un hombre en una silla de ruedas representa a “los discapacitados”, una mujer con vestido indígena representa a “las indígenas”.

La omisión es importante. De hecho, es la clave de la retórica de los libros. Sabemos, o suponemos que detrás de cada escena hay un procedimiento burocrático para el que es indispensable la identificación de todos, funcionarios y ciudadanos, y el registro del lugar, y la hora, y que todo ello queda registrado en un expediente. No son encuentros aleatorios. Es decir, sabemos que todos los que aparecen han sido identificados. Pero no hay nada de eso en los libros, ningún rastro del registro burocrático, para que las escenas adquieran una significación genérica. El efecto resulta especialmente significativo en la serie de imágenes del libro de 2006 en que aparecen ciudadanos mostrando su credencial de elector: casi todos la muestran de modo que no se vean los datos personales, o la muestran desde una distancia suficiente para que no se distingan; son genéricamente portadores de credencial electoral, y cada uno representante que significa una categoría –es decir, una identidad que es casi exactamente la inversa de la que figura en su credencial.

Abro un paréntesis. La credencial, la exhibición de la credencial es importante en todos los libros, porque es importante en el proceso político mexicano. En términos prácticos, la credencial es un dispositivo logístico que permite organizar la votación: si coincide el nombre en la credencial con el nombre en la lista, y la foto en la credencial con la foto en la lista, y con el aspecto de quien la exhibe, entonces la persona puede tomar una papeleta y depositarla en la urna. Pero además la credencial es para nosotros una metáfora de la ciudadanía –significa igualdad, transparencia, participación.

Pero sigo. En la mayoría de los casos las escenas no son montajes, no han sido posadas, o no parecen haberlo sido, en todo caso lo mínimo para escoger el encuadre, la iluminación. Son espontáneas como las de un reportaje periodístico. Pero

han sido escogidas aquellas que muestran determinados gestos, ademanes, actitudes. Las fotografías son reales, aquello sucedió. Pero el conjunto induce inferencias muy concretas, deliberadamente pensadas. El contexto de las imágenes ha sido producido para que sirvan a un propósito publicitario –para que digan ciertas cosas.

Son libros de publicidad institucional, que es algo bastante común y corriente. Pero para hacer publicidad de su trabajo, el IFE hace publicidad de la democracia, y para eso tiene que hacer publicidad de las virtudes cívicas de los mexicanos. Ese bucle es lo que los hace interesantes. Como sucede con cualquier discurso gráfico, tienen que echar mano de las imágenes del repertorio cultural, y escoger las poses, actitudes, lugares, que transmiten el significado que sea –las que sirven para mostrar virtudes cívicas. Ahora bien, al escoger esas imágenes los autores de los libros dicen también algo de sí mismos, de los prejuicios, y las fantasías, y las asociaciones que hay en su imaginación. En resumen, los libros dicen qué imaginamos, o qué imagina nuestra clase política, qué imaginan los funcionarios del IFE cuando dicen “ciudadanía”.

3

Retomo el argumento. Las imágenes no se refieren a nadie de quienes aparecen retratados: no sabemos quiénes son ni tiene eso la menor importancia, porque tienen una función simbólica que requiere que su identidad se reduzca a su indumentaria, a algún defecto físico, a los rasgos de su edad. En el orden en que aparecen, en el modo en que se muestran, las imágenes sólo pueden ser leídas como manifestaciones de la democracia. Es lo que Panofsky llamaba el simbolismo iconológico, eso otro que se dice mediante una imagen, su contenido ideológico.

El orden de los libros corresponde a un relato muy sencillo, cuya estructura básica tiene tres partes: la preparación, la campaña, la elección. También hay, de extensión variable, un proemio y un desenlace –lo que sucede antes y después del proceso electoral. Y lo primero que salta a la vista, y resulta significativo, es el número de páginas que se dedica a cada una de las partes.

En cada apartado hay una serie de escenas típicas, que se repiten, y que sirven para hacer inteligible la secuencia. En el primero hay dos imágenes básicas: funcionarios del IFE en un paisaje más o menos agreste, que sugiere una particular lejanía, y funcionarios del IFE que explican algo a un ciudadano o un grupo de ciudadanos. En conjunto dicen que los funcionarios van a los últimos rincones del país para identificar, acreditar y capacitar a quienes serán funcionarios en las casillas electorales (por supuesto, la lejanía es la lejanía del horizonte urbano, y en particular de la Ciudad de México). En el tercer apartado, el que muestra el día de la elección, hay tres escenas recurrentes: ciudadanos tras una mampara, se supone que marcando su voto, ciudadanos que depositan su voto en la urna, y funcionarios de casilla que cuentan los votos.

La reiteración de las escenas: ciudadanos que se capacitan, ciudadanos que votan, hace que adquieran un carácter simbólico. Es siempre la misma escena, normalmente tomada desde un mismo ángulo. De modo que la atención se fija en lo que cambia de una foto a otra, y entonces destacan los atributos físicos, de indumentaria, del paisaje, que ponen en contraste a las imágenes. El mecanismo es muy sencillo. Pongamos un ejemplo muy obvio. Puestas una junto a otra, en la misma pose, desde el mismo ángulo, las fotografías de un niño blanco y uno negro dicen: fíjese en que uno es blanco

y el otro negro. Se borra el nombre, la identidad personal, para producir una identidad genérica (la ciudadanía), en una situación similar, y entonces lo que salta a la vista son las diferencias –pero, otra vez, no las diferencias personales, sino genéricas, para que puedan representar categorías: el trópico, los indígenas, los pescadores, la pobreza o la clase media.

En cada conjunto, los elementos constantes constituyen el *motivo* de la fotografía, de modo que los variables puedan tener un efecto taxonómico: salta a la vista lo que cambia de una imagen a otra, que adquiere un significado particular. En una secuencia, pongamos por caso, en que aparece una serie de manos que depositan votos en una urna, con gran aumento, es inevitable fijarse en las características de cada mano, en los rasgos que permiten saber que es de un hombre o una mujer, joven o viejo, o cualquier otra cosa que sirva como indicador.

Es el recurso básico para integrar una representación clasificatoria, taxonómica: se ponen los objetos, las personas, en un mismo contexto, normalmente en una composición simétrica, con la misma orientación, para que la comparación sea inmediata. El resultado es que se ponen de manifiesto las diferencias, que adquieren por eso un carácter simbólico –sirven para identificar clases. Puesto de otro modo, la exhibición de una identidad muy visible, lo que todos los objetos de la serie tienen en común, sirve para poner de relieve las diferencias. El mensaje central de los libros es ese: la igualdad de los ciudadanos como ciudadanos, a pesar de las diferencias (por eso hace falta que las diferencias se noten mucho).

El primer recurso para mostrar esa igual condición ciudadana de todos es emplear el paisaje como marcador de lugar. Las imágenes son reconocibles: se puede ver que se trata de la

selva, el desierto, la montaña, pero son genéricas. Muestran la variedad de paisajes que hay en México. No hace falta un inventario, una lista de los estados, porque la variedad opera como sinécdoque del país: los marcadores de lugar ponen de manifiesto la diversidad, y dicen “en todo el país”.

El segundo recurso consiste en mostrar rasgos contrastantes o rasgos típicos, con los que es posible identificar categorías de personas: edad, apariencia, indumentaria, calzado. Para exhibir la igualdad, y decir que participan todos a partir de su identidad como ciudadanos, es necesario mostrar personas de condición distinta. Las fotografías tienen que decir muy ostensiblemente: esta persona es rica, o es pobre, vive en la ciudad, es de clase media, campesina, indígena. Y para eso hace falta echar mano de un repertorio de signos que sea claro. La ropa es ideal para ese efecto, pero sirven también los lugares de trabajo, algunos detalles de la fisionomía, rasgos de identidad étnica. Por cierto, ya que estamos en eso, no está de más decir que en los libros no aparecen personas con rasgos que indiquen origen asiático ni africano, y casi nadie tampoco de rasgos nítidamente europeos: casi hay sólo tipos mestizos e indígenas.

En ocasiones lo que se subraya es la actividad. Los individuos dedicados a su tarea sirven como emblemas. En las imágenes no hay el registro fotográfico de un momento concreto en la vida de un tianguista o de un agricultor, o un vendedor de comida, sino la escenificación típica de un tianguis, un campo, un puesto de comida. No porque las escenas hayan sido posadas, aunque con frecuencia parece que se haya forzado un poco la postura, sino porque incluyen los elementos que convencionalmente hacen reconocible una actividad concreta, de modo que la imagen representa a un tipo humano. El modelo

original, por supuesto, es la serie de fotografías de August Sander: de cuerpo entero, mirando de frente, el repostero con su recipiente, el cerrajero con un manajo de llaves, el albañil con una carga de ladrillos.

Por supuesto, las prácticas que se pueden ilustrar fotográficamente de esa manera, como en un catálogo, son las que están firmemente codificadas, de manera que un gesto o un instrumento permiten inferir todo lo demás. Igual que la mano que deposita un papel doblado en una caja sirve como sinécdoque de la democracia, que sirve para representar la ciudadanía.

2006: el año de la crisis

1

El volumen de 2006 tiene un título notablemente lacónico: *Memoria gráfica 2006*. Varios detalles: la falta de paginación, el diseño rudimentario, sugieren que se hizo apresuradamente. El colofón dice que se terminó de imprimir en noviembre de 2006, es decir, en el momento de mayor tensión por las protestas por el resultado de las elecciones, cuando López Obrador se hizo investir como presidente legítimo, cuando se hablaba de impedir que tomase posesión Felipe Calderón. Es obvio que el libro se refiere a eso. Ya no se trata de las campañas, sino del trabajo del IFE, y en particular el trabajo de los funcionarios contratados para capacitar a los ciudadanos seleccionados; en la penúltima página hay una explicación: “Esta Memoria Gráfica 2006 se realizó en reconocimiento a la participación entusiasta y comprometida de los Capacitadores-Asistentes Electorales y Supervisores Electorales durante el Proceso Electoral federal 2005-2006”.

El desplazamiento es muy significativo. Hay un único texto, cuatro párrafos, con la firma del presidente del consejo, Luis Carlos Ugalde. Dice que la “recopilación de imágenes [...] nos cuenta historias de estos miles de hombres y mujeres que con su generoso trabajo hicieron posible el desarrollo de una jornada electoral que cumplió con los más altos índices de desempeño en materia de organización”. La institución casi se borra, disimulada en ese “rostro humano de la elección”. Obviamente se trata de subrayar la limpieza de la elección. El recurso consiste en decir que la organizaron los ciudadanos. Sigue el texto: “Es pues, un testimonio y homenaje a estos ciudadanos, garantes de la imparcialidad y la transparencia del proceso electoral federal...” Resulta un poco chocante el descuido de la redacción, pero seguramente no justifica ninguna otra conjetura. En todo caso, lo importante es que el trabajo del enorme aparato burocrático del IFE, que es lo que garantiza la imparcialidad, desaparece, para que la elección quede reducida a un ejercicio ciudadano. Entre líneas, el texto dice que las instituciones no son confiables, las personas sí, o más exactamente, los ciudadanos sí (dice, la elección no la organizamos *nosotros*, el IFE, sino *ellos*, los ciudadanos).

Aclaremos una cosa: son funcionarios, empleados temporales del IFE, pero es fundamental que aparezcan como ciudadanos, porque de eso depende su credibilidad. Las imágenes tienen que mostrar muy ostensiblemente la generosidad, el entusiasmo, el compromiso, el esfuerzo; para eso hace falta que aparezcan sonriendo, con expresiones alegres, jugando incluso en algunas imágenes, y hace falta que se note que han hecho un esfuerzo por llegar lejos. Son los motivos básicos del libro.

2

Hay un primer apartado que se titula “La diversidad”. Son 64 páginas con retratos de gente que muestra su credencial de elector. La mayoría, 30 fotografías, ocupan las dos páginas, sin márgenes ni marco alguno. En unos cuantos hay grupos familiares, de padres e hijos, otros son retratos individuales en gran acercamiento, y unas cuantas son imágenes de una mano sosteniendo la credencial. Casi todos los que aparecen en las fotos miran de frente, interpelan al lector, y casi todos sonríen mientras muestran su credencial.

El efecto del conjunto es estridente: muchos de los acercamientos son excesivos, que producen imágenes desagradables de ver, en particular las de enormes manos, a veces sólo los dedos, que ocupan páginas enteras. La serie tiene la lógica del catálogo. El rostro de una mujer joven, de rasgos indígenas, el cuello de su traje con un volante de colores: mira de frente, muestra su credencial. A continuación, el rostro de un hombre mayor, canoso, barba descuidada de varios días, con el mismo gesto. El rostro de una mujer joven, cuidadosamente maquillada, con un aparatoso arete dorado, muestra su credencial. Sigue una familia muy identificable de menonitas: una pareja mayor, dos niñas pequeñas, y a continuación un grupo de tres mujeres indígenas, con el huipil característico de las triquis, también miran a la cámara y enseñan una credencial. El resto sigue el mismo patrón.





Ahora bien, se destacan las diferencias para reducirlas en la credencial. La credencial dice que todos son iguales –de modo que la muestra de la diversidad es también una afirmación de la igualdad. La credencial para votar es el logro básico del IFE, el primero, del que dependen todos los demás, y permite que todo lector se identifique con las imágenes. Ese pequeño catálogo que despliega la diversidad pintoresca del país es para subrayar el valor de la condición ciudadana. Llama la atención un desequilibrio, sin duda inadvertido: entre los ciudadanos que muestran su credencial hay 23 hombres y sólo 11 mujeres. Es un desliz, insignificante, pero contribuye a dar una imagen acusadamente masculina de la ciudadanía.

La siguiente sección es desde luego la más interesante del volumen. Son 170 páginas que llevan como título “Buscando al ciudadano”. Los protagonistas son los funcionarios del IFE, ellos son quienes buscan. Obviamente, lo que correspondería sería decir que buscan a los ciudadanos (que han sido seleccionados para ser funcionarios de casilla), el empleo del singular tiene una sonoridad particular, que evoca las virtudes del ideal cívico. Pero sobre todo importa la imagen épica de la búsqueda.

Las fotos tienen que hacer presente al país a través de una variedad de paisajes, pero hay una insistencia especial en mostrar lugares remotos, agrestes, despoblados, horizontes amplios, espacios vacíos, con lo que se significa que buscar al ciudadano es una tarea difícil, meritoria. El ciudadano está lejos, oculto, y por eso es necesario ir a buscarlo –es necesario descubrirlo. Y la tarea tiene acentos de aventura. En otro sentido, la idea de que haya que buscar al ciudadano, y que requiera esfuerzo, indica claramente que hay un centro, donde están las oficinas del IFE, y que los ciudadanos, muchos de ellos, están lejos. Implícitamente, la distancia geográfica sirve como metáfora de la distancia simbólica entre el centro y la periferia, puesto que llegar hasta esos lugares remotos es uno de los logros que tienen mayor mérito.

El primer detalle que llama la atención: casi la mitad de las fotografías de ese apartado, 35 de las 88, están tomadas en escenarios claramente rurales. Las ciudades que aparecen están vistas desde lo alto o a lo lejos, y sólo en tres imágenes aparecen edificios modernos, y un elevador. Es desproporcionado, si se piensa en los porcentajes de la población. No obstante, los paisajes rurales son los que más fácilmente permiten representar la diversidad: el desierto, la selva, la montaña, una milpa, y permiten también transmitir la idea de la lejanía. El resultado es una representación del país de intensa coloración campesina.

Hay una imagen recurrente, que aparece hasta en la cuarta parte de las fotografías: están todos con la mirada puesta en un papel, un cuaderno, donde el funcionario señala algo, como para explicar. Es la representación más simple, más fácilmente reconocible de la escuela, donde el funcionario ocupa el lugar del maestro, desde luego. Es una escena que toma su significación del repertorio cultural más amplio, es lo primero que va a leer cualquiera que vea las fotografías, y eso añade otro significado a la imagen del IFE –y el aura de otra clase de autoridad, que no es la de la burocracia.

Algunas de esas escenas han sido posadas. Una mujer ordeña a una vaca: se ven las piernas, una cubeta, en primer plano la ubre de la vaca, y junto a la mujer, sentado, se adivina a un funcionario del IFE con el cuaderno de capacitación. Una vista casi vertical de un embarcadero con un conjunto de chinampas, en una de ellas un funcionario le explica algo con el cuaderno a un hombre. A través de una ventana de un edificio en construcción se ve a un hombre con sombrero de palma, sentada en el alféizar, apoyados los pies en una escalera de madera, una funcionaria le muestra unos papeles. Desde luego, es muy improbable que precisamente en esas situaciones estuviesen explicando nada. Se escogió escenificar eso por su fuerza expresiva. El modo más directo de decir campesino es mostrarlo ordeñando una vaca, el modo más directo de decir trabajador de la construcción es mostrarlo en la obra. Las escenas de gente sentada alrededor de una mesa, como normalmente se habrá hecho la capacitación, no tienen el mismo dramatismo –no dicen lo mismo. Por cierto, importa también lo que no aparece: es igualmente notorio que en ninguna de las imágenes se ve a nadie con corbata, y obviamente no se puede pensar que sea por casualidad.





En el conjunto hay una serie muy característica, muy reconocible, de lo que se podría llamar el género “funcionario ante la adversidad”. Son imágenes en que aparecen largas escaleras, horizontes vacíos, lluvia, carreteras interminables, charcos o corrientes de agua, y un funcionario o un grupo de funcionarios que caminan cargando un paquete con documentación del IFE. Las imágenes dicen que cuesta trabajo la búsqueda del ciudadano. El esfuerzo físico de los funcionarios es una representación gráfica del esfuerzo institucional. Dicen que pase lo que pase, a pesar de los obstáculos, se localiza a los ciudadanos, se entrega la documentación, se les capacita. Lo interesante es que la trasposición sirve de soporte para hacer del argumento técnico un argumento moral: el esfuerzo institucional es algo abstracto, discutible, pero el esfuerzo físico de las personas que aparecen en las fotografías es indudable –y no se puede menospreciar.

En la coyuntura de 2006, el IFE pone por delante a las personas que hicieron el trabajo de capacitación, y dice que la elección fue obra suya. Es mucho más difícil, incluso estéticamente, acusar de fraude a hombres y mujeres concretos, que hacen su trabajo con mucho esfuerzo.

La imagen muestra un interminable horizonte verde, los meandros de un río en el trópico, una cerrada cortina de árboles, y un funcionario del IFE, que se ve diminuto en medio del paisaje, camina cargando una caja de documentos: no se alcanza a ver ni una carretera ni una casa. Otra: una carretera avanza hacia el fondo de la foto, al pie de una montaña, se ve de espaldas a dos funcionarios del IFE que caminan, delante de ellos media docena de vacas. Otra: un paisaje de desierto, una larga franja de arena amarilla con apenas cuatro o cinco matojos dispersos, y al fondo dos funcionarios que caminan,

cargados de mochila, hacia algún sitio que no se puede adivinar. Otra más: un funcionario con una manga impermeable habla con dos personas que se cubren con un paraguas en el extremo de un precario muelle de madera vacío, sobre un río; al fondo un horizonte de vegetación tropical, algunas casas. Y hay varias más parecidas, varias con los funcionarios caminando en lo que parecen extensos espacios vacíos: campos en barbecho, dunas de arena.



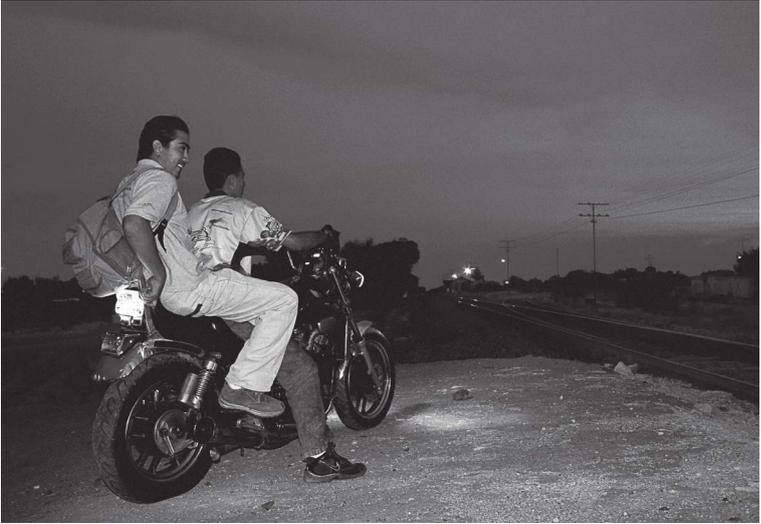




Son formas de representar la lejanía. Los funcionarios que recorren a pie esos paisajes están haciendo un esfuerzo extraordinario, en las lindes de la aventura. Los medios de transporte que aparecen son bastante rústicos: hay un funcionario que lleva del ronزال a un burro, otro en bicicleta, dos en un bici-taxi, dos subidos en la misma motocicleta, uno aparece pidiendo aventón, pero la inmensa mayoría va a pie, incluso en lo que parecen distancias muy largas, en el campo, en una carretera. Obviamente, los medios de transporte más modernos, los más convencionales, no tienen el mismo atractivo, tampoco transmiten la misma sensación.







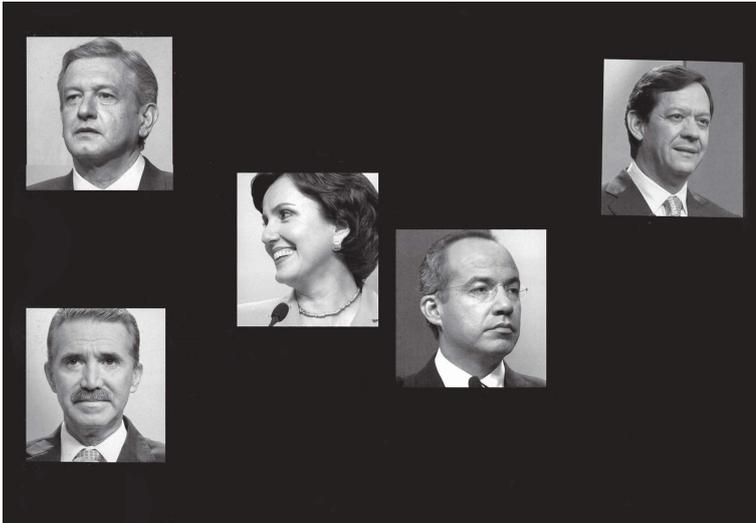
Exhibido así, el “rostro humano de la elección” en buena medida encubre el esfuerzo tecnológico, que es el verdadero fundamento del proceso. Todos esos ciudadanos, que se encuentran en lugares remotos y pintorescos, están en una base de datos, y la información que permite identificarlos, seleccionarlos, localizarlos, se procesa mediante un aparato burocrático sin el cual no sería posible la elección. Es significativo que el gigantismo de la tecnología, que también puede permitir representaciones impresionantes, esté disimulado —y que se vea sólo a los ciudadanos.

3

El apartado que se titula “Aprendiendo democracia” no tiene mucho interés. Es breve, 32 páginas, con imágenes de niños con uniforme escolar en simulacros de elecciones: niños en fila, urnas, papeletas, rostros de niños sonrientes que enseñan un cartón que dice: “Yo ya voté, ¿y tú?”.

Siguen 68 páginas, “Construyendo la democracia”, que ofrecen un contraste muy marcado con todo lo anterior. Se trata de la campaña, pero no hay un relato claro, no hay un motivo que de coherencia al conjunto. Se alternan fotos del edificio del IFE, mesas de análisis, y una de los cinco candidatos presidenciales durante el debate televisivo, todos tras un atril con el emblema de su partido. Es una fotografía pequeña, a distancia, donde aparecen los candidatos de cuerpo entero, todos en la misma imagen, todos del mismo tamaño –en una exhibición un poco teatral de imparcialidad. Luego hay, sobre fondo negro retratos en blanco y negro de los candidatos. En ningún otro momento aparecen los emblemas ni los colores de los partidos políticos. La democracia que se festeja en el libro no tiene que ver con los partidos, la ciudadanía que se elogia no tiene identidad partidista, o en todo caso su identidad partidista no cuenta para su vida cívica. No está de más anotar que todas las imágenes son de escenarios urbanos, prácticamente todos los hombres que aparecen a cuadro llevan corbata.





A continuación, la imagen del Estado: inmensas bodegas en que se acumulan torres con miles de paquetes, pilas de boletas electorales, la tecnología de las urnas, de la tinta, y por primera vez aparecen imágenes de soldados armados, vigilando. Es, claramente, otra cosa. Aquí, para inspirar confianza están la tecnología, la burocracia, el ejército. La transición hacia la fecha de la elección es una serie de diez fotos, todas a doble página, que vuelven a los ambientes pintorescos de la primera parte: paisajes rurales, casas muy modestas... En la primera, una playa, una barca de remos, un horizonte inmenso, y de espaldas un funcionario que carga dos paquetes del IFE. Es un reflejo de las fotos de la primera serie. Luego hay lanchas, gente que carga cajas, el trabajo de transportar el material electoral. Hay una

que me llama la atención, porque me parece especialmente reveladora: la mitad superior de la foto la ocupa una avioneta, con una franja de brillante color rojo, en el primer plano hay a la izquierda un paquete electoral y a la derecha una pierna con un huarache. Como no hay información sobre la situación concreta, no sabemos ni quiénes son ni dónde están, ni qué están haciendo en realidad, la imagen adquiere un carácter mitológico, como decía Roland Barthes: la avioneta significa la modernidad, la tecnología, el paquete del IFE significa la democracia, y el pie calzado con el huarache significa a los indígenas. El contraste es deliberado, para mostrar a la vez la modernidad, la distancia y hacer patente con eso la igualdad. Es acaso la imagen que mejor resume el propósito del libro.







IFE
Instituto Federal Electoral
ELECCIONES FEDERALES 2006
LIQUIDO INDELEBLE
ANTES DE SU USO LEA ESTAS INSTRUCCIONES
ATENCIÓN!

IFE
Instituto Federal Electoral
ELECCIONES FEDERALES 2006
LIQUIDO INDELEBLE
ANTES DE SU USO LEA ESTAS INSTRUCCIONES
ATENCIÓN!

IFE
Instituto Federal Electoral
ELECCIONES FEDERALES 2006
LIQUIDO INDELEBLE
ANTES DE SU USO LEA ESTAS INSTRUCCIONES
ATENCIÓN!

IFE
Instituto Federal Electoral
ELECCIONES FEDERALES 2006
LIQUIDO INDELEBLE
ANTES DE SU USO LEA ESTAS INSTRUCCIONES
ATENCIÓN!



4

En el capítulo que se titula “2 de julio” hay dos partes casi de la misma extensión: son dos conjuntos de imágenes enteramente distintos.

La primera parte es la votación. La retórica es muy similar a la de la sección “Buscando al ciudadano”. Sobre todo se escogen contrastes, imágenes pintorescas, paisajes y vestidos que manifiestan la diversidad, y de nuevo se prefieren los escenarios rurales. En la mayoría de las fotos aparece la gente votando: o bien en la mampara, se supone que cruzando el voto, o bien depositando la papeleta en la urna. En unas cuantas se deja ver la precariedad de los recursos con que se montan a veces las casillas de votación; la mayoría están en edificios públicos, en escuelas, pero también aparecen algunas en medio de la calle, sobre sillas de plástico, otras bajo un improvisado toldo de plástico, otras montadas sobre unos carritos de supermercado. Las imágenes dicen improvisación, pobreza, también dicen ingenio, son simpáticas, pero sobre todo dicen que el voto requiere un esfuerzo –que cuesta, hasta en los menores detalles.

Las imágenes están escogidas para subrayar los rasgos que pueden significar diferencias. De nuevo, se busca deliberadamente representar la diversidad: hombres y mujeres, jóvenes, hombres maduros, ancianos, hay incluso fotos de niños que acompañan a sus padres, hay trajes indígenas, ropa de domingo. Hay unas cuantas imágenes sintéticas: dos mujeres casi de espaldas que van a depositar su voto, a la izquierda una muy joven, el pelo teñido de rosa fluorescente, chaqueta de mezclilla y minifalda, a la derecha una mujer mayor, de más de sesenta, muy arreglada, vestida de domingo, con un

conjunto estampado. Todas las edades. Otra imagen: de espaldas, a medias cubierto por la mampara, un hombre está cruzando su voto, lleva una camisa a cuadros muy limpia pero con un desgarrón que muestra parte de la espalda; no tiene ninguna otra particularidad, nada más que lo distinga, nada que lo haga reconocible como persona, nada salvo el roto de la camisa en el que inevitablemente se fija la mirada. Está para significar la pobreza.

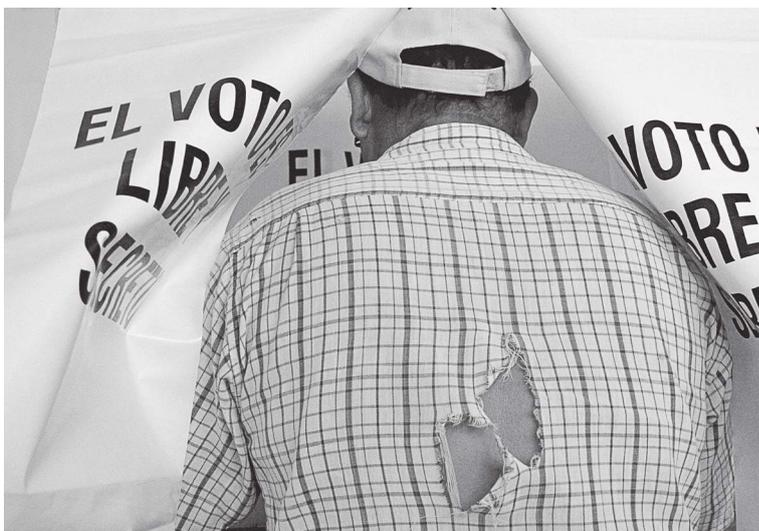
Es notable la frecuencia con que aparecen huaraches o sandalias. Es claro que mucha gente los usa, es el calzado habitual de una parte de la población, pero aun así la visibilidad que tienen es notable. Son ocho imágenes, en las que aparecen más de veinte personas con huaraches, pero lo importante es que en seis de ellas los pies descalzos, con huarache, son el motivo de la foto, porque no se ve nada o casi nada más, o porque es lo único significativo, donde se concentra el interés de la imagen. Nuevamente, dicen pobreza, dicen campo, indígenas, y en el contexto dicen igualdad, se utilizan como indicador de democracia (entre otras cosas, porque no hay otras imágenes en que el calzado, otro tipo de calzado, tenga relevancia parecida: o sea, que suponemos que los ciudadanos de zapatos votan, pero hay que mostrar que los de huaraches también).



EL VOTO ES LIBRE Y SECRETO







En la segunda parte del capítulo cambia el tono completamente. Es el recuento. No hay la reiteración de poses típicas de las páginas anteriores, porque no hay una imagen que sirva para resumir el proceso (como la mano en la urna). En el momento en que se integra, se edita y se publica el libro, es la parte más delicada de todo el proceso, porque es lo que se está impugnando agresivamente en el centro de la Ciudad de México, y por eso se puede suponer que se intente transmitir sobre todo una imagen de confiabilidad. En la serie no hay nada pintoresco, desaparece el tono festivo, risueño y colorido, con acentos folclóricos, de la primera parte del capítulo. No hay imágenes icónicas, pero tampoco una

secuencia que ofrezca un relato claro: hay fotos de urnas, mesas con papeletas, manos, una calculadora en gran ampliación, gente en un autobús, bodegas con paquetes electorales, una sala de prensa.

Destacan tres cosas, que tiene en común con el apartado siguiente, que se titula "Cómputos distritales". Primero, los escenarios son progresivamente más urbanos: ya no hay casi paisajes, salvo alguna carretera, una buena parte son interiores e interiores modernos, edificios públicos; más: en el siguiente apartado hay ya varias imágenes en las que todos o casi todos llevan corbata. Segundo, son mucho más frecuentes las fotos en blanco y negro; en conjunto hay menos color, hay bastantes escenas son nocturnas, pero sobre todo se nota que 20 de las 60 páginas son en blanco y negro, en la siguiente sección son 14 de las 20 páginas. El blanco y negro le da al conjunto un aire más de reportaje periodístico que de libro de arte. En conjunto, los dos rasgos dicen seriedad, rigor, sobriedad, los rasgos pintorescos con los que se significa el campo mexicano en los apartados anteriores son sustituidos por la imagen de la modernidad.

Pero el rasgo más notable es sin duda la aparición del ejército. En cinco de las poco más de treinta fotografías aparecen militares: en una es una tanqueta que sigue a un camión con paquetes electorales, en las otras están vigilando la entrega de cajas, siempre con armas largas. En el apartado siguiente son sólo dos, pero son la primera y la última. En la primera, en un gran primer plano se ve a un soldado en traje de faena, con casco, fusil al hombro, que mira inexpresivo hacia el frente, vigila una puerta múltiplemente sellada con etiquetas del IFE. En la última, la que cierra el relato de la elección, en color, hay de nuevo un militar vigilando, con el arma empuñada al frente: la imagen está tomada desde abajo, con

lo que adquiere un aire más imponente; tras él una reja que permite ver los paquetes electorales, y arriba a la izquierda un gran logo: IFE.

No hay ninguna sutileza. Las imágenes dicen directamente que el ejército protege la democracia. La cadena metonímica del libro dice que protegen los votos, es decir a la ciudadanía, es decir a la patria (y al IFE, que es la garantía de esa serie de identificaciones). De modo que se aprovecha el prestigio social del ejército para apuntalar el crédito de la elección. El ejército, y es una peculiaridad mexicana, forma parte de la misma ecuación –es la patria, es la democracia.





El volumen cierra con un capítulo un poco extravagante, titulado “Héroes anónimos”. El modelo cultural que hay detrás del tópico de los héroes anónimos es obviamente el del soldado desconocido, que tiene que ser desconocido, anónimo, para que pueda servir como representación de cualquiera y de todos los soldados caídos. La operación simbólica mediante la que se construye no es trivial. El soldado desconocido es el individuo al que se reconoce en lo que tiene de anónimo, de nadie, de parte de un conjunto, puesto que es en realidad un homenaje al conjunto, que es el que confiere grandeza al individuo. No se trata de lo que hizo personalmente, que no lo sabemos, sino el hecho de que formase parte del ejército.

En este caso, tanto el heroísmo como el anonimato hay que entenderlos en sentido figurado. Se trata de los funcionarios contratados temporalmente por el IFE para organizar las mesas electorales, para localizar a los que serán funcionarios de casilla, y para capacitar, notificar, verificar la integración de las mesas, y asegurarse después de que se llenan correctamente los formularios correspondientes el día de la elección. No son anónimos en ningún sentido. Están todos perfectamente identificados, y su nombre podría haber aparecido como pie de foto. Son sólo desconocidos para la mayoría de los posibles lectores del libro porque son funcionarios menores, y son muchos. Y por otra parte, su tarea no tiene en general nada de heroico: puede haber sido más o menos pesada a veces, más o menos aburrida, ingrata si hacía mucho calor o llovía, pero no supone ningún riesgo real ni requiere un valor extraordinario. Por eso resuena con más fuerza la expresión: héroes anónimos.

Es una serie de retratos de los funcionarios. Están todos ellos con la indumentaria informal que los identifica como capacitadores del IFE: una camiseta de manga corta color gris y una visera blanca. Ofrecen una imagen en general juvenil y urbana, uniforme pero desenfadada, como de equipo deportivo. Desde luego no la que tenemos de los funcionarios públicos. La mayoría son imágenes festivas, como para un álbum de recuerdos. En la mayoría miran a la cámara, sonríen, saludan. Algunas hay absurdas, en poses de broma: un funcionario tendido en el suelo de espaldas, a la mitad de una carretera; otro finge estar forcejeando con un burro, tirando de una cuerda. Otras son como para folleto de turismo: el interior de una iglesia barroca, un salón de plenos en un edificio que parece del siglo diecinueve, un panorama de flamencos en un lago, un grupo de chinelos. Y hay unas cuantas que insisten

en el motivo del esfuerzo: un funcionario cruza un río con el agua hasta la cintura, llevando una mochila en alto, otros dos suben por una pendiente pedregosa hacia un lugar que no se ve, otro más sube los escalones de una pirámide. La intención retórica resulta bastante obvia porque no parece haber ningún motivo razonable para nada de eso, no parece que sea la única manera de llegar a la casa de alguien que haya sido nombrado funcionario de casilla.









Volvamos al principio. En el texto del presidente del consejo se insiste en que los ciudadanos, y en particular los empleados temporales del IFE, son “garantes de la imparcialidad y transparencia del proceso electoral”. Ese rostro humano desplaza a la institución. En el último párrafo añade: “en las páginas de esta memoria gráfica veremos convivir nuestro pasado indígena y nuestro presente multiétnico y pluricultural. Veremos cómo diversos modos de vida y costumbres pueden convivir y enriquecerse a partir de la existencia de un compromiso fundamental para encontrar el acuerdo entre las diferencias. Este compromiso es la democracia.” Es verdad que hay eso en el libro (bien: no el pasado, sino el presente indígena, pero el lapsus es revelador), un repertorio colorido de paisajes, climas, vestidos y sí, modos de vida, que de alguna manera conviven. La diversidad que no aparece representada de ninguna manera es la diversidad ideológica.

Es un texto institucional, en un libro institucional. Es decir, que es el modo correcto de hablar en el espacio público. La representación de la ciudadanía, de la democracia, excluye la política, especialmente la política partidista. Pero en ese otoño de 2006 la política se manifiesta en los silencios.

2009: dolores de crecimiento

1

El libro de 2009 es más ordenado, gráficamente más elaborado, más complejo, más fácil de leer. En conjunto, tiene una intención claramente didáctica, que no había en el anterior: no es sólo una celebración, sino una explicación del proceso electoral. Tiene casi el mismo capitulado. Igual que en el libro de 2006, los dos capítulos más extensos, del doble de extensión que los otros, son los que se dedican a la capacitación de funcionarios de casilla, y al día de la elección. La novedad más evidente es que hay pequeños textos que explican el proceso; en total, unos 125 textos, algunos de solo una línea: “El Consejo General del IFE da seguimiento al desarrollo de la Jornada electoral”, otros son mucho más extensos.

A veces los textos describen lo que sucede en la foto, explican algún punto de la legislación electoral o algún detalle del

procedimiento, para que no haya dudas sobre el significado de las imágenes: “El miércoles posterior a la elección se quitan los sellos de los paquetes electorales para poder obtener el expediente de cada uno y, en su caso, volver a clasificar y a contar los votos”. A veces son exhortos, breves discursos morales sobre la democracia, cápsulas de educación cívica, justificación de la actividad del IFE: “Para promover el ejercicio razonado e informado del voto, el IFE promueve, entre otras acciones, la realización de diversos eventos...”, o bien: “El respeto a la diversidad es un valor democrático que apela a la igualdad, a la no discriminación y al reconocimiento de los seres humanos...” Eso es lo que da un tono didáctico al volumen.

En el texto de presentación, Leonardo Valdés repite varias veces que la democracia es obra de los ciudadanos. Y dice que el propósito del libro es contribuir a que se haga conciencia de la magnitud del trabajo que supone la organización de una elección federal –porque quienes no han participado en ello “es probable que no logren visualizar” lo que significa. Es decir, que se trata de una exhibición del esfuerzo, pero otra vez, como en el volumen anterior, es básicamente el esfuerzo físico de capacitadores y funcionarios, el que se requiere para recorrer el territorio y entregar la documentación, los materiales electorales, y después hacer el escrutinio y cómputo de los votos, y realizar “la travesía, a veces sencilla y otras sinuosa” para entregar los paquetes electorales.

La insistencia es significativa: “el proceso electoral es realizado por ciudadanos”, y eso explica “la importancia de una memoria gráfica que le pone un rostro a los arquitectos del proceso electoral”. Es claro lo que quiere decir, pero el énfasis de la expresión la hace problemática. En rigor, los arquitectos del proceso fueron los partidos políticos, sus representantes, la burocracia del IFE, de modo que para conservar la metáfora habría que decir que es el rostro de los albañiles del proceso. Eso, por cierto, no iría en demérito de su trabajo. En cambio, la exageración lo pone bajo otra luz, que lo vuelve equívoco. Por otra parte, y no es algo menor, la idea de que las fotografías les pongan rostro es engañosa, porque quienes aparecen no están como personas concretas (con un rostro y un nombre), sino como manifestaciones de la ciudadanía. En todo caso, hay un implícito fundamental: son ciudadanos porque no son políticos, funcionarios o burócratas.

El libro muestra “las caminatas de norte a sur, de frontera a frontera” de los capacitadores, y habla de una democracia que llega “a todos los rincones del país”, y que “es tan plural como las imágenes contenidas” en él. La clave de lectura es explícita, en la secuencia de fotos se ha de ver pluralidad, esfuerzo, distancia, ciudadanía.

2

El lenguaje gráfico es bastante más elaborado. Ya no es una serie uniforme de fotografías a doble página, sino que las hay de diferentes tamaños, en diferentes arreglos, y eso permite

articular mensajes más sofisticados a partir del tamaño relativo de las fotos, la distribución, las secuencias, la organización de cada página. A veces es algo muy sencillo: una secuencia de tres fotografías en que se ve a una funcionaria que espera sentada en el bordillo de la acera, en una calle sin pavimentar (uno), se acercan caminando dos mujeres (dos), entablan conversación (tres). Otras son más elaboradas: a doble página, una imagen casi en vertical de un puerto donde una cadena humana, diez personas, traslada paquetes del IFE a un remolque, vigilan tres soldados; mucho más pequeña, superpuesta, la foto de la puerta trasera del remolque y dos funcionarios del IFE, y sobre ella, a la izquierda, otra más con un acercamiento al cerrojo, con un sello firmado.









El orden de los capítulos cambia sólo en una cosa: el capítulo titulado “La diversidad” es el último, para que funcione como síntesis o como conclusión, y ocupa el lugar que tenía el apartado “Héroes anónimos”. El resultado es un discurso más sobrio, aunque los acentos sentimentales sean parecidos. Y los capítulos considerablemente más extensos, simétricos, de la capacitación y la votación, son los que sostienen el relato.

El primer capítulo, “Buscando al ciudadano”, tiene 107 páginas, y sólo hay ocho fotos a doble página, y hay la variedad de paisajes y situaciones que se pueden imaginar. Me llama la atención un detalle, algo imprevisto, inadvertido en todo caso, seguramente insignificante, pero que se nota: en ese conjunto de fotos aparecen a cuadro 109 mujeres y 183 hombres, casi el doble; y la proporción es parecida si contamos tan sólo a los funcionarios empleados del IFE: 65 mujeres y 98 hombres. Desde luego es posible que esa fuese la proporción real entre los capacitadores, e incluso entre los ciudadanos seleccionados como funcionarios de casilla, pero de cualquier modo ofrecen un rostro bastante masculino de la ciudadanía –y nadie lo advirtió en el proceso de edición, o nadie pensó que tuviera importancia para corregirlo.

Es un detalle, pero creo que tiene sentido completar la cuenta. En las imágenes del día de la elección, en el conjunto en que aparece la mesa, las urnas, los ciudadanos votando, las proporciones son bastante diferentes. Entre quienes aparecen materialmente depositando su voto hay 25 hombres y 30 mujeres, es decir, casi mitad y mitad, pero en cambio entre los que pueden identificarse como funcionarios de casilla hay 19 hombres y 45 mujeres. Los porcentajes de votantes parecen razonables, pero no los de las mesas (y si fuese la proporción correcta, sería enormemente interesante eso sí). Por otra parte,

en el último apartado, en el que se han escogido imágenes que pueden ser típicas, para representar la diversidad, hay casi equilibrio: aparecen 35 hombres y 38 mujeres entre los ciudadanos que enseñan diploma o credencial, y 56 hombres y 46 mujeres entre los funcionarios del IFE con uniforme.

Ahora bien, esos desequilibrios adquieren otro sentido si se mira las fotos que muestran el lado más formal de la elección. La última imagen del primer capítulo, una foto a doble página del Consejo General, acompañada de tres pequeños acercamientos: en la mesa hay 9 hombres y una mujer, y en los acercamientos que capturan conversaciones aparecen en total 11 hombres y ninguna mujer. La tonalidad masculina se acentúa en las únicas dos imágenes que hay de la campaña electoral: ambas son imágenes de un debate televisado en que hay siete hombres y una mujer.

No pienso que se pueda extraer ninguna conclusión de eso, aparte de la obviedad de que la presencia de las mujeres en el espacio público, en la política formal, sigue siendo minoritaria. Aunque no lo sea en la organización de las elecciones. En el discurso acerca de la ciudadanía tal como se expresa en el libro de 2009 no es algo que amerite ser subrayado: las mujeres están incluidas como parte de la diversidad.

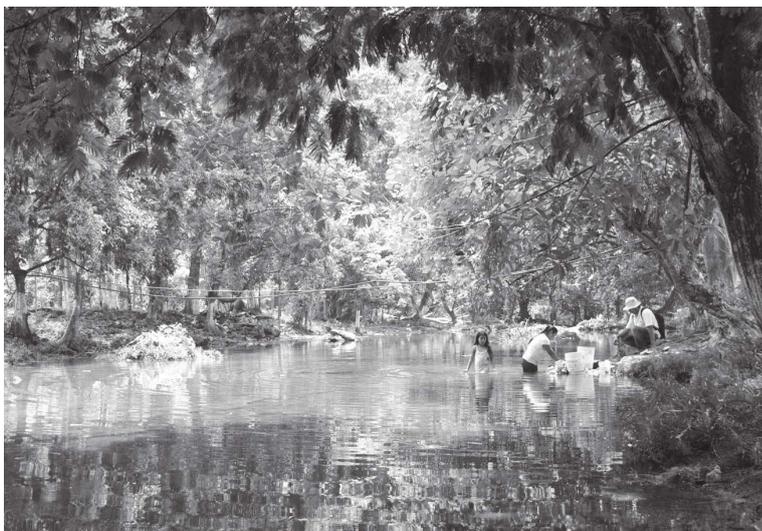
3

El discurso gráfico de ese primer capítulo es mucho más uniforme de lo que era en el libro anterior. En general, hay dos motivos: funcionarios que buscan al ciudadano y funcionarios que educan a los ciudadanos. Y se trata de representar la pluralidad, la igualdad, el esfuerzo, el civismo. Como es lógico, para representar la pluralidad se pone énfasis en las

diferencias: campesinos, indígenas, pescadores, comerciantes, hombres, mujeres, ancianos, para hacer patente la inclusión, para decir que todos cuentan por igual. Para representar el civismo se subraya el esfuerzo que es necesario para llegar a lugares remotos, recónditos.

Nadie mira hacia la cámara, nadie sonríe ni saluda: claramente, no es un álbum de recuerdos sino un reportaje, una crónica gráfica –un documento. Todos están concentrados en su tarea. Normalmente los funcionarios están vueltos hacia una puerta, hacia el horizonte, o con la vista fija en los papeles de los que hablan. Los ciudadanos transmiten la misma seriedad, la misma concentración. No hay el aire festivo que había con frecuencia en las fotos del volumen anterior, sino la gravedad que corresponde a una tarea cívica.

Entre las fotos a doble página hay unas cuantas que sirven como término de referencia para anclar el discurso. En una de ellas se ve un río en un paisaje tropical, una intensa profusión de verdes. En el cauce, con el agua casi a la cintura, una mujer que parece estar lavando ropa, varias cubetas de plástico. Desde la orilla, acucillado, un funcionario del IFE habla con ella. La escena está obviamente preparada: no es la situación en la que se podría dar normalmente una sesión de capacitación. La mujer que lava en el río, junto a una niña que juega en el agua, significa la pobreza laboriosa. El paisaje es indicador de lejanía, es un lugar recóndito.



Casi todas las imágenes en el capítulo son de exteriores: 78 de las 105 que son, y de ellas prácticamente la mitad en escenarios rurales, porque es la manera más fácil de mostrar la diversidad del país. No son menos complicadas, ni menos heterogéneas ni menos remotas las ciudades, pero es más difícil representar la diversidad en entornos urbanos –después de todo, los edificios, las calles se parecen. El efecto que eso tiene es mostrar un país muy rural, más de lo que es si se cuentan los porcentajes de población, y una ciudadanía de acento campesino. Esa desproporción, la insistencia con que se dice que ellos también son ciudadanos, la exhibición del esfuerzo que implica llegar hasta ellos, le dan al conjunto un

aire vagamente paternalista. Pero además remiten a algunas de las imágenes más clásicas de la mitología nacional: la tierra, las milpas, el sombrero de palma.

Otra imagen: es un paisaje desértico, un largo horizonte de dunas, y al fondo el perfil de una pequeña cordillera. Dos funcionarios, cargados con mochilas y paquetes, caminan trabajosamente. Sus huellas son las únicas que pueden verse: no hay nadie más, ni caminos ni casas. No es fácil imaginar a dónde podrían dirigirse. En cualquier caso sería una ruta muy poco transitada –si es una ruta. Sólo hay arena hasta donde alcanza la vista, un horizonte interminable, vacío. Obviamente, la imagen significa la lejanía.



Es modelo de una serie de imágenes, 17 en total, de funcionarios que caminan hacia ninguna parte. En algunos casos habrán posado, en otros será efecto del ángulo que escogió la cámara, pero es imposible saber hacia dónde caminan, porque no se ve nada en el horizonte. A veces es una carretera, o las vías de un tren, que indican la dirección, a veces es sencillamente un paisaje vacío. Es una representación gráfica de la distancia: van a algún sitio que está muy lejos. La insistencia en la lejanía, y en el esfuerzo que hace falta para llegar a esos lugares lejanos, pone de manifiesto (por si hiciera falta) la centralidad del IFE. Ese centro es el que hace un esfuerzo por llegar a los lugares remotos.

Hay una tercera foto a doble página en la que vale la pena reparar. Dos funcionarios cargados con paquetes del IFE cruzan una corriente con el agua a media pierna, el pantalón remangado. Al otro lado, un sendero. Obviamente significa la voluntad para vencer los obstáculos, indica sacrificio: dice que es difícil llegar a todo el país, dice que los funcionarios lo consiguen. Nuevamente, el esfuerzo institucional del IFE está representado metafóricamente por el esfuerzo físico, personal, de los individuos que suben una cuesta, que cruzan un río, o que tienen que emplear medios de transporte inopinados, rústicos.



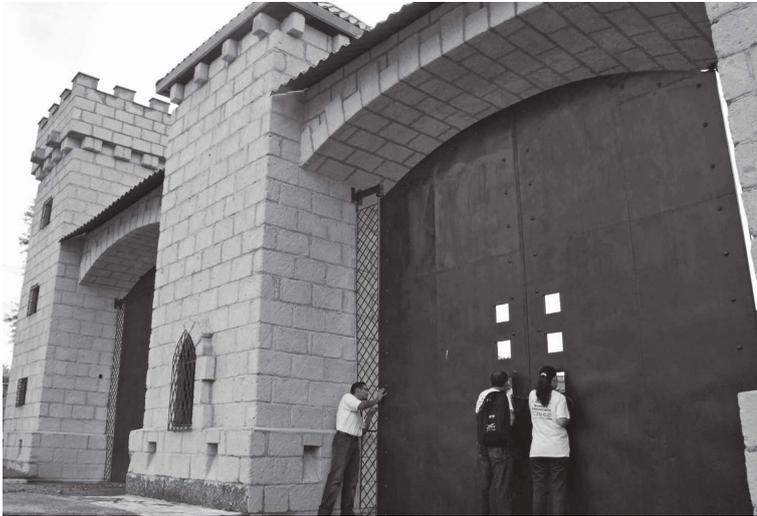
Me detengo en una última foto a doble página. Bajo un árbol, junto a un pequeño toldo de lona, una muy rudimentaria barda de madera, dos funcionarios a derecha e izquierda conversan con dos hombres en silla de ruedas. Se entiende que los están capacitando para que puedan ser funcionarios de casilla. La imagen tiene dos polos en las dos sillas de ruedas, es en lo que uno está obligado a fijarse, el resto de la escena no tiene nada de particular. Está para significar la inclusión, para decir que también los discapacitados son ciudadanos, igual que los demás.

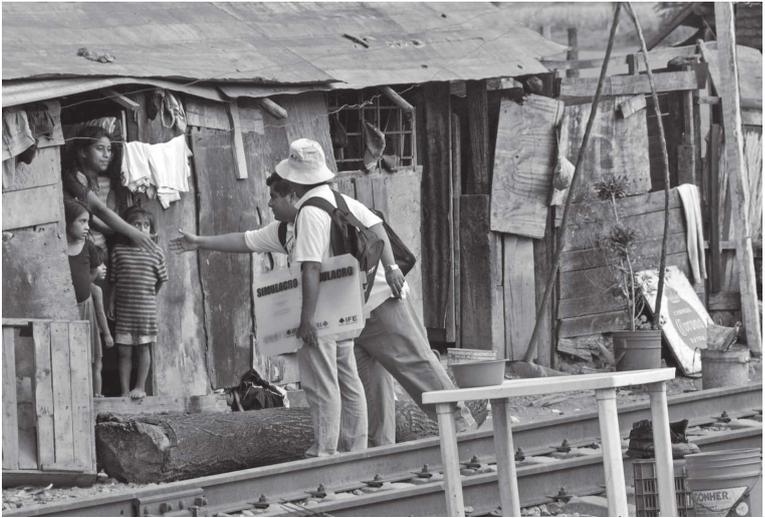


La inclusión, la idea de que la condición ciudadana es igualadora, se significa también en una serie de imágenes que podríamos llamar de contraste. El procedimiento es muy sencillo, consiste en seleccionar imágenes simétricas, parecidas en sus rasgos formales, pero con una diferencia fundamental, muy llamativa, y ponerlas contrapuestas, en dos páginas enfrentadas.

En las primeras páginas hay dos fotos de funcionarios que llaman a la puerta de una casa. En la página de la izquierda se ve un muro de unos seis metros de alto, un inmenso portón, torreones, almenas, una construcción que simula literalmente un castillo. Los funcionarios esperan. En la página de la

derecha, junto a una vía de tren, una casa sumamente precaria, hecha de trozos de madera, lámina, hojalata, ropa tendida en un cordel, en la puerta una mujer y dos niños, los funcionarios le tienden la mano. Están juntas para que se vea que la escena es la misma. Lo interesante es que es el contraste el que hace ostensible que la escena es la misma, porque las diferencias son abismales, de modo que lo que salta a la vista es ese rasgo en común: funcionarios que buscan a un ciudadano. Ese juego de la igualdad y la diferencia es el recurso retórico fundamental en el resto del volumen. Diría que es en realidad el motivo central en el discurso de todo el volumen. No la diversidad sin más, sino extremos opuestos.





Más adelante, exactamente el mismo recurso. Dos fotos enfrentadas, las dos muestran a un funcionario que entra a una casa, cargado con paquetes del IFE. En ese caso la simetría está buscada deliberadamente, en los dos casos vemos al funcionario a contraluz, en la puerta (lo que entre otras cosas significa que quien tomó la foto había entrado antes). En la página izquierda es una casa con pisos de mármol brillante, inmensos espejos con marco de madera, muebles historiados,

suspendida una gran lámpara de cristal. A la derecha hay una casa modestísima, piso de tierra, techo de ramas entre las que se cuele el sol, un par de sillas de plástico, y al frente una mujer que trabaja con masa de maíz en una mesa. Nuevamente, la escena es la misma en los dos casos, la pose del funcionario, el encuadre, la iluminación, están pensados para subrayar esa identidad, y eso hace que lo más llamativo sean las diferencias.





El recurso dice que la diferencia es insignificante para el IFE, que es insignificante para la condición ciudadana. Pero al mismo tiempo dice que la diferencia es enorme, insalvable. Eso es lo que hace importante la igualdad que preconiza el IFE (la credencial, la elección, el voto), que se impone donde parecería imposible, porque en todo lo demás la igualdad es impensable. Si se piensa un poco, podría tomarse lo mismo como un elogio que como una crítica de la democracia, de la noción de ciudadanía que hay detrás. Es perfectamente abstracta, hace caso omiso de las diferencias, hace como si las diferencias no existieran, diferencias que están presentes de manera abrumadora en todo lo demás.

4

“Aprendiendo democracia” es un apartado breve, con fotografías de niños en varias actividades de educación cívica organizadas por el IFE: simulacros de votaciones, un parlamento infantil, obras de teatro, una visita a las oficinas centrales del IFE. Todas las fotos en entorno urbano, la mayoría en escuelas bien equipadas, todos los niños visten uniforme. No hay ningún patrón en el lenguaje gráfico, no hay imágenes con especial carga simbólica: diferentes ángulos, distancias, encuadres, grupos de niños, algún acercamiento, nada de particular salvo el inevitable tono sentimental de la fotografía de niños.

En las notas al margen se explican los ejercicios para los diferentes grados. Sobre el simulacro de votación, que es lo que ocupa más espacio, entre otras cosas se dice: “Promover la participación en estos ejercicios dentro del espacio escolar propicia que mediante la puesta en práctica de procedimientos y valores democráticos, niñas, niños y jóvenes contribuyan a mejorar uno de los entornos más importantes y significativos para su socialización y formación como sujetos responsables y competentes para la convivencia en sociedad: la escuela”. Las expresiones hiperbólicas son habituales en la justificación de programas educativos, que siempre prometen transformaciones desmedidas. Pero lo más interesante de la breve serie es que muestra con perfecta claridad que una virtud cívica fundamental es la obediencia de la ley.

No suele ponerse mucho énfasis en eso, porque no tiene el mismo prestigio que otras virtudes: abnegación, lealtad, valor, tolerancia. Pero la obediencia es igual de importante que cualquiera de ellas, incluso más. Aparte de que el comportamiento es exigible de todas formas, con ánimo virtuoso o no. El hecho

de que el ejercicio de democracia se haga en la escuela lo hace absolutamente evidente, porque los niños efectivamente toman papeletas, escriben o dibujan en ellas, se forman en fila y las depositan en una urna, cuentan los votos, pero es todo ello un ejercicio escolar, disciplinado –salta a la vista con los uniformes. O sea, que la participación, los procedimientos y valores democráticos se aprenden, o se intenta que se aprendan en todo caso, bajo la premisa de la disciplina.

Sigue un capítulo especialmente desordenado: “Construyendo democracia”. Tiene dos partes claramente distintas: las primeras cincuenta páginas tienen un surtido de fotos del periodo de campaña, imágenes de los procedimientos del IFE, mesas de discusión. Las otras sesenta ofrecen el relato de la víspera de la elección.

En las primeras hay tecnología, orden, autoridad. Son imágenes sueltas, que no siguen un orden identificable. Aparecen las imprentas en que se producen las boletas electorales, computadoras, cuartos con pantallas de televisión, varios actos protocolarios con presidium, micrófonos, gente de corbata, una única foto de un debate televisivo con ocho candidatos, cada uno tras un atril con el logo de su partido (siete hombres y una mujer), y hay también imágenes de otras actividades de promoción del voto. Aunque sea reiterativo, acaso vale la pena registrar la cuenta: en las imágenes en que hay un presidium o una mesa de discusión ante un público, aparecen en total 72 hombres y 7 mujeres, lo que sólo dice lo que sabemos, la escasa presencia de mujeres en los espacios de la política formal.

El propósito del apartado se explica en la página de inicio. El IFE contribuye a la vida democrática mediante la organización de las elecciones, pero también con “programas

institucionales encaminados a fomentar la participación ciudadana en los espacios públicos, en forma libre, crítica, informada, consciente y responsable de sus derechos y obligaciones”. Eso es lo que tienen que representar las fotografías. Aparte de las fotos, digamos, institucionales, de actos protocolarios en que aparecen las autoridades del instituto, hay tres series distintas. Primero hay un conjunto de fotos, doce en total, de gente que baila en la calle: algunos están tomados de la mano, formando cadenas, otros saltan, giran en el piso; en una, tomada en un mercado, cuatro o cinco jóvenes saltan con los brazos extendidos, y en primer plano un hombre mayor con sombrero de palma parece estar tratando de bailar también. Pueden significar alegría, diversión, también espíritu de grupo, pero no se entiende qué relación puedan tener con la participación a la que se refiere el capítulo. Después hay otras tantas fotos de una campaña de promoción del voto en el metro de la Ciudad de México, con pasajes del metro con la leyenda: “Pasaje a la democracia”. Y finalmente hay un conjunto de imágenes del público en conferencias, mesas redondas, debates, todos son auditorios amplios, modernos, y en el presidium celebridades de la prensa, de la televisión.

Vale la pena anotar, aunque sea entre paréntesis, que en ese año la deriva antipolítica de las décadas anteriores cristalizó en la llamada al “voto nulo”; hay un par de fotos de eso, una particularmente ingeniosa: en el auditorio del IFE, en una mesa redonda, se ve en primer plano a una mujer de pie entre el público con un micrófono, está de espaldas, viste una camiseta blanca con la leyenda: “El IFE no me deja participar”.

La participación que se registra en todas las imágenes no sólo es ordenada, tranquila, pacífica, sino que ha sido organizada

por las autoridades. Otras formas de participación ni siquiera se ven, ni manifestaciones partidistas ni protestas, bloqueos, plantones, que hubo sin duda en esos meses. La serie transmite la imagen de una participación sobre todo informada y responsable, de una ciudadanía ordenada, respetuosa, sin ninguna militancia –y exclusivamente urbana.

A la vista del conjunto, inmediatamente viene la idea de que no sería fácil representar una participación con esos atributos (libre, crítica, informada, consciente) en los espacios rurales, remotos y aislados, casi vacíos, que aparecen en el primer capítulo; no es fácil encontrar en nuestro repertorio cultural una imagen de la participación cívica en el campo. La ciudadanía que se preconiza es casi por definición un fenómeno urbano –o tiene como modelo el orden urbano. Las imágenes con que se ilustran más claramente los adjetivos son de reuniones en auditorios o salas de conferencias, es decir, donde los ciudadanos están sobre todo en calidad de espectadores ante mesas en las que se habla con micrófono (en esas mesas aparecen 35 personas: 32 son hombres, 30 de ellos llevan corbata). En las fotos se lee: participación informada y crítica, lo que está a la vista es un sistema autorizado de opinión: central, urbano, masculino, protocolario, vertical y no partidista. Los partidos aparecen sólo en dos imágenes, aparecen sus logotipos, todos del mismo tamaño, ordenados alfabéticamente –parecen casi accidentales para la participación.

La segunda parte es la víspera de la elección, que sobre todo implica la distribución del material electoral. Son 28 páginas en que se muestra masivamente la presencia del Estado; se trata de transmitir la magnitud de la operación, la complejidad de la logística, y sobre todo la presencia del ejército

(2009: por segundo año consecutivo la tasa de homicidios se ha duplicado). Las fotos son de inmensas bodegas llenas de paquetes, mapas en que se señalan rutas, fechas, cadenas de camiones, barcos de carga, contenedores sellados, y sobre todo militares (aparecen con traje de faena, casco, armados, en vehículos blindados, vigilando: en 25 de 58 fotografías). Varias veces se repite, en las notas marginales, que en el proceso “se cuenta con el apoyo” del ejército y la marina.

Al final, donde se muestra la entrega de los paquetes a los que serán funcionarios de casilla, hay una secuencia de trece fotos que corresponde a los simulacros de elección, y se explica al margen que “en los simulacros de la Jornada Electoral los funcionarios de casilla practican de manera vivencial los conocimientos adquiridos durante los cursos de capacitación...” Los escenarios son en su mayoría rurales, predominan las mujeres (en 10 de las 20 sólo hay mujeres), y mujeres con vestidos indígenas. En una serie aparece un grupo de indígenas en un simulacro al pie de una pirámide: no hay forma de significar con más densidad “México”. Es una ciudadanía que aprende, que ha sido educada. Otra virtud de la ciudadanía, pero en este caso una ciudadanía rural, y femenina.

5

El capítulo que se llama “5 de julio” es el más extenso, 120 páginas; un tercio corresponde a la votación, el resto al conteo, el traslado de los paquetes electorales, y casi un tercio a las oficinas del IFE. Es un relato lineal, muy simple, que se sigue con mucha facilidad. Comienza con la imagen de una urna a media calle tras una modestísima iglesia, entre montañas, piso de terracería, indígenas sentados a la sombra de la iglesia: un escenario remoto, humilde, campesino, y termina

con una imagen de la sala del consejo del IFE en que todos aplauden, dos consejeros se abrazan. Esa es la historia.

En las fotos de la elección: mesas, mamparas, urnas, se buscan sobre todo lugares pintorescos, poco comunes, paisajes llamativos, personas con rasgos particulares, o muy acusados, porque se trata de representar la diversidad –y la inclusión, por supuesto. Igual que en el primer capítulo, se consigue haciendo que resalte la diferencia étnica, religiosa, de edad, en general a través de la ropa, que es el indicador social más fácilmente reconocible. Como se podía esperar, están obviamente sobrerrepresentadas las zonas rurales, las zonas indígenas, porque sirven para indicar la diversidad. El procedimiento más frecuente es, otra vez, el contraste entre imágenes puestas frente a frente, de escenas muy parecidas, que por eso obligan a fijarse en las diferencias.

Un ejemplo. A la izquierda está la imagen de un pueblo indígena, la casilla a la espalda de la iglesia. Normalmente sería una representación típica del México rural. Ahora bien, en la página de la derecha hay el interior de un edificio moderno, con murales, y un hombre mayor, barba blanca, corbata, vestido de negro, con un sombrero de ala rígida igualmente negro, que denota su condición de judío. El conjunto dice entonces: tolerancia religiosa.



Otro. La foto de la izquierda muestra una mesa de votación en un edificio moderno: cristales, luces fluorescentes, la mesa con un mantel de franela azul. La de la derecha, una mesa de madera desnuda, bastante maltratada, y tras ella, como funcionarios, tres mujeres con indumentaria indígena. No hay más remedio que fijarse en el contraste.

Otro más. Medio cubiertas por la mampara, dos mujeres que marcan su voto. Sólo se ven las piernas. A la izquierda, una mujer joven: pantalones de mezclilla ajustados, zapatos de tacón. A la derecha, una mujer indígena: se ve la falda, los pies descalzos. Y una diferencia que aparece imagino que de manera accidental, entre los funcionarios de casilla que pueden reconocerse claramente a cuadro, 64 en total, 45 son mujeres.





La reiteración de las escenas es una forma de expresar el orden. En todas partes, en los paisajes más distintos: en edificios, en exteriores, urbanos, rurales, siempre hay una mesa, un conjunto de funcionarios, paquetes de papeletas, mamparas, urnas, hay gente que espera su turno formada en cola, y que se cubre en la mampara para votar. Los ciudadanos son ordenados, obedientes, y el proceso electoral es igualmente ordenado, repetido, es una rutina. El conjunto transmite una sensación de estabilidad, uniformidad, de hecho el conjunto contribuye a producir lo que Mitchell llamaba el “efecto-Estado”.

El léxico del capítulo tiene dos elementos básicos: alguien que cruza su boleta dentro de la mampara, alguien que deposita su voto en la urna. 15 fotos de ciudadanos en la mampara, 12 depositando el voto. Son una sinécdoque del proceso electoral. La democracia se manifiesta por ese contraste repetido entre la opacidad y la transparencia: el ciudadano a solas, en secreto, protegido por la mampara, expresando su opinión mediante el voto, y los votos de todos, reunidos, de una manera transparente, en la urna.

Como es lógico, en la mayoría de las fotos de ciudadanos que votan sólo son visibles las piernas, de modo que el calzado es el indicador más visible, con el que tiene que significarse todo. Son 13 fotos en las que sólo o casi sólo pueden verse los pies: tres son de pies descalzos, seis de pies con huaraches, tres con zapatos deportivos, dos con zapatos de tacón. Las proporciones parecen un poco extrañas. Es claro que lo que resultaba más significativo, lo más importante, para quien seleccionó las fotos eran los huaraches, y los pies descalzos, como indicador de pobreza (con connotaciones adicionales de condición rural, indígena). Otra vez, es una ciudadanía muy campesina.

En general, los contrastes son previsible, estaban en el libro anterior, no dicen nada de particular. Pero llaman especialmente la atención dos imágenes. En la primera se ven las piernas de un hombre metido en la mampara, una camisa sucia, desabotonada, un pantalón que le queda grande, lleva un huarache en un pie, el otro envuelto en una bolsa de plástico. Ése es el centro de la fotografía, inevitablemente. Es una representación trágica de la miseria. Y el hombre vota. La segunda es de un hombre de espaldas delante de la mesa de votación, apoyado en una andadera, con una pierna de metal, cuidadosamente calzada con zapato y calcetín. La foto está hecha para que se note precisamente la pierna que falta. Mejor dicho, para que se note exclusivamente la pierna que falta. Es para representar a los discapacitados –porque una mutilación así es la única forma de significarlos gráficamente. Ambas obligarían acaso a plantearse preguntas sobre la ética de la fotografía, y de la representación; así fotografiados, puestos en ese contexto, los dos han sido reducidos al anonimato, no son otra cosa más que su miseria, su incapacidad.

Tiene menos interés lo que sigue. El relato es menos nítido en términos gráficos, porque no hay imágenes emblemáticas con las que se puedan representar ni el recuento ni los resultados. Se ve a mucha gente en las mesas, gente que habla, que escribe, papeletas, actas, imágenes del transporte, numerosas cajas selladas, grandes almacenes llenos de paquetes electorales, y la vigilancia del ejército. Muchas de las fotografías, hasta 20 de ellas, están tomadas de noche, con mala iluminación. Obviamente es porque el recuento se hizo por la noche, pero el hecho de que sean tantas, incluidas dos a doble página (con una vista aérea del patio de un edificio con una fila de gente que lleva paquetes electorales), siendo que son malas fotografías, y que las escenas no tienen nada digno de

recordarse, nada que llame la atención, significa que hacían falta. Subrayan el esfuerzo de los funcionarios de casilla – trabajaron hasta la noche. Aparte de eso, en la serie hay una progresión hacia el centro, imágenes cada vez más urbanas, de interiores, con más tecnología, que culmina con la imagen del salón del Consejo General.

Las 38 páginas de los “Cómputos distritales” no tienen mucho interés, son fotos de almacenes con paquetes y ciudadanos que discuten, que revisan actas, boletas. Se trata de representar una larga conversación de mucha gente, para decir que el proceso electoral no termina el día de la elección. Es un gesto para mitigar la suspicacia: ofrecer garantía de que los votos se cuentan correctamente, y se revisan las actas, siempre por parte de ciudadanos.

El capítulo titulado “La diversidad” tiene un poco un aire de álbum de familia. No hay un relato coherente, es un muestrario de diferencias. El texto de presentación dice: “La democracia garantiza la diversidad porque propicia el ejercicio de la libertad de pensamiento, de credo, de opinión y de elección. En este sentido, la diversidad es un valor que nos enriquece como sociedad porque se conjuga con otros valores democráticos como la tolerancia, que implica el reconocimiento de los otros, de aquellos que piensan y son diferentes y que tienen distintos intereses, pero no por ello son excluidos”. Yo sé que el texto no estaba pensado para ser leído, mucho menos para ser leído con atención, pero eso mismo lo hace interesante, porque es una articulación del sentido común vigente. Es claro que la democracia no garantiza la diversidad, y no necesariamente propicia el ejercicio de la libertad; todo ello: la libertad, la diversidad y la democracia pueden coincidir en una determinada configuración institucional, pero nada

más. Para el sentido común mexicano que se expresa a través del IFE, todo va junto de manera natural. Y casi diría que es inevitable, puesto que el proceso que llamamos de transición a la democracia fue sobre todo de transición hacia el pluralismo político. El riesgo que se quiere conjurar es “la exclusión”. Por eso, lo único que hace falta es mostrar la diversidad.

Desde luego, es difícil representar la diferencia de ideas y opiniones si no se recurre a los emblemas de los partidos, por ejemplo. En cuanto a los otros registros, sólo se puede imputar a partir de la apariencia en la medida en que es indicador de un modo de vida. Y en realidad hay pocas cosas con las que podamos significar la diferencia gráficamente: la edad, la posición económica, el paisaje. Como podía esperarse, hay muchas imágenes en escenarios rurales, 25 de las 96 del conjunto, y hay 7 en que la indumentaria indica que se trata de indígenas. Hay gente pintoresca: un hombre que toca el saxofón en la calle, un curandero adornado con collares, dijes, pulseras, hay lugares curiosos, paisajes imponentes, situaciones complicadas: un río que se cruza con el agua a media pierna, pendientes, montañas. Las mitad de las fotos son sólo de funcionarios.

La mayoría de los ciudadanos mira a la cámara y muestra su credencial para votar. Es la construcción retórica de un nosotros jovial, animoso, sonriente. La credencial subraya la pertenencia y, por supuesto, la igualdad (igualdad en la credencial, se entiende). Se trata de que un nosotros administrativo se convierta en un nosotros sentimental. Son hombres y mujeres, jóvenes y viejos, más ricos o más pobres, indígenas, de cualquier profesión: pescadores, campesinos, payasos, es decir, todos. El conjunto, por su heterogeneidad, dice que están todos, que somos todos. No obstante, no hay en esa

selección ni una sola corbata, ni un policía ni un militar, ningún uniforme, ni un solo rubio ni nadie de ascendencia asiática o africana. Y en eso nuestro discurso sobre la ciudadanía es deudor del viejo nacionalismo mexicano, la diversidad que se festeja es una diversidad mestiza y popular.

2012: el último informe

1

El libro de 2012 se nota, y se distingue de los demás, sobre todo por su sobriedad. Ofrece un relato más coherente, mejor ordenado. No hay las secuencias ni las composiciones de fotos superpuestas que había en el anterior, la mayoría de las fotografías ocupan ya sea una página o media, y sólo hay unas pocas a doble página, y alguna de tamaño menor. Y su discurso es casi exclusivamente gráfico: no hay capítulos numerados, sino separaciones mediante una página en blanco con uno o dos párrafos en que se explica muy sucintamente el proceso electoral. Han desaparecido las acotaciones didácticas que había a cada paso en el volumen anterior (unos 140 recuadros en total), y que le daban el aspecto de un libro de texto.

Ha desaparecido también, y es mucho más importante, el apartado que se llamaba “Diversidad”, y hay en cambio un

extenso apartado, en el centro, dedicado a las campañas electorales con imágenes de los candidatos, banderas, mantas con mensajes, los colores y las siglas de los partidos, y plazas llenas de gente. Y también, finalmente, se ha reducido al mínimo la presencia del ejército (que en ese año está más presente en la vida cotidiana del país de lo que estuvo en todo el siglo anterior).

La portada es un conjunto de lápices de color rosa mexicano, con la leyenda: IFE Elecciones federales 2012. Los lápices, por supuesto, sugieren el acto de marcar la boleta electoral (aunque no sean los lápices que se emplean en las casillas). Pero sobre todo llama la atención el color, que es también el del chaleco que usan, a manera de uniforme, los funcionarios empleados por el IFE para la capacitación. Es un color muy llamativo, y relativamente infrecuente, que por eso contrasta con el color de la ropa del resto de la gente que aparece en las fotografías; por esos dos motivos es el color que domina toda la primera parte del volumen, y le da al conjunto una coloración que convencionalmente es femenina.

Resulta chocante que la primera página, cuyo encabezamiento dice “Nota del editor”, esté firmada por Nuevo Horizonte Editores. No dice nada de particular, es un texto anodino sobre el proceso electoral, la cultura democrática, el respeto, la “historia que escribimos entre todos”. No está claro qué sentido tiene, porque se atribuye a una entidad abstracta, una empresa privada, desconocida para el lector común y corriente, y que no sabemos qué parte del trabajo hizo.

A continuación hay un texto del consejero presidente, Leonardo Valdés. Explica brevemente lo que hace el IFE, y explica el libro: es “un legado documental de las distintas miradas de

los ciudadanos que intervienen directamente en el desarrollo de este proceso... Con imágenes se muestra la expresión y el semblante de quienes se capacitan para recibir el voto ciudadano...” Los ciudadanos seleccionados como funcionarios de casilla han desplazado a los capacitadores, que estaban en el centro en los libros anteriores. Extrañamente, a continuación dice: “Por primera ocasión, se muestra la dimensión del enorme trabajo humano que trae consigo el recuento de votos...” Es obvio que los libros anteriores intentaban hacer eso, y se explicaba en términos muy parecidos en el texto de 2009, que correspondió firmar también a Leonardo Valdés. Por supuesto, es una pequeñez, pero no deja de tener interés esa necesidad de afirmar el carácter fundacional de las tareas del IFE.

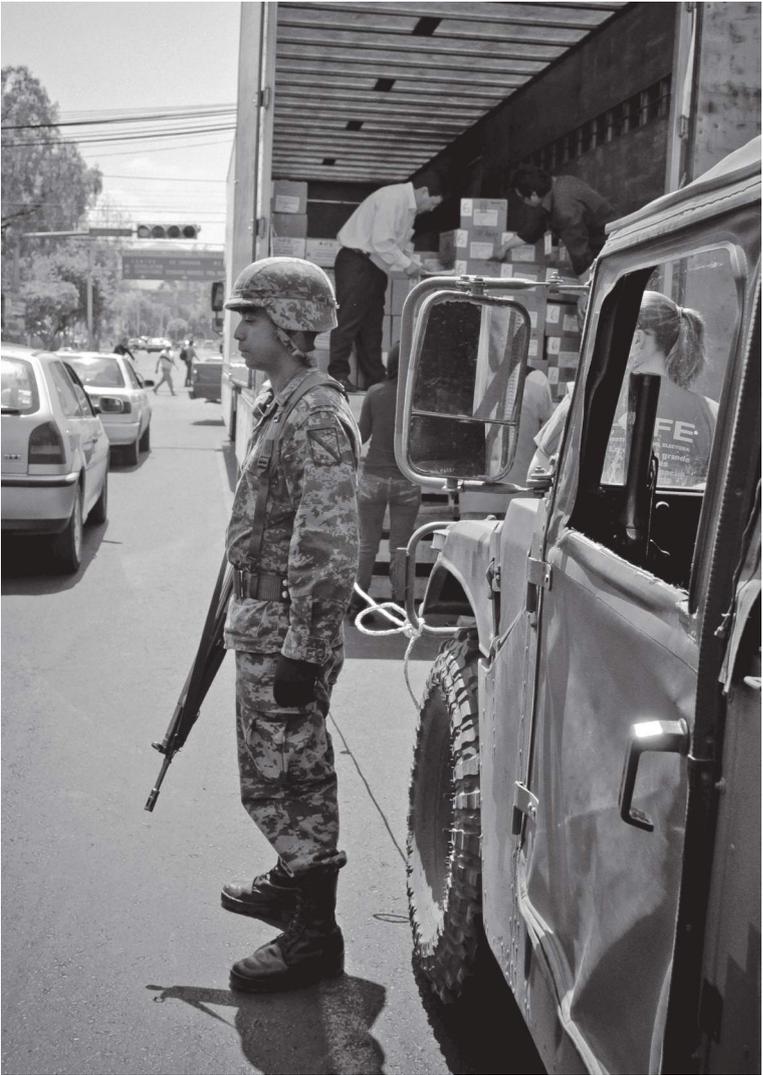
En el último párrafo está la defensa del instituto. El libro, dice, “refleja la equidad que marcó la competencia electoral, la transparencia de todas y cada una de las actividades institucionales, pero sobre todo, el profesionalismo, la imparcialidad y disposición de quienes convergen en torno a la organización ciudadana de las elecciones y al desarrollo de condiciones de gobernabilidad democrática en nuestro país”. Detrás del texto está obviamente la preocupación por las protestas posteriores a la elección, las denuncias de compra de votos, que repercutían inevitablemente en el prestigio del instituto. El problema es que ni la equidad, ni la transparencia ni la imparcialidad se pueden representar fácilmente en imágenes, no está claro mediante qué gesto de quién, en qué situación, se podría significar nada de eso. No hay manera de producir gráficamente la connotación, pero el texto pide que se lea eso en el conjunto del libro.

Lo primero que hay, a doble página, es una imagen de la sala del Consejo General del IFE. Y lo último que hay, después del

recuento de los votos, es otra imagen parecida, del mismo salón. Eso da al relato un aire de ritual.

Abre el volumen un apartado muy breve, con dos secuencias. La preparación de la elección son 12 páginas, 16 fotografías con escenas del trabajo del Consejo General, la impresión del material electoral, los inmensos almacenes en que se guarda la paquetería. En seis de las imágenes aparecen militares vigilando las cajas con la papelería: no miran de frente, no nos impiden el paso, no están en actitud amenazante. La más elocuente es una foto a página entera en que se ve un remolque que está cargando paquetes de papelería, en la calle; hay un militar que vigila: mira de perfil, con el arma apuntando al suelo, la mirada baja: es la imagen de la obediencia, no de la autoridad. Es claro que la presencia del ejército se ha reducido al mínimo, y sobre todo se han escogido las imágenes menos agresivas (obviamente, un reflejo de la situación del país). A continuación está la consulta infantil y juvenil que ocupa sólo cuatro páginas, con cinco fotos de niños: no visten uniforme, las fotos parecen tomadas en parques públicos, y sugieren diversión, más que otra cosa.

El resto del volumen está dividido en tres secciones casi de la misma extensión: la capacitación, las campañas y el día de la elección.



2

En la sección dedicada a la capacitación de los futuros funcionarios de casilla se nota de entrada la sobriedad, en comparación con el apartado que se titulaba “Buscando al ciudadano” en los libros anteriores. Se ha rebajado notablemente el tono épico. Ya no se trata de narrar una hazaña. Al contrario, las fotos transmiten en general una sensación de normalidad. No hay ninguna de las imágenes que en los volúmenes anteriores se usaban para significar esfuerzo, ninguna que represente obstáculos físicos: ni el vado de un río ni una pendiente escarpada. Unas cuantas significan lejanía, pero sólo como horizonte: dos funcionarios caminan por una playa de Baja California, un grupo de funcionarios camina por un muelle en Campeche, con el mar de fondo.

Casi un tercio de las fotos están tomadas en interiores, en lo que parecen ser escuelas, algunas dentro de una casa, y eso contribuye muy eficazmente a producir la sensación de normalidad. Sólo hay unas pocas, 12 de las 120 de la sección, que muestren un escenario nítidamente rural; la mayoría están tomadas en espacios urbanos, y muchas de ellas frente a edificios coloniales, iglesias o monumentos que pueden ser fácilmente identificables (7 edificios coloniales, 8 monumentos), cosa que contribuye a hacerlas familiares.

No hay muchas fotos en que se subraye la pobreza. El conjunto presenta una ciudadanía urbana, de clase media, y muy femenina: entre los funcionarios que aparecen a cuadro hay más o menos el mismo número de hombres que de mujeres, pero entre los ciudadanos hay 57 hombres y 101 mujeres. Y la desproporción salta a la vista.

La clave de lectura la ofrece la primera foto. A página entera se ve a dos mujeres jóvenes, una de ellas con el chaleco rosa mexicano del IFE; la imagen está tomada en contrapicado para que se vea en el eje vertical en primer plano una carpeta que dice IFE, y sobre ellas, ocupando el tercio superior de la página, una bandera mexicana ondeando. Es la portada de un libro de civismo.

Otra novedad: algunas de las fotos tienen al pie una indicación del lugar en que se tomaron. No está claro el criterio, ni si hubo alguno, para identificar expresamente unos lugares y no otros. Algunas veces, las que se localizan son fotos en que aparecen edificios, estatuas, monumentos muy reconocibles:



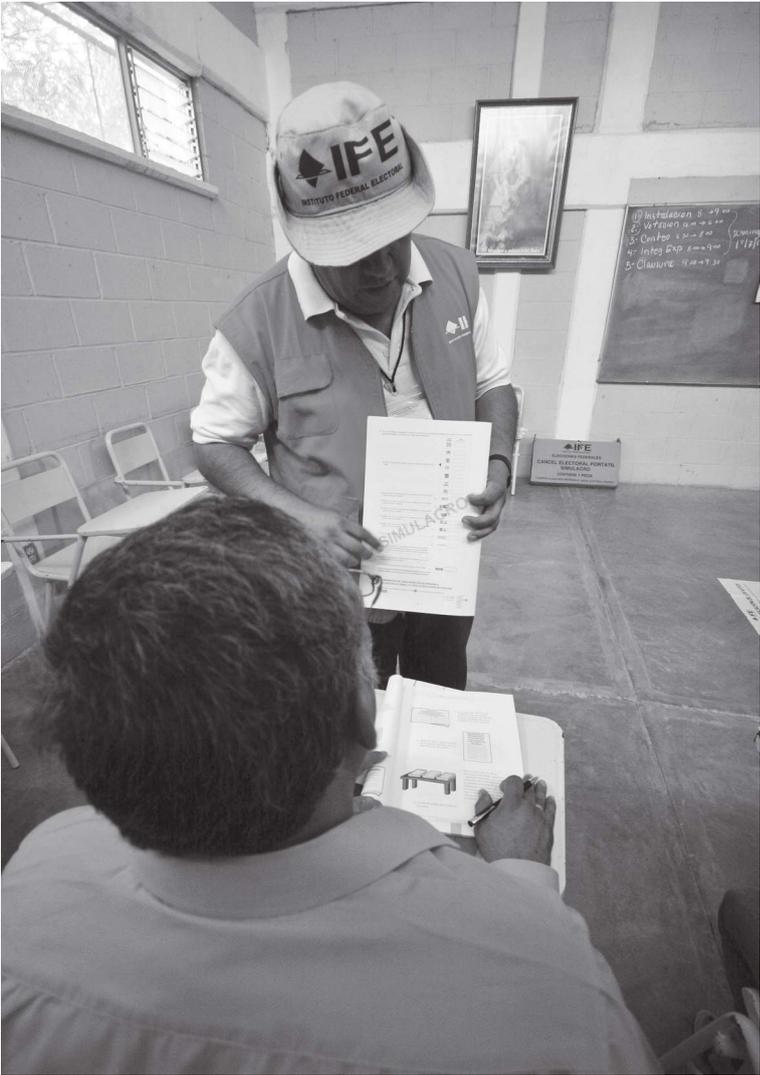
la plaza principal de Toluca, el palacio de gobierno de Monterrey, otras son imágenes de calles o paisajes pintorescos, como una hacienda henequenera en Progreso. Están así señaladas una foto de Guerrero, una de Chiapas, dos de Baja California, tres de Estado de México, Nuevo León y Campeche, cinco de Coahuila y nueve de Yucatán. Insisto, no podemos saber cuál haya sido el criterio para poner el pie de foto, pero el conjunto presenta así un país mucho más concreto: no es un abstracto trópico, una abstracta montaña o una playa, sino un lugar bien definido. Es decir, un país menos exótico –y menos agreste, menos rural, menos lejano.

Es novedad que aparezcan monumentos: hay dos mástiles con la bandera ondeando, estatuas de Juárez, Carranza, Hidalgo, de los Niños Héroes, y una escultura fea, imposible de descifrar, que el pie de foto dice que está dedicada a la bandera. Obviamente, son los signos convencionales para decir: México, civismo, patriotismo, que ponen el contexto.

En la serie hay dos tipos de fotos: funcionarios que caminan y funcionarios que hablan con un ciudadano o un grupo de ciudadanos. Son 24 fotografías en que aparecen únicamente funcionarios caminando: tres en la costa, con un horizonte de mar, una en un paisaje tropical, densamente arbolado, pero la mayoría están tomadas en escenarios urbanos que no tienen nada de particular: mercados, plazas, iglesias. Aparte de que el lugar esté identificado en el pie de foto, hay detalles del paisaje que permiten reconocer la región del país a la que corresponde. Está la línea fronteriza en Playas de Rosarito, un puesto de frutas en Guerrero, una hacienda henequenera en Yucatán, la vista desde el mirador del Callejón en Saltillo, el muelle de Champotón. Está la diversidad geográfica, climática, histórica, del país, pero presentada de una manera menos espectacular, menos dramática.







Cuando aparecen con otros ciudadanos, en la mayoría de los casos, los funcionarios aparecen en pose docente. Están mostrando un documento, señalan algo en un papel o tienen además de explicar; en varias de las escenas los funcionarios están de pie y los ciudadanos sentados, a veces en un salón de clases o en auditorios mayores. Las imágenes recuerdan la situación típica de un salón de clases, con el funcionario del IFE en el lugar del maestro. Por supuesto, es la forma más simple de representar la capacitación, pero lo interesante es que la democracia aparece también como un aprendizaje –mejor dicho, que se subraya esa dimensión de la democracia como aprendizaje. Nada más ordenado, previsible, regulado y vertical que la educación: el civismo también consiste en adaptarse a eso, y aprender las reglas del procedimiento.

No es el país exótico, de contrastes dramáticos, que había en los libros anteriores, pero es claro que se han escogido algunos paisajes llamativos de selva, de costa, de edificios monumentales, de modo que se muestra la variedad del país a base de sitios atractivos –y la serie hace un poco el efecto de una guía turística, que señala lugares de interés: el convento de San Antonio de Padua en Izamal, la plaza central de Toluca, la cima de las Cotorras en Ocozocuatla, en Chiapas. El nombre, la ubicación les quita el aire misterioso que podrían haber tenido muchas de ellas.

Todo está hecho para representar la normalidad. No obstante, se han omitido algunas cosas. No aparece un sólo individuo de corbata. Es notable porque son más de 300 personas las que aparecen, en imágenes de todo el país, casi todas en espacios urbanos, en fotos tomadas de día y presumiblemente muchas entre semana. Es decir, que la exclusión de las corbatas tiene que ser deliberada: de alguna manera, por alguna razón, un ciudadano con corbata es menos ciudadano. Pero

tampoco hay a cuadro ni un solo policía ni un solo militar, que en esos años eran parte del paisaje en la mayor parte del país. Y un detalle más: en toda la serie sólo se llegan a ver cinco coches, y sólo uno en el centro de la imagen (con el emblema del IFE).

En resumen, es un México con muy diferentes paisajes, un México que va a pie y sin corbata. Y la virtud básica que se subraya en los ciudadanos es la disposición para aprender.

3

Sin duda, la novedad más importante es el apartado dedicado a las campañas electorales. Es una sección extensa, de 78 páginas, donde aparecen sobre todo los candidatos, e imágenes de mítines de campaña. La mayoría son multitudes con banderas, carteles, emblemas, las siglas y los colores de los partidos: sonrisas, aplausos, gestos de entusiasmo, la euforia más o menos espontánea o deliberada de las campañas. Y eso también contribuye a la impresión de normalidad que transmite el libro. En los otros libros, la omisión de los partidos, los candidatos, las campañas, resultaba anormal, y comunicaba un sentimiento de intranquilidad: era algo demasiado obvio, demasiado ausente, oculto.

En la nota de introducción se explica lo que son las coaliciones en la legislación electoral mexicana, se dice quiénes fueron los candidatos, y se dice que en el capítulo se reúnen “escenas que reflejan el maravilloso mosaico sociocultural del pueblo mexicano, y dejan testimonio de la diversidad y pluralidad que distingue a este país”. Curiosamente, ese mosaico no se deja ver en las fotografías. Hay multitudes, caretas, pancartas, disfraces, personajes pintorescos: motociclistas con máscaras de

luchadores, alguien que se ha disfrazado para representar la Justicia, una mujer con un inmenso penacho y una versión fantástica de traje prehispánico. Pero todas las multitudes se parecen. Todas las fotos están tomadas en entornos urbanos, muchas de ellas en auditorios o estadios, y en casi todas hay pancartas, banderas o camisetas producidas en serie. De hecho, la única diversidad que resulta visible es la diversidad partidista, y ésta sí se nota con mucha claridad, están saturadas las fotos con los colores de los partidos. Son imágenes de una forma concreta de participación, muy real; las imágenes denotan a veces alegría, hay muchas sonrisas, a veces entusiasmo, pero un entusiasmo ordenado, una participación singularmente disciplinada: todos levantan a la vez un cartel idéntico con la forma de una mano recortada en azul, todos levantan a la vez un bastón de plástico rojo, todos agitan las mismas banderas amarillas y anaranjadas.





CHURROS
RELLENOS

PARTIDO DEL TRABAJO

PT

PRESIDENTE

PRIMA







Se han escogido además unas cuantas fotos simpáticas, las de las máscaras, los disfraces, porque sugieren espontaneidad. Pero sólo tienen sentido, sólo hablan de la participación en el contexto de los mítines organizados.

La nota cierra con un elogio muy efusivo de las campañas: “las campañas electorales son el encuentro del ciudadano con la voz, la promesa y la oferta de quienes aspiran a representarlo y gobernarlo. En esas plazas, a veces medio vacías, a veces saturadas, descubrimos la raíz y razón de nuestra democracia”. Es un giro retórico que tiene su interés, porque de hecho pone en el centro a los partidos. La plaza es la alegoría

más clásica de la democracia, pero en este caso en las plazas no se discute sino que se aplaude, y asisten los ciudadanos como militantes.

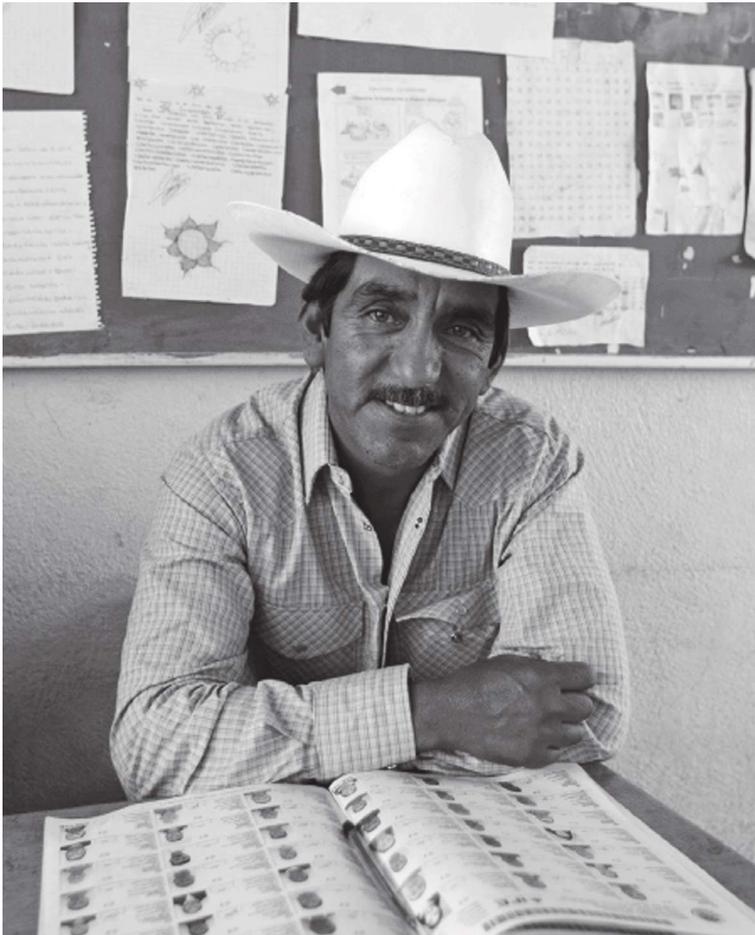
Los mítines pasan como síntesis de la participación. Desde luego, en las campañas hay muchas otras cosas: anuncios de televisión, brigadas que reparten volantes, encuestas y cálculos, y la operación de la extensa maquinaria de mediación que son los partidos políticos y que está detrás de cada uno de los actos que aparecen en las fotos. Pero sería difícil representar nada de eso con una imagen clara, y distorsionaría la imagen de la participación que se quiere transmitir, le daría mucho más peso todavía a los partidos.

4

El último capítulo son casi 90 páginas, dedicadas casi todas al día de la elección: la preparación de las casillas, la votación y el recuento. Igual que en el primer apartado, domina la retórica de la normalidad: no hay extremos ni anomalías, no hay casillas en escenarios extraños ni paisajes espectaculares, ni personas que llamen la atención. Y tampoco hay contrastes dramáticos entre los ciudadanos que votan, se presentan las diferencias con que se quiere connotar la igualdad, pero con más sobriedad que en los libros anteriores. Y nuevamente, igual que en el primer apartado, predominan las mujeres (entre los electores, 25 hombres y 44 mujeres), y el conjunto tiene un aire claramente femenino.

Hay una primera secuencia en que aparecen los funcionarios preparando la casilla: montando las mamparas, armando las urnas, revisando el padrón. En general, transmiten una imagen de seriedad, trabajo, responsabilidad, de ciudadanos que

se toman en serio su función. No hay nada muy llamativo ni muy original. Destaca una foto muy lograda de un funcionario que mira a la cámara sonriendo: está acodado sobre una mesa de madera, con la lista nominal delante, y detrás un viejo pizarrón con dibujos y trabajos escolares. También la de una mujer joven, apenas vemos medio cuerpo, que revisa el listado con un gato acurrucado en las piernas, y que da una idea de ambiente doméstico, familiar.





A continuación hay una serie de ciudadanos formados en fila para votar: están en escuelas, en edificios públicos, alguna en la calle, un público de clase media urbana. La serie subraya la medianía, la relativa uniformidad, y no la distancia. Son lugares perfectamente anónimos, y gente igualmente anónima, sin rasgos que hagan destacar a nadie ni que signifiquen lejanía. En dos de las imágenes llueve, las urnas están protegidas bajo una lona, con un paraguas, no hablan de una epopeya: dicen que hay a veces pequeñas dificultades.

A diferencia de los libros anteriores, este procura representar lo habitual, lo normal, procura una identificación por la cercanía, por la familiaridad con quienes aparecen en las fotos. No busca los extremos, no las excepciones. Es una imagen no exótica del país, que dice que las elecciones son un proceso regular, ordenado, que no tiene mucho de particular.

En la secuencia que sigue, que es la de la votación, se mantienen básicamente los mismos recursos expresivos que en el libro de 2009: la mampara y la urna, la dialéctica de la opacidad y la transparencia, para significar la democracia. Y nuevamente predomina un tono de normalidad: se exhiben contrastes, pero no trágicos, no hay personas con rasgos personales peculiares, no hay imágenes de la miseria: ni una sola persona descalza ni una foto en que haya que fijarse en unos huaraches.

El único contraste directo, de imágenes simétricas en páginas opuestas, como los del libro anterior, muestra a dos mujeres semicubiertas por la cortina de la mampara, de modo que sólo pueden verse las piernas y parte de la espalda: el vestido, el rebozo, los zapatos, la postura en la imagen de la izquierda son los de una mujer mayor, de condición modesta, pero vestida con cuidado; a la derecha, un pantalón ajustado, tacones, una cadena en el tobillo, indican a una mujer joven, de clase media. El contraste está para que se vea, y dice que jóvenes y viejos, ricos y pobres, todos cuentan lo mismo.



Hay otras 12 fotos de gente cruzando la boleta dentro de la mampara. Siempre de espaldas, semicubiertos, de modo que sólo son visibles las piernas, parte de la espalda, en alguno la nuca. En la mayoría de los casos, siete fotos, no hay ningún rasgo que llame la atención, nada que destaque ni que permita identificar a quienes están votando, a veces ni siquiera puede distinguirse con claridad si se trata de un hombre o una mujer. Es decir, que el motivo ostensible de las fotos es la mampara, con el lema repetido otras tantas veces: “El voto es libre y secreto”. En lugar del catálogo de tipos, se opta por la representación del anonimato. En la mampara está cualquiera.



Sólo en tres imágenes de la serie se puede identificar a indígenas. La más llamativa, una foto a doble página, muestra hasta a nueve mujeres en una casilla: todas con falda negra, quexquémetl bordado, elegante, sin ningún signo ostensible que indique pobreza.

La otra serie importante es la de la urna: personas, con frecuencia sólo vemos la mano, que depositan la papeleta en una urna, 32 fotos. Otra vez, en dos ocasiones hay un contraste directo de imágenes simétricas, pero en una sola página. Curiosamente, en los dos casos hay la misma estructura: en la parte superior, mujeres indígenas, mayores, que introducen la papeleta

en la urna, y en la parte inferior una mujer bastante más joven, cuya indumentaria dice claramente que es de clase media urbana. Y en una serie de cinco fotos en que se ven sólo las manos, la última es una prótesis de metal y madera para significar a los discapacitados. El resto son imágenes de hombres, mujeres, gente mayor, jóvenes, más o menos arreglados, pero todos de rasgos muy similares. Es siempre el mismo gesto, idéntico, que subraya la centralidad de la urna, transparente. En varias de ellas, ocho, hay niños que acompañan a sus padres: las sonrisas, las imágenes de grupo, los niños que depositan el voto, en brazos de sus padres, todo sirve para significar la familia, y le da al conjunto un aire claramente festivo.





El apartado se cierra con unas pocas imágenes que muestran el apoyo a las personas con discapacidad, el voto en el extranjero, las casillas especiales, y una serie de 16 páginas dedicadas al recuento, el anuncio de resultados y el traslado de los paquetes electorales. No hablan tanto del esfuerzo como del orden.

En las últimas páginas, únicamente seis, hay fotos de la entrega de reconocimientos a los capacitadores y supervisores. Son todas fotos colectivas, casi todas en el interior de los locales del IFE. No destaca nadie, no hay lugares exóticos ni imágenes para representar el esfuerzo: están recogiendo un diploma, cosa que da a la serie el aspecto de una ceremonia escolar. Llama la atención una de ellas, porque hay en el grupo, todos con chaleco rosa, aproximadamente setenta mujeres y no más de veinte hombres. Otra vez: una representación de la ciudadanía ordenada, urbana, bastante uniforme... y notablemente femenina.

Últimas páginas

Estas últimas páginas no son de conclusiones porque no hay en ellas nada concluyente. No podría haberlo, puesto que lo único que he intentado es un ejercicio de interpretación de las imágenes de la ciudadanía tal como aparecen en esos tres libros editados por el Instituto Federal Electoral. En lo que sigue sólo trato de reunir algunas hebras, ordenar un poco las conjeturas que me parecen más dignas de atención.

El IFE, y hablo en presente por comodidad, porque tengo delante los tres libros y me refiero a su presente de 2006, 2009, 2012, el IFE, digo, como cualquier institución pública tiene que explicar lo que hace, tiene que explicar cómo lo hace, porque tiene que justificarse –y decirnos por qué es necesario que exista y que haga exactamente lo que hace. En eso consiste la publicidad institucional. Los libros son eso. Ahora bien, la tarea básica del IFE es la organización de las elecciones, que mediante una sinécdoque equivalen a la

democracia. Por eso, en su publicidad, al hacer el elogio de su trabajo, hace también el elogio de la democracia. Pero hay otro pliegue, fundamental. Por la historia que todos conocemos, entre nosotros tiene especial importancia subrayar que son los ciudadanos (y no las autoridades) quienes organizan las elecciones, y por eso la representación de la democracia, la del IFE, es sobre todo una representación de la ciudadanía –y no del aparato tecnológico y administrativo que las sostiene.

El chiste que tienen los libros es que en las fotografías aparecen los tres aspectos simultáneamente, como facetas de una misma imagen. La foto de la mano que introduce una boleta en la urna es una representación de la ciudadanía, es una representación de la democracia, es una representación del IFE.

Por supuesto, no es la representación del IFE tal como efectivamente funciona. El IFE hace muchas otras cosas, imposibles de representar gráficamente, y otras que tal vez no inspirarían el mismo entusiasmo. La dimensión externa, la más visible del proceso electoral, la que se da en la calle, entre los ciudadanos, es la que permite presentar la mejor cara del IFE, y de eso se trata. De modo similar, la representación de la democracia a base de mamparas, urnas y actas de casilla es una versión estilizada, parcial, es la democracia limpia de las luchas internas de los partidos, limpia de conflictos, trámites, burocracia. La democracia resumida en el momento del voto. Y por supuesto, los ciudadanos no aparecen tampoco tal como son, sino como imaginamos que deberían ser. Otra vez, es una imagen estilizada, que retrata a los ciudadanos como electores.

Ostensiblemente, las fotografías quieren documentar lo que ha sido. Dicen: así han sucedido las cosas. Pero al mismo tiempo dicen: así deben suceder las cosas.

En particular, en el tema que más me interesa, las imágenes dicen cómo imaginamos a los ciudadanos. No es que pensemos que siempre se comportan con parecido civismo, sabemos que no, pero pensamos que así se deberían comportar. Y cuando se hace el elogio de la ciudadanía, se piensa en esa clase de conductas pautadas, ordenadas, previsibles. Sobre esa premisa está elaborada la imagen que produce el IFE. Es la representación que tiene de la ciudadanía el sentido común dominante, con todas sus fantasías y sus prejuicios: precisamente por eso importa.

En la breve serie de libros interesa lo que permanece, y está igual en todos ellos, y lo que cambia. Para decirlo en una frase, lo que permanece es el ideal cívico, la imagen de la ciudadanía, y lo que cambia es el modo de presentarla –que remite al proceso político.

Entre lo que permanece está en primer lugar el elogio de los ciudadanos. Siempre son trabajadores, esforzados, responsables, disciplinados. Lo interesante es que la palabra, siempre en el mismo tono elogioso, se emplea con tres sentidos distintos. Por una lado, en los libros se hace el elogio de los capacitadores como ciudadanos ejemplares (la memoria de 2006 dice que se realizó “en reconocimiento a la participación entusiasta y comprometida de los Capacitadores-Asistentes Electorales y Supervisores Electorales”), y se muestran ampliamente sus virtudes: el esfuerzo, la voluntad de sacrificio, la tenacidad (que por extensión son las virtudes del IFE). Son ciudadanos, sin duda, y no hay motivo para dudar de que tengan esas virtudes, pero no se puede olvidar que son también empleados del instituto, y en esa condición es que se esfuerzan.

Por otro lado, se hace también el elogio de los funcionarios de casilla, ciudadanos seleccionados para llevar a cabo

materialmente la elección, y garantizar la transparencia del proceso. Ciudadanos, pero sólo unos pocos. Y finalmente se hace el elogio de quienes acuden a votar, que son quienes aparecen depositando su voto. No exactamente la ciudadanía, sino el electorado, que se pone en representación de la totalidad. El foco de atención se desliza de un sujeto a otro, los protagonistas son ahora los capacitadores, ahora los funcionarios, ahora los votantes. Los ciudadanos.

Los tres volúmenes tienen además la misma estructura, la de un proceso ritual. Entre una sesión del consejo general (foto a doble página de la sala del consejo) y otra sesión del consejo general (foto muy parecida) está el proceso ordenado con sus tres partes: preparación, campañas, elección. Se podría escoger otro orden para documentar la elección. Ese, que sigue una secuencia temporal, organizada por el código de procedimientos electorales, hace que el IFE sea quien abre y cierra el paréntesis en que es posible que hable el pueblo.

También se repiten tres series de fotografías con las que se significa el proceso electoral. Son, por decirlo así, pequeñas coreografías que cristalizan en imágenes icónicas, que ofrecen modelos de conducta con un sentido claro, definitivo.

La primera es la escena en que aparece un capacitador en pose docente explica algo a un ciudadano. Ambos miran con seriedad, gesto de concentración, los materiales del IFE; el funcionario señala algo, o hace ademán de explicar. El lugar y los rasgos del ciudadano cambian, pueden estar en una casa, en una chinampa, bajo un árbol o en una casa en construcción, pero la imagen es siempre la misma.

Las otras dos son las series con que se representa el día de la elección: la mampara y la urna. La imagen de un ciudadano que cruza su voto, semioculto por la cortina de la mampara, la imagen de un ciudadano o, mejor incluso, de una mano que deposita un voto en la urna. Convertidas en iconos, no remiten al acontecimiento concreto que está retratado, del que no sabemos nada, sino que hacen de cada escena de voto una alegoría de la democracia.

Pero hay cosas que cambian. Bastantes, y sobre todo bastante significativas. Se me ocurre que para que se entienda bien se puede describir el cambio como el paso de la épica a la rutina. En el primer libro, el de 2006, hay sobre todo el relato del esfuerzo, la imagen de obstáculos tremendos, desafíos imponentes, que hay que afrontar. En el tercero hay sobre todo calles comunes y corrientes, situaciones bastante cotidianas, que no piden ningún heroísmo. Es la representación de la normalidad.

El tránsito se nota en muchas cosas. En el primer volumen, hay una importante dosis de exotismo en la representación del país: lugares remotos, pintorescos, paisajes imponentes, es el retrato de un país plural y misterioso, que invita a la aventura. En el tercero, en cambio, el país se parece bastante a este que vemos todos los días: más urbano, más uniforme, menos exótico.

Siempre hay, por otra parte, fotos de gente distinta, gente cuyos rasgos permiten identificarla con algún grupo social. La sociedad aparece como muestrario de tipos, que sirve para hacer patente la igualdad. A ver si me explico. La heterogeneidad del país, el hecho de que haya jóvenes y viejos, hombres y mujeres, indígenas, pescadores y taxistas, es un hecho

trivial, es decir que la exhibición de las diferencias no puede tener un propósito informativo. El mosaico está para hacer visibles los contrastes: se muestra la variedad de los mexicanos para afirmar su identidad. Y la magnitud de las diferencias hace que resalte la igualdad: todos tienen credencial.

Siempre está eso, que es el fundamento del discurso del IFE. Pero cambia el modo de presentarlo. En los primeros libros los contrastes son dramáticos, se recurre insistentemente a la contraposición de imágenes simétricas donde las diferencias, a veces abismales, saltan a la vista. Pero además hay capítulos dedicados sólo a eso, a la exhibición de las diferencias. En el volumen de 2006 son dos capítulos enteros, el primero y el último, en el de 2009 es uno. En el de 2012, ya no lo hay: otra vez, es un retrato menos dramático, menos folclórico.

En lo fundamental, los libros ofrecen una representación de la ciudadanía. Y desde luego, para eso se escogen los momentos en que se puede ver más claramente el “civismo”. Por ejemplo, en la jornada electoral suceden muchas otras cosas, aparte de que se depositen votos en las urnas, y se cuenten, en algún momento alguien va a buscar unas tortas, y los funcionarios se las comen, pero eso no tiene importancia, no dice nada de interés. Las fotos muestran escenas en que son visibles la seriedad, el esfuerzo, la disciplina, en patrones de conducta institucionalizados.

¿Por qué me importa eso? Bien, porque el catálogo de tipos distintos, todos parejamente responsables, serios, sirve para decir que todo el país participó con ejemplar civismo. Y desde luego que no es así. En los libros no aparecen quienes se rehusaron a ser funcionarios de casilla, que es una proporción apreciable, y creciente. No están tampoco, obviamente,

quienes no acudieron a votar, quienes se abstuvieron, y que pueden ser la mitad del censo. Se dirá que es difícil representar gráficamente la abstención, y es verdad, pero el hecho es que no está. No están tampoco los ciudadanos que trataron de impedir que se instalara una casilla, los que quemaron urnas, o trataron de interrumpir el recuento –que son cosas que siempre suceden.

Sobre todo, no están todas las otras formas de participación, no electoral. En el libro de 2012 aparecen los mítines organizados por los partidos, que contribuye a que su representación sea un poco más realista. Pero no están las protestas, marchas, plantones, los campamentos, los bloqueos de carreteras, las pedradas, que son formas de participación.

Los libros se limitan a la participación acotada de los ciudadanos como electores. Y omiten, inevitablemente, el resto de sus prácticas políticas. Inadvertidamente, otra vez, como en el siglo diecinueve, la representación entusiasta de unos ciudadanos imaginarios hace que pasemos por alto las formas concretas de ejercicio de los derechos de ciudadanía.

Bibliografía

- Azahua, Marina, *Retrato involuntario. El acto fotográfico como forma de violencia*, México: Tusquets, 2014.
- Barthes, Roland, *L'Obvie et l'obtus. Essais critiques III*, Paris: Du Seuil, 1992.
- Barthes, Roland, *Mythologies*, Paris: Du Seuil, 1957.
- Burke, Peter, *Eyewitnessing. The uses of images as historical evidence*, Londres: Reaktion Books, 2001.
- Cañete, Aloysius Ma., "Exploring Photography: a Prelude Towards inquiries into visual anthropology in the Philippines", *Philippine Quarterly of Culture and Society*, Vol.36, n.1-2, march-june 2008.
- Das, Veena y Deborah Poole (eds.), *Anthropology in the Margins of the State*, Santa Fe, CA: School of American Research Press, 2005.

- Floch, Jean-Marie, *Petites Mithologies de l'oeil et de l'esprit. Pour une sémiotique plastique*, Paris: Editions Hadès-Benjamin, 1985.
- Goffman, *Gender Advertisement*, Nueva York: Harper & Row, 1979.
- Graeber, David, *The Utopia of Rules. On technology, stupidity and the secreto joys of bureaucracy*, Londres: Melville House, 2015.
- Herzfeld, Michael, *The Social Production of Indifference. Exploring the symbolic roots of western bureaucracy*, Chicago: The University of Chicago Press, 1993.
- Innes, Randy, "The Day nobody died, war photography and the violence of the image", *RACAR: Revue d'art canadienne*, Vol. 39, n.2 (2014).
- Joseph, Gilbert y Daniel Nugent (eds.), *Everyday forms of State Formation. Revolution and the negotiation of rule in Modern Mexico*, Durham: Duke University Press, 1994.
- Kennedy, Liam, "Soldier Photography: visualising the war in Iraq", *Review of International Studies*, Cambridge, Vol. 35, n. 4, (octubre 2009).
- Kress, Gunther y Theo van Leeuwen, *Reading Images. The grammar of visual design*, Londres: Routledge, 2006.
- Leeuwen, Theo van, *Introducing Social Semiotics. An introductory textbook*, Londres: Routledge, 2004.

Lugon, Olivier, *Le Style documentaire. D'August Sander à Walker Evans, 1920-1945*, Paris: Editions Macula, 2017.

Maresca, Sylvain, *La photographie. Un miroir des sciences sociales*, Paris: L'Harmattan, 1996.

Mitchell, W. J. T., *Iconology. Image, text, ideology*, Chicago: The University of Chicago Press, 1986.

Mitchell, W. J. T., *Picture Theory. Essays on verbal and visual representation*, Chicago: The University of Chicago Press, 1995.

Scruton, Roger, "Photography and Representation", *Critical Inquiry*, Vol.7, n.3 (Spring 1981).

Segovia, Rafael, *Lapidaria política*, México: FCE, 1996.

Snyder, Joel y Neil Walsh Allen, "Photography, Vision and Representation", *Critical Inquiry*, Vol. 2, n.1 (Autumn, 1975).

Sonnleitner, Willibald, "La fábrica de la (des)confianza ciudadana: las percepciones cambiantes de la integridad electoral en México", en *Premio Nacional de investigación social y de opinión pública 2015*, México: CESOP / Cámara de Diputados, 2015.

West, Harry y Todd Sanders (eds.), *Transparency and Conspiracy. Ethnographies of suspicion in the new world order*, Durham: Duke University Press, 2003.

Woldenberg, José, *Historia mínima de la transición democrática*, México: El Colegio de México, 2012.

RETRATO DE GRUPO CON CREDENCIAL DE ELECTOR.
IMÁGENES DE LA DEMOCRACIA 2006, 2009, 2012

se terminó de imprimir en noviembre de 2018
en Guimark Total Quality S.A. de C.V., Carolina núm. 98-101, col. Ciudad
de los Deportes, Benito Juárez, C.P. 03710, Ciudad de México, México.

Se utilizó las familias tipográficas Linux Libertine y Playfair Display
Regular; papel bond ahuesado de 90 gramos
y forros en cartulina sulfatada de 12 puntos.

La edición consta de 1,000 ejemplares y estuvo al cuidado de la
Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral
y Educación Cívica del

Instituto Nacional Electoral

Es una tradición que la autoridad electoral publique después cada proceso electoral federal, desde 1997, una memoria gráfica que pone rostro a quienes hacen las elecciones, organizadores y participantes.

Se ha dicho mucho ya que el día de la jornada las elecciones están en manos de la ciudadanía y eso se muestra en las memorias gráficas, quizás porque a partir de ese elemento se ha construido la narrativa de confianza en los procesos electorales en México. Sin embargo, esas fotografías muestran más que unas elecciones confiables y altamente ciudadanizadas.

En este texto Fernando Escalante estudia las memorias gráficas que corresponden a los procesos electorales 2006, 2009 y 2012, y analiza cómo y por qué se ha construido (o idealizado) la ciudadanía y sus atributos desde la autoridad electoral en un contexto político y social adverso.